Las Bellas Historias de la Biblia

HERBERT
RUDEEN

LAS BELLAS HISTORIAS DE LA BIBLIA

TOMO VIII

EL MAYOR PERSONAJE DE LA HISTORIA

(Desde los primeros días del ministerio de Cristo hasta sus últimas parábolas)

Los pasajes bíblicos de esta obra han sido literalmente tomados de la versión católica de las Sagradas Escrituras de Eloíno Nácar Fuster (†), canónigo lectoral de la S.I.C. de Salamanca, y Alberto Colunga, O.P., profesor de Sagrada Escritura en el Convento de San Esteban y en la Pontificia Universidad de Salamanca, con prólogo del Cardenal Gaetano Cicognani. Décima edición, Madrid, 1960. Unos pocos de los textos provienen de la versión católica de Bover-Cantera.

NOTA. Aunque en algunas oportunidades las expresiones usadas en el diálogo no son citas textuales de las Escrituras, en la inmensa mayoría de los casos se han tomado los textos literalmente de la Biblia. Pero con el objeto de no usar un estilo tipográfico que resultaría pesado para los jóvenes y niños, se han eliminado las comillas en el diálogo.

Spanish "Bible Story", vol. VIII

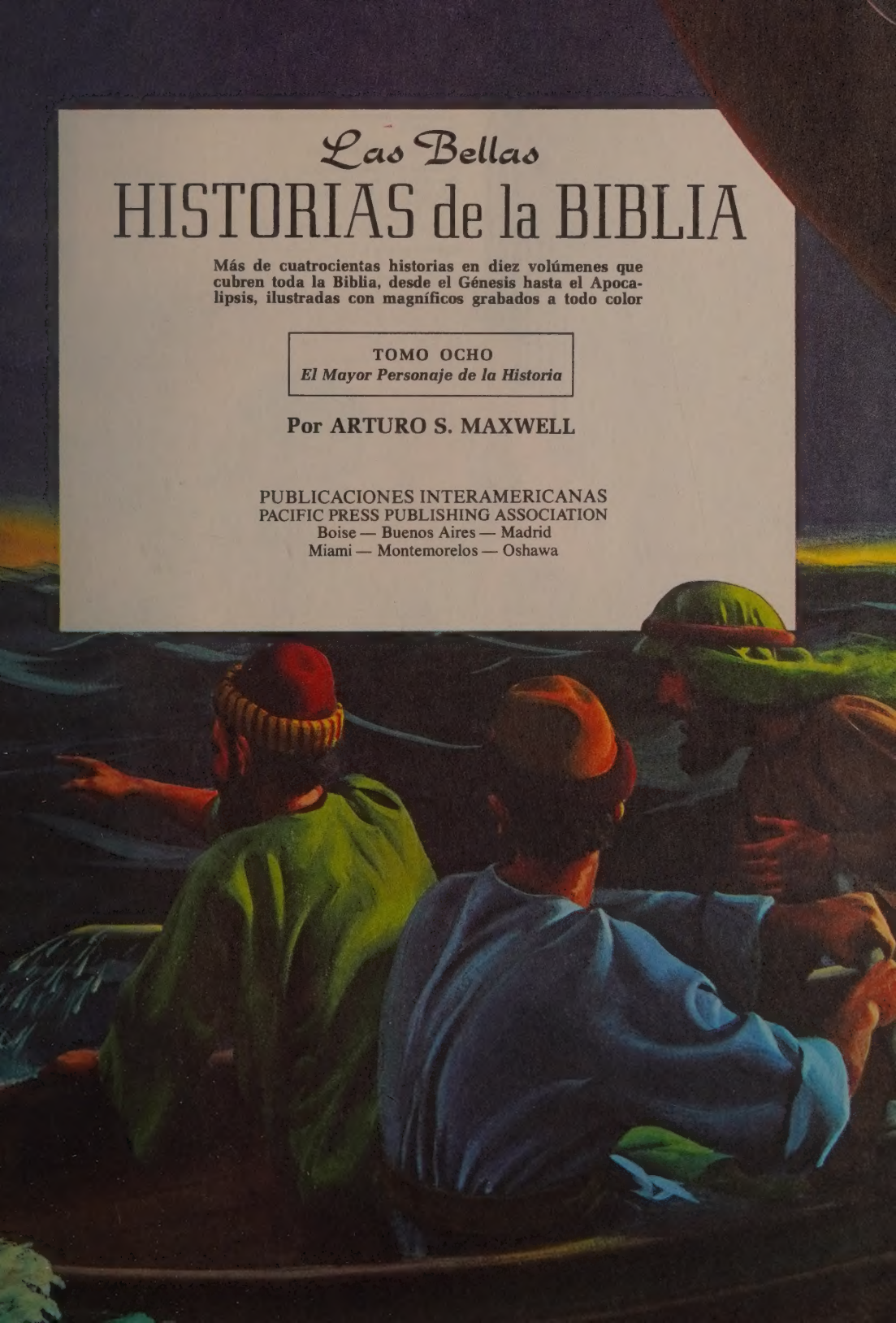
Las Bellas HISTORIAS de la BIBLIA

Más de cuatrocientas historias en diez volúmenes que cubren toda la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, ilustradas con magníficos grabados a todo color

TOMO OCHO
El Mayor Personaje de la Historia

Por ARTURO S. MAXWELL

PUBLICACIONES INTERAMERICANAS
PACIFIC PRESS PUBLISHING ASSOCIATION
Boise — Buenos Aires — Madrid
Miami — Montemorelos — Oshawa



Translation copyright, 1966, by the Pacific Press Publishing Association. Illustrations copyright, 1954, by the Review and Herald Publishing Association. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de su contenido literario o pictórico debe ser reproducido sin permiso de los editores.

EDITADO E IMPRESO POR

Publicaciones Interamericanas,
una división de la Pacific Press Pub. Assn.,
P. O. Box 7000, Boise, Idaho 83707
EE. UU. de N. A.

Primera edición: 10.ª reimpresión, 1985

OFFSET IN U.S.A.

CONTENIDO

Primera parte — Historias del Más Grande de los Médicos

S. Mateo 9:18-32; 12:10-13; 14:22 a 15:28; 20:30-34; S. Marcos 1:40-45; 5:21 a 7:37; 10:46-52; S. Lucas 7:18-35; 9:12-17; 17: 11-19; 18:35 a 19:9; S. Juan 5:1-19; 6:1-14

PAGINA

1. La mano seca vuelve a ser útil 9
2. La enferma sana por completo 12
3. La niña muerta que resucita 15
4. Una extranjera recibe ayuda 19
5. El preso solitario recibe ánimo 22
6. El sordo que vuelve a oír 25
7. Un ciego puede ver 28
8. El paralítico sale caminando 33
9. Leprosos limpiados 37
10. La multitud es alimentada 41
11. El que se ahogaba es rescatado 47
12. Un avaro se vuelve generoso 49

Segunda parte — Historias del Mayor de los Maestros

S. Mateo 5:1 a 7:27; 17:1 a 18:35; 20:20-28; S. Marcos 7:1-23; 10:32-40; S. Lucas 6:1-49; 9:28-42; 10:38 a 14:6

1. Los secretos de la felicidad 55
2. Lecciones de las cosas pequeñas 58
3. El método de Dios 62
4. Cómo orar a Dios 66
5. Tesoros en el cielo 70
6. La casa edificada sobre la roca 73
7. Buenas acciones en un buen día 75
8. Una vislumbre del reino 79
9. ¿Por qué les falló el poder? 84
10. Una moneda en la boca de un pez 88

TRACION DE RUSSELL HARLAN © 1956, BY REVIEW AND HERALD

y como antaño Jesús sigue siendo el mejor igo de los niños. Y todos los que se acer- en a él para oír sus historias y aprender enseñanzas pasarán momentos muy felices.

PAGINA

11. Setenta veces siete 91
12. El error de la Sra. de Zebedeo 94
13. Primero, lo más importante 98

Tercera parte — Historias del Mayor de los Narradores

S. Mateo 13:1-50; 18:23-35; 21:28 a 22:14; S. Marcos 12:1-44; S. Lucas 8:4-15; 10:25-37; 14:16 a 15:32; 18:9-14; 20:9-19

1. Semillas de amor 103
2. No habrá malezas en el cielo 106
3. El buen samaritano 108
4. La oveja y la moneda perdidas 113
5. ¡Ha vuelto el hijo perdido! 116
6. La boda que todos rehuían 121
7. Los invitados descorteses 125
8. El hombre más malo del mundo 128
9. Un padre y sus dos hijos 131
10. Asesinato en el viñedo 136
11. Oraciones y ofrendas 141

Cuarta parte — Historias del Más Grande de los Profetas

S. Mateo 19:27-30; 24:1 a 25:46; S. Marcos 13:1-37; S. Lucas 17:21-37; 19:12-27; 21:1-36; S. Juan 13:36 a 14:3

1. Un nuevo hogar para todos 147
2. El viaje espacial prometido 151
3. Jesús revela el futuro 155
4. Señales de su venida 160
5. Señales que todos pueden ver 165
6. Cómo volverá Jesús 170
7. La señal más importante 174
8. Diez muchachas soñolientas 178
9. La parábola de los talentos 183
10. Pasaporte para el cielo 187

Las ilustraciones que aparecen anónimas fueron pintadas por los siguientes artistas: Corina B. Dillon, Russell Harlan, Guillermo Heaslip, Guillermo Hutchinson, Manning de V. Lee, Lester Quade, Pablo Remmey y Heriberto Rudeen.

PRIMERA PARTE

Historias del más Grande de los Médicos

(S. Mateo 9:18-32; 12:10-13; 14:22 a 15:28; 20:30-34;
S. Marcos 1:40-45; 5:21 a 7:37; 10:46-52; S. Lucas 7:18-35;
9:12-17; 17:11-19; 18:35 a 19:9; S. Juan 5:1-19; 6:1-14)

HISTORIA 1

La Mano Seca Vuelve a Ser Util

LAS cosas habían ido de mal en peor para el pobre hombre desde el día en que sintió por primera vez un dolor en la mano. Hasta podía recordar la fecha. Después, a medida que pasaban las semanas y los meses, la molestia había seguido agravándose: primero se le habían endurecido las coyunturas de los huesos de los dedos, luego no pudo doblar más la muñeca, y por último la mano se había encogido al punto de que ya no la podía usar más.

Esto significaba que ya no podía trabajar. Por eso había perdido su empleo y, como ya no ganaba sueldo, se había visto obligado a mendigar alimentos.

Por supuesto, les había pedido a los médicos que lo ayudaran, pero ellos no sabían cómo curar una mano seca. Le habían dicho, sencillamente, que debía soportar esa desgracia por el resto de su vida. ¡Qué situación más triste!

Un sábado fue a la sinagoga de Cafarnaúm y, al sentarse, escondió su pobre mano seca debajo del manto para que nadie pudiera verla. Se sentía muy incómodo cuando la gente comen-

RACIÓN DE RUSSELL HARLAN © 1956, BY REVIEW AND HERALD

**ús fue el más grande de los médicos. Du-
te su ministerio visitó los hogares de los
ores y de los ricos, dejando por donde pasaba
a estela de alegría y regocijo.**

zaba a mirársela con curiosidad. Cuando se hubo sentado, oró en silencio como había orado muchas veces antes: "¡Dios mío, ayúdame!" Pero de repente notó que, por alguna razón, había llegado a ser el centro de interés de los presentes en la sinagoga. Todos lo observaban. Sintió temor y comenzó a preguntarse qué había hecho para justificar esa curiosidad. ¡Era imposible que todos quisieran ver su mano seca!

En efecto, no era ésa la razón, porque advirtió que los presentes lo miraban alternativamente a él y a otro Hombre que se hallaba cerca. Este era el llamado Carpintero de Nazaret. Pronto notó que el Carpintero mismo lo estaba mirando, y de inmediato experimentó la bondad y simpatía de su mirada.

—Levántate y sal al medio —le dijo el Carpintero con voz amable.

—¿Quién, yo?

Preguntándose qué podía significar todo eso, el pobre hombre se puso en pie ocultando todavía su mano seca. ¡Ahora sí que *todos* lo miraban!

—Extiende tu mano —le dijo amablemente el Carpintero.

—¿Mi mano enferma?

—Sí, tu pobre mano enferma.

Lentamente el hombre sacó la mano de debajo de su manto. Al hacerlo, sus ojos se abrieron grandes, asombrados, y luego se llenaron de lágrimas. ¡Su mano ya no estaba más encogida y seca! ¡Era igual que la otra mano, la sana! ¡Ahora podía mover los dedos! ¡Podía doblar la muñeca! ¡Podía tocarse la cara! Parecía demasiado hermoso para ser cierto, pero lo era.

—¡Gracias, gracias, Maestro! —me lo imagino exclamar.

Sin embargo, no todas las voces que se oían eran de agradecimiento.

LA MANO SECA VUELVE A SER UTIL

—¡El Carpintero no actuó bien! —murmuró uno.

—¡Cómo se le ocurre hacer una cosa así en el santo sábado! —dijo otro.

—¡Este hombre es un transgresor de las leyes y debe ser arrestado! —gritó un tercero.

—¿Es lícito en sábado hacer bien o hacer mal? —les preguntó Jesús—. ¿Salvar un alma o matar?

Nadie le respondió.

El hombre cuya mano había sido sanada no podía entender por qué discutían. Sencillamente miraba su mano sanada y la movía de aquí para allá. ¡Le parecía increíble! Era la mejor cosa que alguna vez le hubiera pasado a él en sábado y en una iglesia. ¡Su mano había sido sanada! ¡Ahora podía volver a trabajar! ¡Oh, gracias, Señor! ¡Qué maravilloso era Jesús!

HISTORIA 2

La Enferma Sana por Completo

CIERTO día, mientras Jesús se hallaba predicando en la playa del mar de Galilea, observó que un hombre trataba de acercarse a él abriéndose paso entre la multitud. El recién llegado parecía tener mucho apuro y una gran preocupación.

—Con permiso, ¿me permiten pasar? —decía—. Debo llegar en seguida a Jesús. ¡Déjenme pasar! ¡*Por favor,* ábranme paso! ¡Es muy urgente!

El hombre se llamaba Jairo, era uno de los dirigentes de la sinagoga y estaba muy afligido por lo que le ocurría a su hijita. Tan pronto como pudo llegar a Jesús, se arrodilló ante él, le dijo cuál era el problema que lo preocupaba y le rogó que lo ayudara.

—Mi hijita está muriéndose —clamó—; ven e impónle las manos para que sane y viva.

Jesús se conmovió. Sabía lo que significaba que uno de los dirigentes de la sinagoga se arrodillara ante él y le pidiera ayuda. ¡Cuánto debía amar este hombre a su hijita!

—Iré contigo —le prometió Jesús, y el rostro de Jairo se iluminó. Pero cuando comenzaron a marchar, la multitud se agolpó a su alrededor. Parecía imposible avanzar. Tanta era la gente que quería acercarse a Jesús, observarlo de cerca y tocarlo.

No había avanzado mucho, cuando repentinamente Jesús se detuvo.

—¿Quién ha tocado mis vestidos? —preguntó.

Esta era una extraña pregunta, siendo que había centenares de personas que se apretujaban a su alrededor. Los discípulos también estaban sorprendidos.

—¿Cómo puedes preguntar, Maestro, quién te ha tocado, si hay tanta gente que se aprieta a tu alrededor?

Pero Jesús sabía que alguien lo había tocado. Alguien que se hallaba en gran necesidad. Alguien cuya fe había empleado algo de su poder sanador. Jesús miró a su alrededor. ¿Quién, entre toda esa enorme muchedumbre, podía haber sido?

Entonces la vio. No había duda de que ella había sido, porque por sus mejillas corrían lágrimas de alegría y agradecimiento.

Jesús comprendió y le dirigió una amable sonrisa. La mujer se acercó y "postrada ante él, declaróle toda la verdad".

Le dijo que había estado enferma desde hacía doce años y que durante todo ese tiempo había ido de un médico a otro sin recibir ninguna ayuda. Así había gastado todo su dinero, y sin embargo seguía sufriendo de hemorragias. Entonces había oído hablar de Jesús y se había dicho a sí misma: "Si tocare siquiera su vestido, seré sana". Y así lo había hecho. Le aseguró a Jesús que no había querido molestarlo, porque sabía que se hallaba muy ocupado. Por eso había tocado sólo el borde de su vestido y en seguida se había sentido mejor. La hemorragia se había detenido. Estaba segura de ello. ¡Cuán agradecida se sentía!

Jesús también estaba agradecido; agradecido porque alguien había tenido una confianza tan grande en él. Me gusta pensar que mientras la mujer se hallaba arrodillada ante él, el Maestro le palmeó suavemente la cabeza y le dijo:

—Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y seas curada de tu mal.

Aquella mujer desapareció entre la muchedumbre, pero no de las páginas de la historia. Alguien vio y oyó lo ocurrido, y lo escribió para que tú y yo podamos tener hoy la seguridad de que es posible tocar a Jesús por la fe en cualquier tiempo de necesidad.

HISTORIA 3

La Niña Muerta que Resucita

MIENTRAS todo esto sucedía, Jairo se hallaba en pie cerca de Jesús esperando impaciente que llegara a la pieza en que se hallaba su hija moribunda. Tal vez hasta le haya tocado el brazo a Jesús, instándolo a que se apresurara.

—¡Por favor! —puede haberle dicho—. ¡Sigamos marchando! ¡Mi hija puede morir en cualquier momento!

Y así ocurrió. Un mensajero se abrió paso entre la multitud y le trajo a Jairo la triste noticia:

—Tu hija ha muerto: ¿por qué molestar ya al Maestro?

Las personas que se hallaban cerca dejaron escapar una exclamación de dolor y sorpresa, y en seguida trataron de consolar al pobre padre. Jairo se había quedado inmóvil, demasiado triste como para hablar. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. ¡Cuánto había amado a su hijita!

Jesús lo miró con compasión y le dijo:

—No temas, ten sólo fe.

Y entonces comenzó a caminar otra vez hacia la casa de

Jairo. ¿Qué sentido tiene ir ahora allí?, pensó Jairo. ¡Oh, si esa mujer no lo hubiera detenido, tal vez habrían llegado a tiempo! ¿Y qué había querido decirle Jesús al afirmar: "No temas, ten sólo fe"? La niña estaba muerta. ¿Acaso podía ahora hacerse otra cosa que enterrar a la pobre pequeña?

La multitud trató de seguir a Jesús, pero él le pidió amablemente aunque con firmeza que se dispersara. No hubiera sido correcto que tantas personas visitaran una casa que estaba de duelo. Pedro, Santiago y Juan podían ir con él, pero nadie más.

Mientras este grupito se acercaba a la casa de Jairo, pudo contemplar un extraño espectáculo. Muchos de los vecinos trataban de abrirse paso y entrar por la puerta delantera. Sin embargo no podían hacerlo porque la casa estaba atestada de gente. Algunos de los que venían eran amigos de la familia y otros simplemente curiosos.

Desde el interior venían los ecos de llantos y lamentos. Era costumbre en aquella época emplear los servicios de "lloronas y plañideras" para que expresaran a gritos el dolor en los funerales; y a fe que aquéllas lo estaban haciendo bien ese día. La Biblia dice que estaban produciendo "un gran alboroto". Cuando Jesús llegó, la muchedumbre le abrió paso y lo dejó entrar. Tras él entraron Jairo y los tres discípulos.

—¿A qué ese alboroto y ese llanto? —preguntó Jesús—. La niña no ha muerto, sólo está durmiendo.

Las plañideras dejaron de llorar a gritos y comenzaron a reírse.

—La niña está bien muerta —dijo una de ellas—. Entra y compruébalo tú mismo.

—Por favor, salgan todos de aquí —dijo Jesús. En un mo-

mento todos habían salido por la puerta y la casa quedó en calma otra vez. Entonces Jesús condujo a los adoloridos padres, junto con Pedro, Santiago y Juan, a la pieza en que la niña yacía pálida y fría sobre la cama.

El padre y la madre sollozaban. Jesús miró a la niña con gran ternura y sonriéndole le dijo:

—Niña, a ti te lo digo, levántate.

Jesús le habló como si le hubiera dicho: "Querida, es hora

de levantarse". Al instante, la niña abrió los ojos y saltó de la cama como si nunca hubiera estado enferma. No me sorprendería si lo primero que dijo hubiera sido: "Mamita, ¿por qué estás llorando?"

Pero la mamá ya no lloraba, sino que la atrajo hacia sí y la abrazó. En verdad, no sabía si llorar o reír; tan feliz estaba. Jairo también se sentía muy feliz; lo mismo que Pedro, Santiago, Juan y, por supuesto, Jesús. A él le gustaba hacer feliz a la gente. ¡Cuánto hubiera querido hacer que cada hogar del mundo fuera tan feliz como la casa de Jairo en ese momento!

Y me gusta pensar que antes de que Jesús saliera de la casa, la niña resucitada se acercó a él y le dijo, con dulzura y sencillez:

—¡Muchas gracias, Maestro! ¡Yo te quiero mucho!

HISTORIA 4

Una Extranjera Recibe Ayuda

DESPUES de haber estado enseñando y sanando durante varios meses en Galilea, Jesús viajó hacia la costa del Mediterráneo y luego hacia el norte hasta las ciudades de Tiro y Sidón. Allí se encontraba en territorio extranjero, fuera de las fronteras de Israel. Con seguridad los discípulos deben haberse preguntado por qué Jesús había ido hasta allí. El mensaje que él traía era sólo para los judíos, pensaban. Seguramente no iba a convertir a ninguno de esos gentiles, extranjeros. Sin embargo, se llevaron una sorpresa.

Cierto día, una mujer comenzó a seguir al grupito de personas que acompañaba a Jesús en este viaje. De alguna manera, aunque vivía lejos de donde Jesús había obrado milagros, ella debe haber oído hablar de él y de su extraordinario poder para sanar, porque le dijo en voz alta:

—Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David; mi hija es malamente atormentada del demonio.

Al principio Jesús pareció no prestarle atención; pero la mujer continuaba clamando:

—¡Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David!

Los discípulos, sintiéndose incómodos, le dijeron al Maestro:

—Despídela, pues viene gritando detrás de nosotros.

Ellos habían visto que la mujer era extranjera. ¿Y cómo podía una persona tal esperar ayuda del Mesías? Era mejor que dejara de molestar y se fuera.

Jesús se detuvo entonces y la mujer se acercó. Arrodillándose ante él, le dijo a Jesús:

—¡Señor, socórreme!

Un clamor tal, no importa de quién venga —sea de un judío o de un gentil, de un venezolano o de un inglés, de un alemán o de un español, de un africano o de un panameño— siempre halla respuesta en el corazón de Jesús. Pero en esta ocasión, él deseaba que sus discípulos aprendieran una lección. De modo que, hablándole como ellos lo hubieran hecho, le dijo a la mujer:

—No es bueno tomar el pan de los hijos y arrojarlo a los perrillos.

—Cierto, Señor, pero también los perrillos comen de las

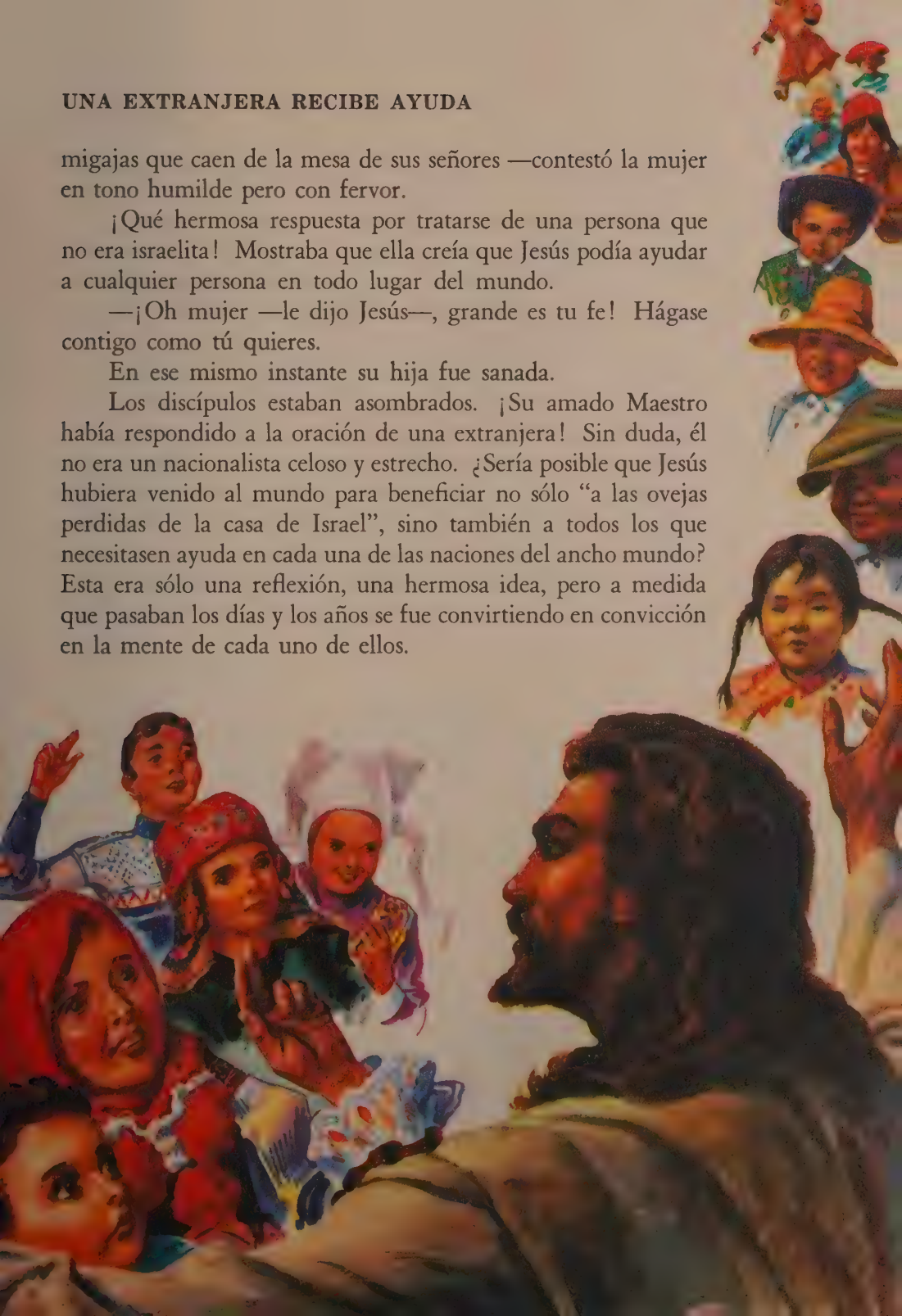
migajas que caen de la mesa de sus señores —contestó la mujer en tono humilde pero con fervor.

¡Qué hermosa respuesta por tratarse de una persona que no era israelita! Mostraba que ella creía que Jesús podía ayudar a cualquier persona en todo lugar del mundo.

—¡Oh mujer —le dijo Jesús—, grande es tu fe! Hágase contigo como tú quieres.

En ese mismo instante su hija fue sanada.

Los discípulos estaban asombrados. ¡Su amado Maestro había respondido a la oración de una extranjera! Sin duda, él no era un nacionalista celoso y estrecho. ¿Sería posible que Jesús hubiera venido al mundo para beneficiar no sólo "a las ovejas perdidas de la casa de Israel", sino también a todos los que necesitasen ayuda en cada una de las naciones del ancho mundo? Esta era sólo una reflexión, una hermosa idea, pero a medida que pasaban los días y los años se fue convirtiendo en convicción en la mente de cada uno de ellos.



HISTORIA 5

El Preso Solitario Recibe Animo

MIENTRAS Jesús se hallaba atareado ayudando a los menesterosos y predicando acerca de su reino de amor, nunca se olvidó de su pobre primo Juan, a quien Herodes había puesto en la cárcel. El tierno corazón del Maestro se compadecía al pensar en ese poderoso predicador que se hallaba prisionero e impedido de hablar a las multitudes.

Cierto día, dos hombres le trajeron a Jesús un mensaje de Juan. Al oírlo, era fácil comprender cuán desanimado se hallaba el pobre prisionero.

—¿Eres tú el que ha de venir —preguntaba— o aguardamos a otro?

Cuán diferente era esto de lo que él mismo había dicho acerca de Jesús hacía poco tiempo:

—He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

Es que Juan había comenzado a dudar acerca de si, después de todo, Jesús era realmente el Mesías. Tal vez se preguntaba cómo era posible que, si lo era, no hubiera venido

hacía tiempo a liberarlo. Pero Jesús no criticó a Juan. Comprendió cómo debía sentirse en su celda.

Por eso, para animar y fortalecer a Juan, Jesús manifestó su extraordinario poder de una manera tal como no lo había hecho hasta entonces. Rápidamente, "en aquella misma hora", se acercó a cada una de las personas enfermas que lo rodeaban, sanándolas a todas.

¡Nunca antes tantas personas habían sido beneficiadas en tan poco tiempo!

Cuando el último enfermo que se hallaba cerca de él hubo sido sanado, Jesús se volvió hacia los dos mensajeros de Juan, que habían observado con la boca abierta todos estos milagros, y les dijo que regresaran adonde estaba Juan y le contaran lo que habían visto y oído: "Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados; y bienaventurado es quien no se escandaliza de mí".

Es como si Jesús le hubiera dicho a Juan: "¡Anímate! Nuestra causa no está perdida. Tal vez tú seas decapitado y yo muera crucificado; pero el amor vencerá al fin".

Cuando los mensajeros de Juan se hubieron marchado, llenos de nuevo entusiasmo, Jesús comenzó a hablar acerca de Juan a las personas que lo rodeaban.

—¿Qué habéis salido a ver al desierto? —les preguntó—. ¿Una caña agitada por el viento?

Ciertamente Juan no era una caña flexible sino una roca sólida.

—¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido con molicie? Los que visten suntuosamente y viven con regalo están en los palacios de los reyes.

Ciertamente Juan no era un cortesano, sino un valiente predicador de la palabra de Dios.

—¿Qué salisteis, pues, a ver? ¿Un profeta?

Sí. Eso era Juan. Aún "más que profeta", añadió en seguida Jesús. ¿Y por qué? Porque había cumplido la profecía y porque había preparado el camino para la llegada del Salvador. De él había hablado hacía muchos años Malaquías, diciendo: "He aquí que yo envío delante de tu faz a mi mensajero, que preparará tu camino delante de ti". Y Juan había cumplido esta profecía a la perfección.

Las personas que escuchaban se sintieron felices de que Jesús hablara tan bien de Juan y de su obra, porque muchas de ellas habían sido bautizadas por él y todavía lo tenían en mucha estima. Sin duda, algunas de ellas trasmitieron a Juan las palabras de Jesús y así animaron aún más al pobre preso solitario. ¡No, no se había equivocado al presentar a Jesús como el "Cordero de Dios"!

HISTORIA 6

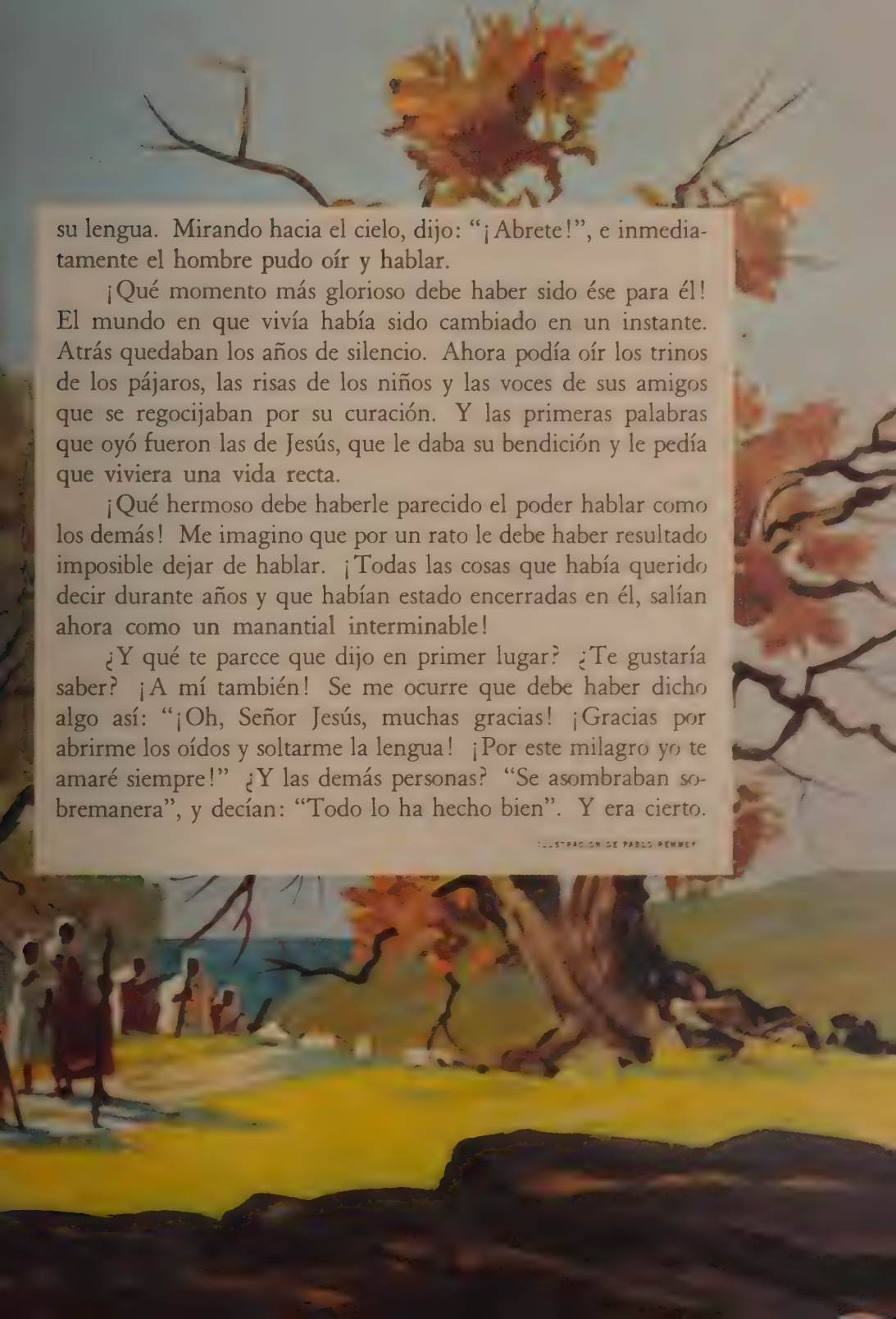
El Sordo que Vuelve a Oír

CUANDO Jesús regresó a Galilea después de haber estado en Tiro y Sidón, le trajeron una persona que era sorda y tartamuda, y le rogaron que la sanara.

Aquí había un nuevo problema. En aquellos tiempos nadie sabía cómo ayudar a una persona tal. No se conocían los aparatitos electrónicos que permiten oír ni existían clínicas especiales para tratar a los mudos y tartamudos. Las pobres personas que sufrían de estos males vivían en el más completo silencio, sin saber lo que era el llanto de un bebé, la risa de un niño, el sonido de la música o la voz de sus amigos.

Y aun cuando estaba en la presencia de Jesús, el pobre hombre no podía decirle: "¡Señor, ayúdame!", ni podía oír siquiera una palabra de lo que el Maestro decía. Pero Jesús comprendía.

Aunque no se habló una sola palabra, Jesús oyó el clamor del corazón de ese pobre hombre. Retirándolo de entre la muchedumbre, lo llevó hasta un sitio en que podían estar solos. Entonces Jesús puso sus dedos en los oídos del hombre y tocó



su lengua. Mirando hacia el cielo, dijo: "¡Abrete!", e inmediatamente el hombre pudo oír y hablar.

¡Qué momento más glorioso debe haber sido ése para él! El mundo en que vivía había sido cambiado en un instante. Atrás quedaban los años de silencio. Ahora podía oír los trinos de los pájaros, las risas de los niños y las voces de sus amigos que se regocijaban por su curación. Y las primeras palabras que oyó fueron las de Jesús, que le daba su bendición y le pedía que viviera una vida recta.

¡Qué hermoso debe haberle parecido el poder hablar como los demás! Me imagino que por un rato le debe haber resultado imposible dejar de hablar. ¡Todas las cosas que había querido decir durante años y que habían estado encerradas en él, salían ahora como un manantial interminable!

¿Y qué te parece que dijo en primer lugar? ¿Te gustaría saber? ¡A mí también! Se me ocurre que debe haber dicho algo así: "¡Oh, Señor Jesús, muchas gracias! ¡Gracias por abrirme los oídos y soltarme la lengua! ¡Por este milagro yo te amaré siempre!" ¿Y las demás personas? "Se asombraban sobremanera", y decían: "Todo lo ha hecho bien". Y era cierto.

ILUSTRACIÓN DE PABLO PEMBEY

HISTORIA 7

Un Ciego Puede Ver

BARTIMEO se hallaba sentado junto al camino, a la salida de la ciudad de Jericó, pidiendo limosna a los que pasaban.

Ni siquiera podía recordar durante cuántos años había estado sentado en el mismo lugar, día tras día. Pero había sido por mucho, mucho tiempo. El pobre pordiosero ciego había llegado a ser una figura familiar para los que viajaban regularmente entre Jericó y Jerusalén.

Bartimeo no conocía el significado de la palabra "ver", porque había sido ciego desde su nacimiento. Nunca había visto una flor, un árbol, una casa o el rostro de su madre. La gente le había hablado de esas cosas. Y él había tratado de imaginarse, por ejemplo, cómo era la luz del sol; pero le era muy difícil hacerlo. Vivía en un mundo de completa oscuridad y no había modo de remediarlo. Es cierto que sus sentidos del tacto y del oído eran muy agudos, y que a pesar de todo podía moverse con bastante seguridad, pero jamás había podido ver nada. ¡Absolutamente nada!

¡Oh, cuánto soñaba con poder ver! Era el sueño que más

había acariciado desde su niñez. Cuando era un muchachito, pensaba que tal vez, cuando creciera, sería capaz de ver como las demás personas. Pero ahora que era viejo estaba convencido de que no le quedaba ninguna esperanza. ¡Ninguna!

Bueno, no precisamente. Hacía un tiempo la esperanza había resurgido en su corazón. Eso ocurrió cuando uno de los que pasaban le había hablado acerca de un maravilloso Maestro de Galilea que sanaba aun a los que sufrían las peores enfermedades. Hasta había sanado a leprosos y había hecho que los mudos hablaran y que los sordos oyeran. ¡Sí, hasta había abierto los ojos de los ciegos!

—Pero no te entusiasmes mucho. . . —le había aconsejado el desconocido—. Este Maestro realiza los milagros allá lejos, en Galilea, y es muy probable que nunca venga a Jericó.

—¡Oh —pensó el pobre Bartimeo—, si tan sólo viniera por aquí aunque fuera una vez!

En más de una ocasión pensó en esto y de vez en cuando le preguntaba a la gente si había oído algo acerca de ese gran Maestro que abría los ojos de los ciegos. Algunas personas le decían que sí y otras que no; pero nadie pensaba que alguna vez vendría a Jericó.

Sin embargo, aquello que parecía imposible ocurrió.

Era una de esas tardes soleadas, calurosas y sofocantes, como las que hay con frecuencia en esa parte del valle del Jordán. Había habido pocos viajeros y, en consecuencia, la mano extendida de Bartimeo había recibido muy pocas monedas. Parecía que, por una razón u otra, todo el mundo se había quedado en la ciudad, y él no sabía por qué. De vez en cuando podía oír una exclamación a la distancia, aunque no sospechaba lo que estaba ocurriendo.

De repente, el sonido de voces se hizo más fuerte y pronto advirtió que había una gran multitud en movimiento. Calculó que había centenares de personas en la ruidosa muchedumbre que salía de Jericó.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a alguien.

—Es Jesús de Nazaret que sale de la ciudad seguido de una multitud —le respondió el desconocido.

—¡¿Jesús de Nazaret?! —exclamó Bartimeo. Y luego se dijo: "¡Al fin ha venido! ¡Esta sí que es mi única oportunidad!"

A medida que aumentaba el ruido de las pisadas y el sonido de las voces, llegó a la conclusión de que el gran Maestro debía estar pasando a su lado. Pensó también que si no hacía algo, pronto se habría ido. Debía actuar ahora o nunca. Por eso, con todas las fuerzas de sus pulmones gritó:

—¡Hijo de David, Jesús, ten piedad de mí!

Todas las esperanzas de su corazón estaban concentradas en ese clamor. Todo lo que había soñado durante su larga, pobre y triste vida.

Pero nada ocurrió. Sólo notó que más gente pasaba a su lado. Por eso, volvió a gritar tan fuerte como pudo:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Hijo de David, ten piedad de mí!

El pobre ciego estaba desesperado. *Debía* llamar la atención de Jesús en ese momento, o sería demasiado tarde. Pero había tanto ruido... Pasaba tanta gente...

—¡Jesús! —volvió a gritar más fuerte que antes.

—¡Cállate! —le reprendió uno de los que pasaban—. ¡No grites así! De todos modos el Maestro está suficientemente ocupado.

Pero Bartimeo no le hizo caso. Esa era su única y gran

oportunidad. Por eso "gritaba mucho más":

—¡Hijo de David, ten piedad de mí!

Entonces pareció como que la multitud hubiera dejado de moverse. Y unos instantes después, desde muy cerca, oyó una voz llena de amor y de bondad que decía:

—Llamadle.

Luego oyó que otra voz le ordenaba:

—Acércate, Bartimeo; anímate, el Maestro te llama.

Bartimeo no necesitó que nadie lo guiara. La voz de Jesús lo atrajo como un imán.

—¿Qué quieres que te haga?

¡Jesús lo había oído! ¡Por encima del ruido de la multitud, el clamor de un pobre ciego había llegado a sus oídos!

—¡Señor —clamó Bartimeo—, que vea!

—Anda, tu fe te ha salvado.

Y así había ocurrido, porque "al instante recobró la vista". Sus ojos fueron abiertos y lo primero que vieron fueron el hermoso rostro de Jesús que lo contemplaba con una sonrisa de simpatía. No sorprende entonces que la Biblia diga que Bartimeo "le seguía por el camino". Y estoy seguro de que lo siguió hasta el final de su vida.

HISTORIA 8

El Paralítico Sale Caminando

TAN ansioso estaba Jesús de ayudar a los pobres y necesitados, que a veces iba a buscarlos en lugares extraños.

Un sábado de tarde, durante una breve visita a Jerusalén, se dirigió al estanque de Betesda para ver a las decenas de enfermos que se congregaban bajo sus cinco amplias arcadas. ¡Qué espectáculo más triste ofrecían! Algunos eran cojos, otros ciegos, y otros paralíticos. Cada uno creía que si entraba en el estanque en el momento oportuno, sería sanado. Día tras día, semana tras semana, mes tras mes, cada uno seguía esperando que él sería el siguiente en ser sanado.

Mientras Jesús contemplaba esta multitud de sufrientes, su amante corazón se conmovió profundamente. Comenzó a hablar con uno de ellos y descubrió que había estado paralítico durante treinta y ocho años. ¡Treinta y ocho años! Y durante todo ese largo tiempo había anhelado fervientemente volver a caminar. ¡Qué caso más triste!

—¿Quieres ser curado? —le preguntó Jesús.

¿Que si quería?... Pero él ya había perdido toda espe-

ranza. No había nadie que lo ayudara a echarse en el estanque. Le costaba tanto trabajo arrastrarse hasta el borde, que cuando llegaba, ya alguien había entrado en el agua. Pero Jesús sabía cómo infundir nueva esperanza a los desesperados. Con ternura, pero a la vez con firmeza, le dijo al pobre paralítico:

—Levántate, toma la camilla y anda.

¿Andar? ¿Caminar? El pobre hombre apenas sabía lo que significaban esas palabras. Hacía tantos años que no caminaba . . . estaba tan débil, sus coyunturas se hallaban tan endurecidas, que. . . ¡pero, no! ¡Algo había ocurrido! Trató de incorporarse. ¡No sentía dolor alguno! ¡Podía doblar las rodillas! ¡Podía pararse! Es cierto que al principio se sintió un poco flojo. Pero cada vez parecía tener más fuerza. ¡Qué maravilla! Entonces se agachó para recoger su jergón, tal como Jesús le había dicho. Y ni eso le produjo dolor. ¡Había sido sanado! ¡Estaba completamente bien! Podía caminar, correr y saltar otra vez, ¡después de treinta y ocho años! ¡Parecía algo demasiado hermoso para ser cierto!

Tan maravillado estaba de sentirse bien otra vez, que ni siquiera supo quién lo había sanado. Cuando miró a su alrededor para agradecérselo, Jesús ya se había ido. De modo que el hombre se puso el jergón bajo el brazo, pasó por debajo de uno de los pórticos, y se encaminó a su casa.

¡Pero cuando menos lo esperaba, surgió una dificultad! Algunas

ON DE PABLO REMMEY © 1986, BY REVIEW AND HERALD

personas que se hallaban afuera le preguntaron cómo se atrevía a transportar su cama en sábado. ¿Sábado? Tan feliz se hallaba el hombre, que se había olvidado de que ese día era sábado.

—El que me sanó, él me dijo: "Toma tu camilla y anda" —contestó, inocentemente.

—¿Y quién te dijo eso? —le preguntaron.

—El hombre que me sanó.

—¿Y quién era? —insistieron.

—No lo sé.

Y en verdad, no lo sabía. Sin embargo, poco después, cuando se hallaba en el templo agradeciéndole a Dios por su sanamiento, se encontró otra vez con Jesús. El Maestro le dijo que no volviera a pecar para que no le ocurriera alguna cosa peor.

El hombre entonces reconoció a Jesús como Aquel que lo había sanado.

—¡Ese es el Hombre! —les dijo entonces a los que le preguntaban quién le había ordenado llevar su jergón en sábado. Pero ellos ya habían sospechado que era Jesús.

¡Cuán tontos eran al enojarse de que, como creían, Jesús hubiera "quebrantado" el sábado, en vez de alegrarse porque alguien había recobrado la salud! Olvidaban que "el sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado".

HISTORIA 9

Leprosos Limpiados

SE HAN detenido Uds. alguna vez a pensar en cómo Jesús, a pesar de que siempre andaba entre gente enferma, nunca se contagió? Es verdad que muchas veces estaba cansado, pero en ninguna parte de la Biblia leemos que haya tenido paperas, sarampión, varicela o alguna otra enfermedad.

Jesús era como un manantial de vida de donde brotaba salud, fortaleza y felicidad para otros. Cierta vez dijo: "Yo he venido para que tengan vida", y eso es lo que él impartía a manos llenas todos los días y a toda hora.

Por eso había centenares y miles de personas que se congregaban a su alrededor. Todo el mundo deseaba sentirse bien, y allí había Alguien que tenía la fórmula secreta. El sabía curar las peores enfermedades, mejor y más rápidamente que cualquier médico. Ningún mal parecía demasiado difícil de tratar para él. Ni siquiera la lepra.

En aquellos tiempos no había cosa que asustara más a la gente que la idea de que podían contraer esa temida enfermedad. Aquellos que se enfermaban de lepra debían salir de sus

casas y aldeas para vivir con los demás leprosos, lejos de las poblaciones y de la gente sana. Así iban empeorando más y más hasta que morían.

Cierto día un leproso, viendo a Jesús, se olvidó por un momento de las reglas que le prohibían acercarse a la gente sana, y vino corriendo hacia el Maestro.

—¡Vete! ¡Aléjate! —me parece oír gritar a las personas que estaban con Jesús, mientras retrocedían, terriblemente asustadas—. ¡No te acerques! ¡Eres un leproso! ¡Estás inmundo!

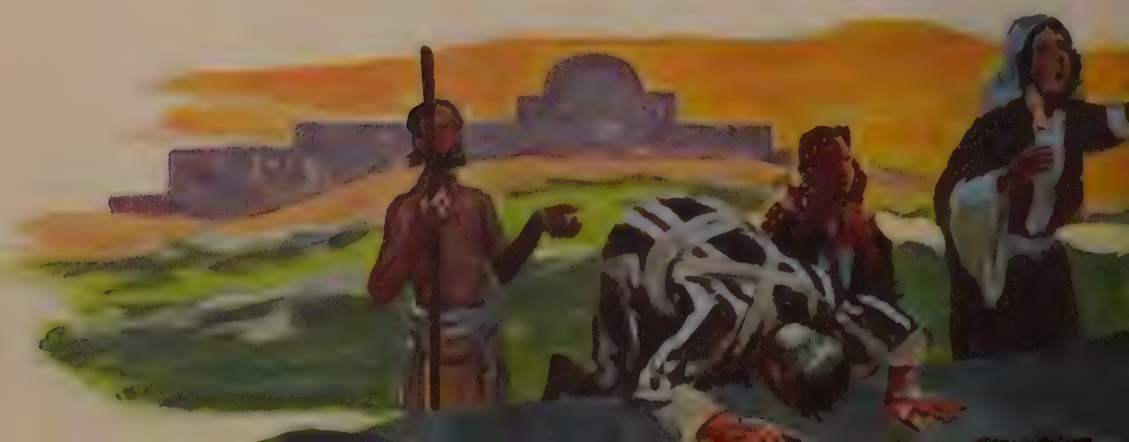
Pero Jesús no se movió. Al contrario, sus ojos miraban compasivamente al pobre hombre enfermo que se había arrodillado cerca de él.

—Señor, si quieres, puedes limpiarme —clamó el leproso desde lo profundo de su corazón.

¿Qué te parece que hizo Jesús entonces? Tocó al leproso y dijo: "Quiero, sé limpio".

Jesús podría haberse contentado con hablarle, pero hizo algo más: lo tocó. La gente que lo rodeaba debe haberse quedado atónita. ¡Ninguno habría tocado a un leproso por todo el dinero del Imperio Romano! Si lo tocaban, ellos mismos podrían volverse leprosos. Pero Jesús no temía. De él brotó energía vivificante que sanó al leproso. Precisamente cuando Jesús habló, "al instante desapareció la lepra y quedó limpio".

Algún tiempo después, mientras Jesús se hallaba transitando por Samaria, se le acercaron diez leprosos, los cuales se pararon "a lo lejos", temerosos de acercarse a él. Sin duda



habían oído decir que había sanado a otros leprosos. Por eso clamaron "¡Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros!"

Jesús se detuvo. Su amante corazón se enterneció. "Id y mostraos a los sacerdotes", les dijo.

Aparentemente era una orden extraña, pero ellos comprendieron. Ningún leproso podía volver a vivir en el seno de la sociedad a menos que un sacerdote certificara que estaba curado. De modo que lo que Jesús les había dicho, en realidad, era que cuando llegaran adonde estaba el sacerdote, se encontrarían sanados.

Los leprosos obedecieron la orden y de inmediato se pusieron en marcha. Se me ocurre que mientras caminaban iban mirándose mutuamente para ver si advertían algún cambio en la piel. Y de repente, lo soñado ocurrió. ¡Todas las horribles manchas blancas habían desaparecido! ¡Su carne, medio descompuesta, estaba ahora limpia y sana! ¡Sus facciones, horri-

blemente deformadas, volvieron a ser lo que habían sido antes!

—¡Estoy sanado! —gritó uno.

—¡Yo también! —exclamó otro.

—¡Y yo! —gritaron sucesivamente todos los demás mientras comenzaban a correr rumbo al lugar más cercano donde pudieran encontrar a un sacerdote.

Jesús los vio irse y luego, con gran alegría, contempló a uno de ellos que corría de regreso hacia él. Postrándose a los pies de Jesús, este hombre, que era un samaritano, exclamó:

—¡Gracias, querido Maestro, mil gracias!

Jesús se sintió feliz. ¡Qué hermoso era oír esas palabras de agradecimiento! Volviéndose a los demás que estaban con él, les dijo:

—¿No han sido diez los curados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿Por qué no volvieron ellos también a dar las gracias?

Así vemos cómo Jesús toma en cuenta las cosas pequeñas. Nunca nos olvidemos de agradecerle su bondad hacia nosotros.

HISTORIA 10

La Multitud es Alimentada

UNA mañana, Juancito había ido al lago con su caña de pescar y había sacado dos pescaditos.

—¡Mira, mamá! —exclamó mientras entraba corriendo en la cocina de su casa—. ¡Mira lo que pesqué!

Su mamá miró los pescaditos y se sonrió.

—No son muy grandes, ¿verdad? —le dijo—. ¿Qué vas a hacer con ellos?

—Los comeré en el almuerzo, si tú me los preparas.

—¿Para tu almuerzo? ¿Qué planes tienes para hoy?

—Quisiera ir a escuchar otra vez a Jesús. ¡Me gusta tanto como habla! Tú también debieras ir a oírlo hablar... ¿Podría llevarme también tres o cuatro panecillos de cebada, mamá?

—¡Cómo no, querido! Llévate cinco. Estoy segura de que tendrás hambre. —Agradecido, Juancito se puso en marcha.

No era difícil encontrar el sitio en que se hallaba Jesús. Todo el mundo parecía saber dónde estaba... Por el camino principal, a campo traviesa, a lo largo de los senderos de la montaña, había centenares que iban en la misma dirección. Pronto

llegaron, y Juancito vio que la muchedumbre se hacía más y más densa. Pidiendo permiso, pudo avanzar hasta situarse cerca del gran Maestro. Al poco rato Jesús comenzó a hablar, y dijo cosas tan bellas que todos estaban pendientes de cada palabra suya.

Las horas fueron deslizándose una a una, y él continuaba hablando. Y el pueblo seguía escuchándolo. Tan interesados estaban todos en lo que decía, que se olvidaron del almuerzo.

Por fin, el sol comenzó a declinar y una brisa fría empezó a soplar desde el lago.

—¿No crees, Maestro, que es hora de que le digamos a la gente que se vuelva a su casa? —le preguntó uno de los discípulos a Jesús.

—Por lo menos, diles que vayan a comprar alimentos a las aldeas de alrededor —sugirió otro—. Han estado sin comer durante todo el día.

—No tienen por qué irse —respondió Jesús—; dadles vosotros de comer.

Los discípulos se quedaron atónitos.

—¡¿Que les demos *nosotros* de comer?! ¡Si no tenemos nada de comida! —dijeron.

—Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno reciba un pedacito —comentó Felipe.

Juancito vio que los discípulos y el Maestro estaban conversando y se preguntó de qué hablarían. Tal vez Jesús tuviera hambre, se dijo; y no sería nada extraño, después de haber estado hablando durante todo el día. Entonces pensó en lo que había traído para comer.

—Si el Maestro tiene hambre —le dijo a Andrés, que se

hallaba cerca de él—, estoy dispuesto a darle lo que traje para comer.

Andrés le agradeció con una sonrisa y comunicó el ofrecimiento a Jesús.

—Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces —le dijo—; pero esto, ¿qué es para tantos?

—Ordenad a todos que se sienten —dijo Jesús. Y ellos obedecieron.

—¿Sentarnos? ¿Para qué? —preguntaba la gente.

—Vamos a comer.

—¿A comer? ¿Cómo es posible? ¿Dónde hay alimento?

—No se preocupen. Ya verán...

Mientras tanto, Juancito le había alcanzado a Jesús la comida que había traído y el Maestro se lo agradeció efusivamente:

—¡Gracias, Juancito! ¡Muchas gracias!

Y la amable sonrisa con que acompañó estas palabras emocionó al niño. Le pareció que eso valía mucho más que el almuerzo que había perdido.

Sin embargo, después de todo, no se quedaría sin su comida. Muy pronto iba a suceder algo maravilloso. Primero, Jesús bendijo los panecillos y los dos pescaditos. Después comenzó a partirlos en trozos y a entregarlos a los discípulos. Y lo extraño era que, no importa en cuántos pedazos los partiera, siempre sobraba algo en sus manos.

A los pocos instantes todos los discípulos se hallaban ocupados llevando alimento a la gente, con la rapidez con que podían subir y bajar por la ladera de la montaña. Vez tras vez volvieron en busca de más comida y siempre había más trozos de pan y de pescado que salían de las manos del Maestro.

Juancito observaba la escena asombradísimo. No podía comprender lo que ocurría. Y no me extrañaría si, de vez en cuando, Jesús se inclinaba hacia él y le daba algunos trozos de pescado y pan para que comiera. ¡Nunca había tenido Juancito tanto para comer! En verdad, ¡tenía mucho más de lo que hubiera comido si hubiera guardado sus panecillos y pescaditos para sí!

LA MULTITUD ES ALIMENTADA

La Biblia dice que esa tarde fueron alimentados cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. Y todo el mundo comió hasta hartarse. La prueba está en que, cuando todo terminó, Jesús les dijo a sus discípulos:

—Recoged los pedazos que han sobrado para que no se pierdan.

¡Y así se juntaron doce cestos llenos! ¡A tal punto habían sido bendecidos todos!

Pero hay algo especial acerca de este relato. Lo encontramos en el Evangelio de S. Juan 6:6, donde se nos dice que Jesús "bien sabía lo que había de hacer". Esto quiere decir que desde el mismo comienzo, el Señor Jesús ya lo tenía todo planeado. Había tomado en cuenta a Juancito y sabía lo que iba a traer para su almuerzo. También sabía lo que iba a hacer si Juancito le entregaba su comida.

Había observado al muchacho durante todo el día. Había notado cuán interesado estaba en lo que decía. Sabía también que Juancito deseaba hacer algo por él. ¡De modo que el Maestro había planeado todo este maravilloso milagro teniendo en cuenta a ese muchachito!

Hoy Jesús te tiene en cuenta *a ti*. ¡Quién sabe si no está planeando realizar algo extraordinario con tu colaboración! El sabe muy bien lo que puede hacer contigo si tú se lo permites, si colocas en sus manos lo mejor de ti, tu más preciado tesoro.

HISTORIA 11

El que se Ahogaba es Rescatado

EL ALIMENTAR a toda esa multitud seguramente debe haber cansado a Jesús y a los discípulos. Tan cansados estaban éstos después de haber llevado alimentos a más de cinco mil personas, que Jesús les aconsejó que se subieran a una barca y navegaran hacia el otro lado del lago para descansar.

Entretanto, él trató de enviar a la gente de regreso a sus hogares. Esta era una tarea difícil, porque muchos querían coronarlo rey allí mismo. Un hombre que puede alimentar gratuitamente a una multitud tan grande, se decían, es la persona ideal para ser rey de Israel. Pero Jesús no deseaba ser un rey de esa clase. Por eso les pidió que se marcharan y lo dejaran solo. Por fin, después de resistirse por un rato, se fueron. Entonces el Maestro subió otra vez a la montaña y se puso a orar.

Más tarde en la noche, se levantó una tormenta. Acordándose de que sus discípulos se hallaban navegando en el lago, Jesús decidió ir hacia ellos. Bajó hasta la playa y siguió caminando sobre el agua. Nadie sabe cómo pudo hacerlo, pero no hay duda de que lo hizo porque todos sus discípulos lo vieron.

CIÓN DE RUSSELL HARLAN © 1956, BY REVIEW AND HERALD

ndo Pedro vio a Jesús caminando sobre el salió de la barca para ir a su encuentro. cuando dejó de mirar al Maestro, empezó ndirse y clamó: ¡Señor, sálvame!

—¡Es un fantasma! —exclamaron aterrados al ver aparecer la forma blanca del Maestro, que avanzaba hacia ellos.

—Tened confianza, soy yo; no temáis —les dijo Jesús.

Los discípulos no podían creer lo que les decían sus ojos y sus oídos. ¿Cómo era posible que Jesús se encontrara allí, en el medio del lago, sin hallarse sobre un bote? Y Pedro, a quien siempre se le ocurrían primero las ideas brillantes, dijo:

—Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas.

—¡Ven! —le contestó Jesús.

Es probable que Pedro no esperaba recibir una respuesta tal. Pero el hecho es que se encaramó sobre el borde de la barca y comenzó a caminar sobre el agua hacia su amado Maestro. ¡Debe haberse necesitado mucha valentía para caminar sobre el lago encrespado en una noche tan oscura! Pero Pedro lo hizo. ¡Caminaba sobre el agua igual que Jesús! Le parecía imposible.

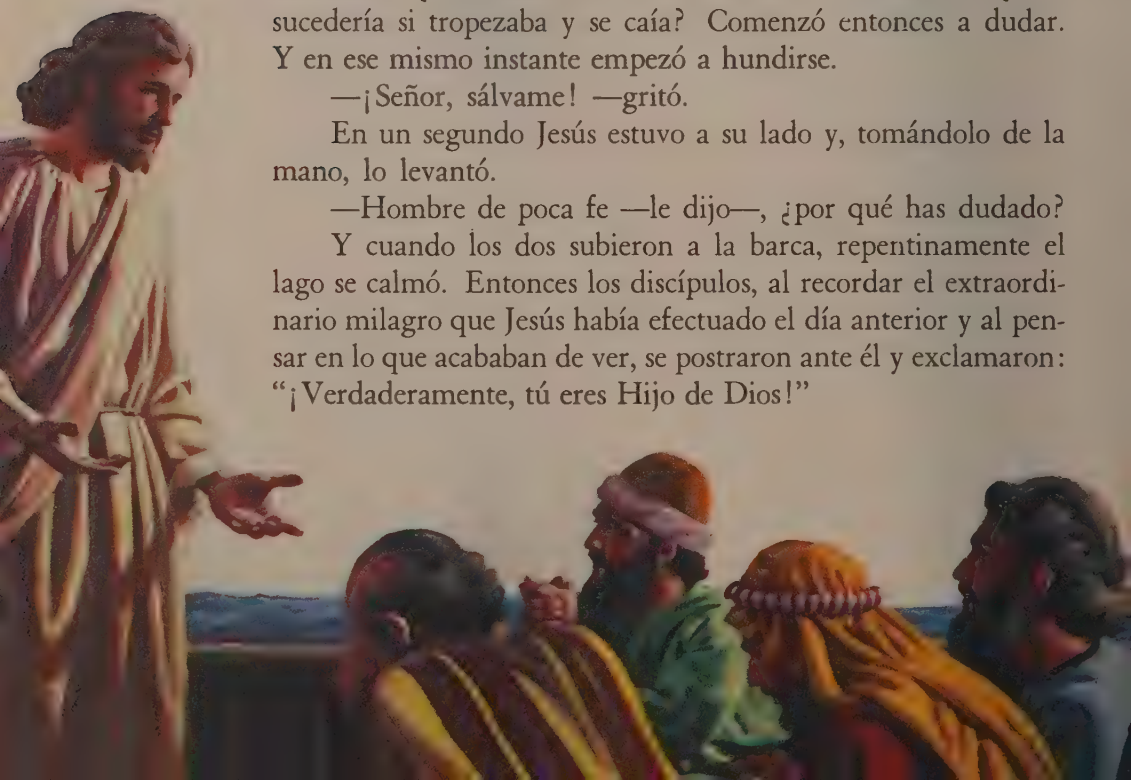
Pero su alegría y buen ánimo no duraron mucho. Dejando de mirar a Jesús, empezó a observar las olas que bramaban a su alrededor. ¿Qué ocurriría si una de ellas lo tumbaba? ¿Qué sucedería si tropezaba y se caía? Comenzó entonces a dudar. Y en ese mismo instante empezó a hundirse.

—¡Señor, sálvame! —gritó.

En un segundo Jesús estuvo a su lado y, tomándolo de la mano, lo levantó.

—Hombre de poca fe —le dijo—, ¿por qué has dudado?

Y cuando los dos subieron a la barca, repentinamente el lago se calmó. Entonces los discípulos, al recordar el extraordinario milagro que Jesús había efectuado el día anterior y al pensar en lo que acababan de ver, se postraron ante él y exclamaron: "¡Verdaderamente, tú eres Hijo de Dios!"



HISTORIA 12

Un Avaro se Vuelve Generoso

JESUS no sólo sanaba a los enfermos, curaba a los leprosos, hacía caminar a los paralíticos, abría los ojos de los ciegos, hacía oír a los sordos, alimentaba a los hambrientos, rescataba a los que se estaban ahogando y resucitaba a los muertos, sino que también era capaz de penetrar en la mente y en el corazón de las personas, haciéndolas pensar y actuar como hombres y mujeres completamente diferentes. Sin duda alguna, él era el más grande de los médicos.

Cierto día, mientras caminaba por la ciudad de Jericó acompañado por un gran grupo de gente, sus atentos ojos observaron que había un hombre bajito que corría delante de la multitud. Era Zaqueo, el jefe de los cobradores de impuestos de la región, un hombre muy rico.

Zaqueo siguió corriendo hasta que llegó adonde había un árbol sicómoro. Allí, olvidándose de cuán importante era él, trepó por el árbol como un muchacho y se sentó en una de las ramas. Jesús se sintió feliz de que un hombre tal estuviera tan deseoso de verlo como para molestarse en subir a un árbol.

El gentío siguió avanzando lentamente; algunas personas forcejeaban para acercarse a Jesús y otras gritaban desde lejos pidiéndole ayuda. Pero cuando llegaron al sicómoro, Jesús se detuvo, levantó la cabeza y miró a Zaqueo.

El cobrador de impuestos se sintió contentísimo. ¡Nada menos que el gran Maestro de Galilea estaba allí abajo, mirándolo! ¡Sí, hasta sonriéndole!

Zaqueo sintió dentro de sí una extraña emoción. No era posible, pensó, que Jesús estuviera interesado en *él*. ¡En un

cobrador de impuestos! ¡Si todo el mundo los odiaba! Pero Jesús *estaba* interesado en él. Y mucho.

Entonces, para gran sorpresa de Zaqueo y de todas las personas que lo oyeron, Jesús dijo:

—Zaqueo, baja pronto, porque hoy me hospedaré en tu casa.

—¿En mi casa?— preguntó Zaqueo con los ojos abiertos de sorpresa y mientras una sonrisa de alegría e incredulidad le iluminaba el rostro—. ¿En mi casa?

En un segundo se deslizó por el árbol hacia abajo y estuvo en pie junto a Jesús.

—¡Oh, sí, ven! ¡Eres muy bienvenido! —dijo y comenzó a guiar con orgullo a Jesús hacia su casa.

Los de la multitud no podían comprender lo que pasaba, y comenzaron a murmurar. ¡Que Jesús los hubiera abandonado y se hubiera marchado en compañía de un cobrador de impuestos! ¡Era inconcebible!

Pero Jesús sabía bien lo que hacía. Había podido ver todas las buenas cualidades que se ocultaban en ese hombre bajito.

La casa a la que se dirigieron era realmente hermosa, una de las mejores de los alrededores de Jericó. Sin duda desde ella se observaba el hermoso panorama del valle del Jordán.

Zaqueo se sentía tan feliz de que el gran Maestro se hubiera dignado a venir a su casa, que de inmediato ordenó a sus criados que trajeran bebidas frescas y la mejor comida para su honrado Huésped.

¡Cómo me gustaría saber todo lo que Jesús le dijo a Zaqueo mientras los dos estaban sentados en la sala o tal vez en la galería de la casa! Pero nadie lo sabe. Lo que sí sabemos es que desde aquella tarde Zaqueo fue un hombre completamente distinto.

—Maestro —dijo en cierto momento—, yo sé lo que voy

a hacer. Daré a los pobres la mitad de todo lo que poseo; y si alguna vez he defraudado a alguien, le devolveré ese dinero multiplicado por cuatro.

¡Cuán feliz se sentía Jesús!

—Hoy ha venido la salvación a esta casa —dijo. Y luego pronunció aquellas palabras que han animado a tantos millones de personas desde aquel día—: Pues el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

Sí: al rico y al pobre; al poderoso y al humilde; al enfermo y al sano; al joven y al anciano; al cobrador de impuestos y al que los paga. Sí. Todo el que se siente perdido, el que desea hallar el camino hacia Dios y hacia el cielo, puede tener la seguridad de que Jesús lo busca y lo salvará si es que desea ser salvado.

Querido niño o niña: No importa dónde estés tú ahora — subido a un árbol, en una barca, en la calle o en tu pequeño dormitorio— Jesús está buscándote.

SEGUNDA PARTE

Historias del Mayor de los Maestros

(S. Mateo 5:1 a 7:27; 17:1 a 18:35; 20:20-28; S. Marcos 7:1-23; 10:32-40; S. Lucas 6:1-49; 9:28-42; 10:38 a 14:6)

HISTORIA 1

Los Secretos de la Felicidad

JESUS fue no sólo el más grande de los médicos, sino también el mayor de los maestros. El tenía en su corazón algo que quería comunicar a la gente. Y lo decía de una manera tan clara y sencilla, que todos comprendían. A todos les gustaba oírlo hablar, y no se marchaban hasta que él dejaba de enseñarles.

Jesús había venido del cielo para hablarles a los hombres acerca de Dios. Quería que todos supieran que el Señor es un Dios de amor; que es amante, paciente y perdonador, y que a la vez es un Dios santo que espera que sus hijos sean buenos, puros, veraces y obedientes.

Muchas veces les hablaba de su reino venidero y de lo hermoso que será vivir en él; allí todos se amarán y nadie dirá o hará jamás algo malo, hiriente o indigno.

Todos, sí, todo el mundo podía pertenecer a ese reino si es que cada uno creía en Jesús y estaba dispuesto a obedecerle. Y lo cierto es que no necesitaba esperar un largo tiempo para disfrutar de la felicidad de ese reino. Podía gozarla en seguida.

ACION DE HERIBERTO RUDEEN © 1956, BY REVIEW AND HERALD

ntras la gente lo escuchaba, sentada en la ra de la montaña, Jesús habló acerca de su avilloso reino venidero y explicó qué deben r los que desean entrar en él.

Confiando en el amor de Dios y sintiéndose seguro de su cuidado, el que cree en Jesús puede vivir feliz y sin preocuparse, con el corazón lleno de alegría y paz. Esto es precisamente lo que Jesús quiso expresar cierto día cuando, sentado en la ladera de una montaña, dijo a la gente que estaba a su alrededor:

"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

"Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.

"Bienaventurados los que están afligidos, porque ellos serán consolados.

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados.

"Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

"Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

"Bienaventurados los perseguidos por razón de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

"Bienaventurados sois cuando os ultrajaren y persiguieren y dijeren todo mal contra vosotros por mi causa; gozaos y alborozaos, pues vuestra recompensa es grande en los cielos. Que así persiguieron a los profetas que os precedieron".

Con estas bellas palabras, Jesús enseñó los secretos de la verdadera felicidad. El que podamos ser bienaventurados, o sea,

verdaderamente felices, depende de cómo vivamos delante de Dios, dijo Jesús.

Si nosotros —tú y yo— nos conservamos humildes y no permitimos que el orgullo entre jamás en nuestro corazón, heredaremos el reino de los cielos, no sólo en el futuro, sino ahora.

Si nos sentimos verdaderamente tristes por nuestros pecados y nos afligimos por haber ofendido a Dios, el Señor nos consolará al darnos su perdón.

Si de todo corazón deseamos ser buenos, Dios nos bendecirá dándonos la victoria sobre todas las tentaciones.

Si somos amables y misericordiosos con los demás, veremos que ellos también serán bondadosos con nosotros.

Si conservamos nuestro corazón puro y nos resistimos a abrigar pensamientos malos, nuestra mente podrá comprender a Dios y, como resultado, seremos felices.

Si nos esforzamos porque haya paz entre la gente, si amamos a otros en lugar de pelear con ellos, recibiremos muchas bendiciones y, por sobre todo, sabremos con seguridad que somos hijos de Dios.

Si nos vemos en dificultades por haber obrado bien y si la gente no nos comprende a pesar de que hemos obedecido a Dios, no debemos afligirnos. Todo terminará bien. Su reino es nuestro ahora y para siempre.

Sí, podemos ser felices aun cuando la gente trate de hacernos mal. Y aun cuando se enoje mucho, podemos alegrarnos porque Dios sabe todo lo que nos ocurre y está preparándonos una magnífica recompensa en el cielo.

HISTORIA 2

Lecciones de las Cosas Pequeñas

LA MAYORIA de las personas que escuchaban a Jesús nunca habían ido a la escuela. Muchas de ellas ni siquiera sabían leer o escribir.

Es cierto que entre las multitudes que lo seguían había algunos sacerdotes, levitas y personas ricas que habían asistido a las escuelas de los rabinos; pero los agricultores, los pastores, los ganaderos, los albañiles, los viñateros, las amas de casa y los carpinteros sabían muy poco fuera de lo que sus padres les habían enseñado o de lo que habían oído en la sinagoga los sábados. Por eso Jesús enseñaba con tanta sencillez, y por eso también la gente "lo escuchaba con agrado".

Les hablaba de la sal y las lámparas, de los cestos y las flores, de los cerdos y las perlas, de las semillas y las malas hierbas, de las uvas y los higos, de los gorriones y las águilas, de las puertas angostas y las anchas. Y de estas cosas tan sencillas y cotidianas, Jesús extrajo algunas de sus más grandes lecciones.

En el valle del Jordán había mucha sal. Tal vez desde el lugar en que estaba sentada, la gente podía verla brillar bajo los

rayos del sol. Todos sabían que se la usaba para dar sabor a las comidas y también para conservarlas. Por eso Jesús les dijo:

—Vosotros debéis ser como ella. Dios desea que seáis la sal de la tierra, que hagáis felices a otros, que deis un buen ejemplo a los demás al hacer y defender siempre lo correcto.

Todo el mundo sabía a qué se refería Jesús cuando habló de una lámpara. Esa era la única luz que tenían en sus casas porque, por supuesto, no había entonces electricidad ni gas. Y cuando Jesús les preguntó si, después de encender una lámpara la cubrían con un cesto, me imagino que todos se sonrieron y contestaron:

—¡Por supuesto que no!

—¡Es claro! —siguió diciendo Jesús—. La ponéis sobre el candelero o sobre la mesa para que ilumine la casa. —Y luego agregó—: Que alumbre así vuestra luz delante de los hombres, de suerte que vean vuestras obras buenas y den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos.

Ellos comprendieron. Debían *ser* buenos y *obrar* bien no para glorificarse a sí mismos sino a Dios. De esa manera su bondad alumbraría como una luz en la oscuridad y entonces serían "la luz del mundo".

Algún tiempo después les habló acerca de las aves que revoloteaban en los alrededores.

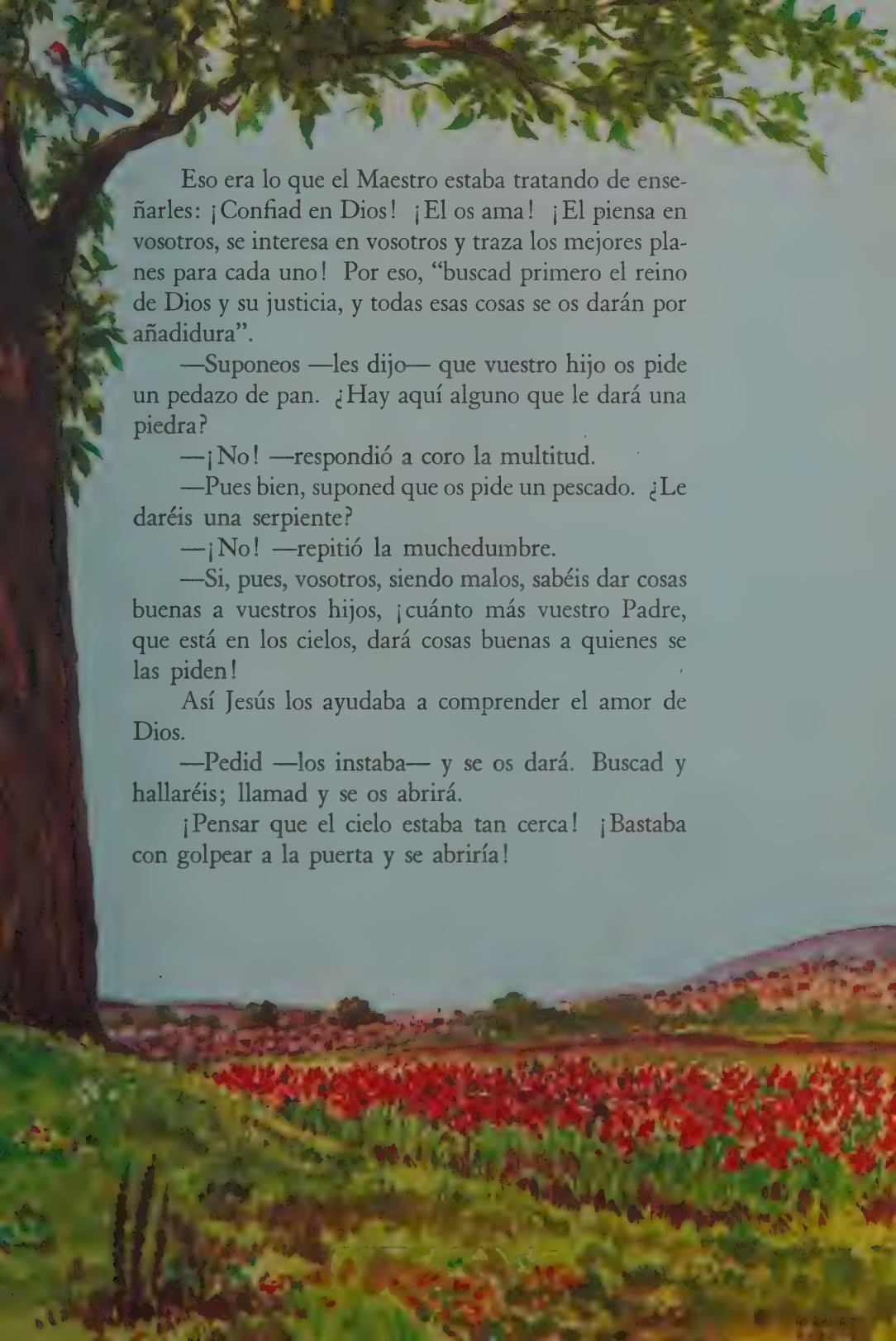
—Mirad —les dijo— cómo las aves del cielo no siembran ni siegan, ni encierran en graneros, y sin embargo vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Para qué afligiros entonces? ¿No valéis vosotros más que ellas?

Luego señaló las flores que crecían a sus pies en la ladera de la montaña, y les dijo:

—Mirad los lirios del campo cómo crecen: no se fatigan ni hilan. Y sin embargo yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. —Y entonces añadió la moraleja—: Pues si a la hierba del campo Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?

Jesús estaba tratando de librarlos de todas las preocupaciones, porque en aquella época la gente se preocupaba tanto como la de nuestros días. No debían afligirse preguntándose: "¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos?" ¿Y por qué debían dejar de afligirse?

—Porque —les aseguró Jesús— bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad.



Eso era lo que el Maestro estaba tratando de enseñarles: ¡Confiad en Dios! ¡El os ama! ¡El piensa en vosotros, se interesa en vosotros y traza los mejores planes para cada uno! Por eso, "buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura".

—Suponeos —les dijo— que vuestro hijo os pide un pedazo de pan. ¿Hay aquí alguno que le dará una piedra?

—¡No! —respondió a coro la multitud.

—Pues bien, suponed que os pide un pescado. ¿Le daréis una serpiente?

—¡No! —repitió la muchedumbre.

—Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a quienes se las piden!

Así Jesús los ayudaba a comprender el amor de Dios.

—Pedid —los instaba— y se os dará. Buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá.

¡Pensar que el cielo estaba tan cerca! ¡Bastaba con golpear a la puerta y se abriría!

HISTORIA 3

El Método de Dios

MIENTRAS Jesús hablaba a la gente parecía estar diciéndole: "Yo sé cómo podéis vivir una vida diferente y mejor. Y si queréis probar mi método —que es el método de Dios— seréis mucho más felices". Su método, como tú sabes, era el método del amor. Observa cómo trataba de explicarlo a aquellos que habían venido a oírlo enseñar:

—Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás; el que matare será reo de juicio. Pero yo os digo que todo el que se irrita contra su hermano será reo de juicio.

Esta era una idea nueva. No sólo estaba mal matar sino también enojarse. En efecto, Jesús dijo que hasta el solo hecho de llamar "tonto" a nuestro hermano, desagradaba a Dios. ¿Y por qué? Porque era contrario al método del amor.

El amor es suave, bondadoso, cortés, perdonador. Los muchachos y las niñas que tengan verdadero amor en el corazón nunca dirán o harán algo malo a los demás sino que, al contrario, harán y dirán aquello que los hará felices.

Y Jesús siguió hablando:

EL METODO DE DIOS

—También habéis oído que se dijo a los antiguos: No perjurarás... Pero yo os digo que no juréis de ninguna manera: ni por el cielo, pues es el trono de Dios; ni por la tierra, pues es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, pues es la ciudad del gran Rey.

Esta también era una idea nueva. Todos sabían que era incorrecto jurar en falso, pero nunca se les había ocurrido que a Dios tampoco le gustaba que los hombres lanzaran juramentos o interjecciones por cualquier razón. Y sin embargo, les dijo Jesús, así era; y todos los que lo amaran de veras nunca tomarían en vano su nombre. Luego Jesús mencionó una idea completamente nueva que los dejó muy sorprendidos.

—Oísteis que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Mas yo os digo que no hagáis frente al malvado; antes si uno te abofetea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; el que quiere ponerte a pleito y quitarte la túnica, entrégale también el manto; y si uno te forzare a caminar una milla anda con él dos.

¡Este sí que era un consejo difícil de aceptar! Me imagino que en la multitud había más de uno que había estado pensando poco antes: "¡Si llego a encontrarme con Fulano de Tal, entonces sí que me las pagará!" Pero desde entonces sabían que nunca más tenían que pensar así. El método que Dios sugiere es el del perdón, el de "dar la otra mejilla", el de "dar el manto juntamente con la túnica", y el de "caminar la segunda milla".

Pero Jesús no se detuvo allí, sino que siguió diciendo:

—Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos.

—¿Qué? —me imagino que alguien preguntó—. ¿Quieres decir, Maestro, que debemos amar a los romanos, a los cobradores de impuestos y a todos los que tratan de robarnos y hacernos daño?

—Sí —dijo Jesús—, a todos. Pues así como Dios hace que el sol alumbre sobre los buenos y malos, y que la lluvia caiga sobre los justos y los injustos, vosotros debéis mostrar amor a los amigos y a los enemigos.

A algunos de los que escuchaban les pareció que Jesús estaba haciendo a un lado las antiguas leyes que habían aprendido en la sinagoga.

—¡Oh, no! —les dijo—. No penséis que vine a destruir la ley o los profetas: no vine a destruir, sino a dar cumplimiento.

El problema no estaba en la ley sino en el modo en que ellos trataban de cumplirla. La única manera en que puede cumplirse la ley de Dios es con el espíritu de amor. Jesús quería explicarles que si el amor llenaba el corazón de cada uno; si amaban a Dios con toda su mente, su alma y sus fuerzas; y si amaban a las demás personas tanto como se amaban a sí mismos, entonces cumplirían toda la ley.

El que los hombres hicieran todas las cosas movidos por amor era lo que más le interesaba a Dios. Ese es su método para proporcionar verdadera felicidad.

Tratemos de seguir ese método hoy.

HISTORIA 4

Cómo Orar a Dios

MUCHOS de los que escuchaban a Jesús no sabían cómo hablar con Dios en oración. Algunos jamás habían orado en su vida. Esa era la causa de sus tristezas, preocupaciones y fracasos. Y Jesús lo sabía. Por eso trató de hacerles ver que debían considerar a Dios como a un amigo, y hablarle con la seguridad de que nos ama y está interesado en lo que nos ocurre. Por otra parte, ¿cómo podían vivir la vida que Dios deseaba que vivieran si nunca le pedían ayuda?

Jesús oraba mucho. A veces pasaba toda la noche haciéndolo, hablando con su Padre celestial y pidiéndole ayuda para cumplir la gran tarea que había venido a realizar.

Una vez, cuando levantó la cabeza al terminar una oración, vio que a su alrededor se hallaban varios de sus discípulos. Habían estado observándolo y escuchando las sencillas pero hermosas palabras que había empleado al hablar con su Padre. ¡Cuánto hubieran querido saber orar como él!

—Señor, enséñanos a orar —le dijeron. Jesús se sintió feliz al escuchar este pedido. Había estado esperando que sus discí-

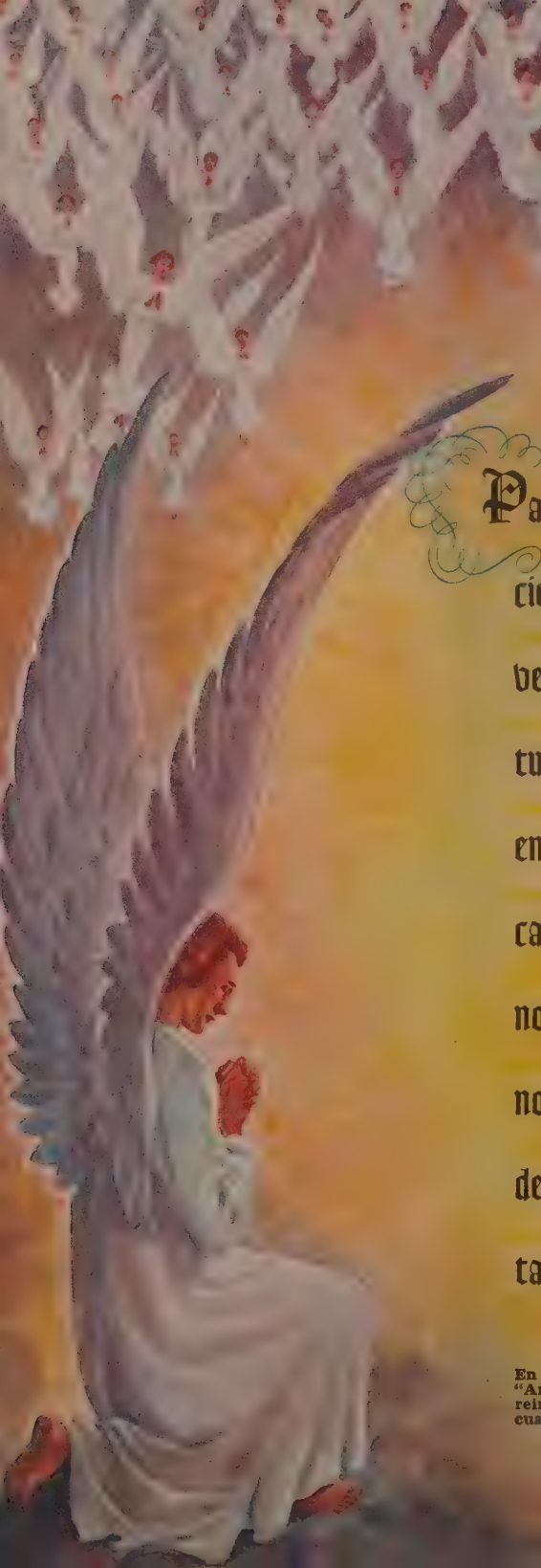
pulos se lo hicieran. Ahora podía contarles el secreto de su manera de orar y sus discípulos lo recordarían siempre.

En primer lugar, les dijo, no debían orar para que las demás personas pensaran que ellos eran muy buenos y piadosos. Las oraciones largas, dichas en voz alta en público "para ser vistos de los hombres", no son buenas oraciones. No llegan al cielo; Dios no las escucha.

—Tú, cuando ores —aconsejó—, entra en tu cámara y, cerrada la puerta, ora a tu Padre. —El orar es un asunto muy personal, que tiene que ver sólo contigo y con Dios.

—Y orando, no seáis habladores, como los gentiles, que piensan ser escuchados por su mucho hablar. —No tiene sentido el repetir las mismas palabras; debemos hablar como lo haríamos con un amigo.

Entonces les enseñó esa sencilla oración conocida hoy por millones de personas en todas partes del mundo: el Padrenuestro.



Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad, como en el cielo, así en la tierra. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos pongas en tentación, mas líbranos del mal. Amén.

En algunas versiones de la Biblia aparece, antes del "Amén", la siguiente conclusión: "Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos", la cual se encuentra en algunos manuscritos antiguos.

Desde la primera palabra hasta la última, ésta es una oración perfecta. Dirige nuestros pensamientos hacia el cielo. Nos hace pensar en Dios, en su santidad, en su reino, en su poder y su gloria. Y sólo pide para nosotros el pan de cada día, un espíritu perdonador y fortaleza para vencer el mal. En el Padrenuestro no hay siquiera un pedido egoísta, porque aun aquellos que mencionan nuestras necesidades tienen en cuenta la gloria de Dios y el progreso de sus planes para el establecimiento de su reino de amor.

Debiéramos aprender esta oración y repetirla a menudo. Sin embargo, no es ésta la única manera en que podemos hablar con Dios. El es nuestro Amigo y desea que le digamos todo lo que sentimos: cuánto lo amamos, cuán grande es nuestro deseo de agradarle, cuánto necesitamos de su ayuda para hacer lo que es bueno y correcto, y cuán deseosos estamos de obedecerle todos los días de nuestra vida.

HISTORIA 5

Tesoros en el Cielo

EN AQUELLOS días, cuando Jesús estaba enseñando en Galilea, no existían bancos como los que encontramos hoy en cualquier ciudad. Si una persona tenía algo de valor y deseaba guardarlo en un lugar bien seguro, cavaba un foso en la tierra y lo escondía allí o lo colocaba en el sótano de su casa.

Pero aun los mejores lugares no resultaban muy seguros. Si eran húmedos, el objeto de valor se oxidaba o manchaba. Si eran secos, y el tesoro que se deseaba guardar era un hermoso manto, un cuadro valioso o algún mueble de gran valor, las polillas o algún insecto los arruinaban. Además, siempre se corría el peligro de que algún ladrón pudiera robar ese objeto valioso o que algún ejército invasor se lo llevara.

El hecho es que no era posible encontrar un lugar completamente seguro; por eso Jesús les dijo a los que lo escuchaban que no valía la pena afanarse por ahorrar dinero para comprar cosas que no duraban, o que no podían conservar por mucho tiempo, o que eran fáciles de robar.

TESOROS EN EL CIELO

—No atesoréis tesoros sobre la tierra —les dijo—, donde la polilla y el orín los hacen desaparecer y donde los ladrones perforan las paredes y roban; atesoraos más bien tesoros en el cielo.

Allí los tesoros estarán seguros para siempre. Ni las polillas, ni el óxido, ni los ladrones pueden entrar allí. La gente debe haber mirado a Jesús con una expresión de asombro en el rostro. ¿Qué había querido decir con eso? ¿Cómo era posible guardar tesoros en el cielo? Tal vez alguien preguntó:

—¿Quieres decir, Maestro, que yo puedo depositar mi dinero en el cielo y que allí estará a salvo de los ladrones?

—Sí.

—Pero, ¿cómo?

—Dando ese dinero a alguien que lo necesita.

Seguramente todos se habrán sonreído. ¡Eso sí que parecía increíble! Y sin embargo, no lo era. Porque cuando damos con amor algo de lo que poseemos para ayudar a otros, en realidad se lo estamos dando a Dios. Y el Señor, que nunca pasa por alto el acto más pequeño de amor hecho en su nombre, nos devuelve lo que hemos dado y muchas veces más de lo que hubiéramos soñado.

—Dad y se os dará —dijo Jesús—; una medida buena, apretada, colmada, rebosante, será derramada en vuestro seno. La medida que con otros usareis, ésa se usará con vosotros.

Es el amor el que coloca los tesoros en el cielo y también es el amor el que da la recompensa. Por supuesto, se necesita fe para poner dinero o cualquier cosa de valor en esa clase de banco. Pero en realidad necesitamos fe para depositar dinero en cualquier banco, ¿no es verdad? ¡Claro que sí! ¡Aun el dinero que ponemos en nuestra alcancía!

De modo que para iniciar nuestro depósito en este banco especial debemos creer en Dios, en el cielo y en el amor, que es la única clase de moneda que el cielo conoce.

—Donde está tu tesoro —dijo Jesús—, allí estará tu corazón.

Si guardas tu tesoro en el sótano o en cualquier otro lugar de la tierra, estarás preocupado acerca de su seguridad. Pero si lo empleas con amor para la gloria de Dios, lo estarás depositando en el cielo; y tu corazón, al pensar en cuán seguro se encuentra tu tesoro, hallará la paz y la felicidad que sólo Dios puede darte.

HISTORIA 6

La Casa Edificada Sobre la Roca

CUANDO Jesús estaba por terminar su largo e interesante sermón acerca del amor de Dios, narró una historia para explicar lo que quería decir; y el relato era tan sencillo y claro que todo el mundo comprendió su significado.

La historia tenía que ver con dos casas: una edificada sobre la roca y otra construida sobre la arena. Las dos eran muy semejantes entre sí, y estaban situadas una muy cerca de la otra, junto al cauce de un río. Ambas parecían ser confortables para vivir. Pero un día vino una tormenta repentina y una inundación sorpresiva llenó el valle por donde corría el río. Una casa soportó la tormenta, pero la otra cayó y fue llevada por el río.

Cada uno de los que lo escuchaban, dijo Jesús, iba a construir el edificio de su vida sobre una clase de fundamento o sobre otra. Los que decidían seguir sus enseñanzas y permitir que el amor de Dios llenara su corazón y dirigiera su vida, eran como el hombre que "cavó y ahondó y puso fundamento sobre la peña". Pero los que no prestaban atención a sus enseñanzas y decidían seguir viviendo una vida egoísta y malvada, eran como

aquel "que edificó una casa sobre la tierra, sin fundamento".

El Maestro les dijo que en los días futuros sobrevendrían fieras tormentas que pondrían a prueba la vida de cada uno. Las persecuciones, como una inundación repentina, tratarían de destruirlos. Y cuando vinieran estas dificultades se descubriría sobre qué clase de cimiento había construido cada uno su vida.

Nada podrá dañar al hombre que construye su vida sobre el amor, porque el amor —aunque no puede verse ni palparse— es como una roca sólida. El amor verdadero es eterno, como Dios mismo. La persona que ama de veras y profundamente, que vive no para sí sino para otros, se ve envuelta de tal manera en los planes de Dios, que permanece con él para siempre.

Por otra parte, la persona egoísta y orgullosa, que sólo piensa en sí misma, no puede sobrevivir a las pruebas. Estas la deshacen. No tiene futuro porque no tiene amor.

¿Sobre qué planeas construir el edificio de tu vida? ¿Sobre la arena o sobre una roca? Si deseas permanecer para siempre, cava hondo: la roca está allí abajo.

HISTORIA 7

Buenas Acciones en un Buen Día

PARECIA que cuanto más hablaba Jesús acerca de su reino de amor, más dificultades tenía con los dirigentes religiosos de su época. Ellos lo consideraban un rebelde porque Jesús afirmaba que el amar a la gente y el hacerle bien era más importante que todas las reglas de conducta que alguna vez se hubieran decretado. Y los dirigentes hacían circular la calumnia de que Jesús se oponía a toda clase de religión, cuando lo cierto era que el Maestro se oponía a la manera en que *ellos* aplicaban la religión. ¡Y cómo lo vigilaban para ver si quebrantaba alguna de sus reglas!

Cierto sábado Jesús se hallaba caminando con sus discípulos a través de un sembrado. Como tenían hambre, los discípulos comenzaron a arrancar algunas espigas, a restregarlas entre las manos y a comerse los granos.

—¡Violadores del sábado! —murmuraron en seguida algunos fariseos que los estaban observando. Para ellos, el arrancar esas espigas y comerse sus granos era tan malo como cosechar y trillar todo el sembrado en sábado.

—¡Mira!, ¿cómo hacen en sábado lo que no está permitido? —le dijeron a Jesús.

Pero el Maestro tenía lista la respuesta.

—¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre él y los que le acompañaban? —les preguntó. Y en seguida les recordó la ocasión en que David, huyendo de Saúl, entró en el tabernáculo y comió del pan consagrado a Dios y dio también de él a los que lo acompañaban.

Los fariseos recordaron en seguida el caso y no supieron qué decir. Pero Jesús agregó:

—El Hijo del Hombre es Señor del sábado.

Esta declaración debe haberlos escandalizado, porque equivalía a que Jesús hubiera dicho: "Yo creé el sábado y por lo tanto soy el que debe decir cómo ha de observarse".

Si hubiera estado mal que los discípulos arrancaran esas espigas en sábado, Jesús se lo hubiera dicho; pero para él no era una transgresión de la ley. Los discípulos no estaban *trabajando* sino obteniendo el alimento necesario de una manera sencilla, como cuando nosotros desayunamos el sábado de mañana.

Pero ésa no fue la última ocasión en que surgió la misma pregunta. Otro sábado, mientras estaba hablando en una sinagoga, notó que había presente una mujer totalmente encorvada debido a una terrible enfermedad. La pobre había estado sufriendo así durante dieciocho años, y nadie la había podido ayudar. Tocándola suavemente, Jesús le dijo:

—Mujer, estás curada de tu enfermedad.

De inmediato, la mujer se enderezó con el rostro radiante de alegría y gratitud. Pero el jefe de la sinagoga se puso furioso. Dirigiéndose a la gente que estaba presente, gritó:

—¡Hay seis días en los cuales se puede trabajar; en éstos venid y curaos!

Jesús giró sobre sus talones y miró al que acababa de hablar.

—¡Hipócritas! —dijo con firmeza—, cualquiera de vosotros ¿no suelta del pesebre su buey o su asno en sábado y lo lleva a beber? Pues esta hija de Abrahán, a quien Satanás tenía ligada dieciocho años ha, ¿no debía ser soltada de su atadura en día de sábado?

Ante estas preguntas, todos los que habían criticado el milagro se avergonzaron. Pero el resto "se alegraba de las obras prodigiosas que hacía" Jesús.

Otro sábado, mientras se hallaba comiendo en la casa de uno de los principales fariseos, Jesús advirtió que cerca de él había un hombre enfermo de hidropesía. Entonces el Maestro preguntó a los fariseos y doctores de la ley que estaban presentes:

—¿Es lícito curar en sábado o no?

Nadie respondió. Entonces Jesús sanó inmediatamente al hombre.

Y luego les hizo otra pregunta:

—¿Quién de vosotros, si su hijo o su buey cayere en un pozo, no le saca al instante en día de sábado?

Otra vez nadie respondió. Tal vez Jesús paseó su mirada por la hilera de rostros perplejos y enojados como si les estuviera preguntando: "¿Qué me dices tú, y tú, y tú?"

¡Por supuesto, todos ayudarían a sus animales aunque fuera sábado! Y algunos ya lo habían hecho muchas veces. ¡Sin embargo, consideraban que era un pecado sanar a un pobre hombre enfermo! ¡Cuán confundidos estaban!

¡Claro que es correcto hacer bien en sábado! Por eso Jesús repitió: "El sábado ha sido hecho para el hombre —para su bien, su alegría, su bienestar— y no el hombre para el sábado".

HISTORIA 8

Una Vislumbre del Reino

CIERTO día, Jesús les dijo algo extraño a sus discípulos:

—En verdad os digo que hay algunos entre los presentes que no gustarán la muerte antes de haber visto al Hijo del Hombre venir en su reino.

Puedes imaginarte cómo se miraron unos a otros, preguntándose qué había querido decir el Maestro y quiénes serían los favorecidos. ¿Significaba eso que antes de que todos los discípulos murieran Jesús establecería su reino de amor en todo el mundo? Si así era, ¡qué hermoso! Pero Jesús no había querido decirles eso. Su idea era otra.

Una semana después, se supo que los favorecidos eran Pedro, Santiago y Juan. Jesús los condujo hacia una montaña alta, posiblemente el monte Hermón, que casi siempre se halla coronado de nieve.

Paso a paso fueron subiendo por la empinada ladera, siguiendo a su amado Maestro, hasta que los tres se sintieron fatigados por la ascensión. Cuando por fin llegaron cerca de la cumbre, y Jesús se detuvo, lo único en que pensaban era en acos-

tarse y dormir. Sus ojos estaban tan "cargados de sueño" que casi se perdieron el más hermoso espectáculo que los ojos humanos vieran alguna vez.

Ellos habían visto orando a Jesús en otras ocasiones, ¡pero nunca de esa manera! ¡Su rostro resplandecía con una luz gloriosa, celestial! ¡Sus vestiduras brillaban como cuando el sol alumbra la nieve purísima! Jesús parecía un rey; en realidad, más que un rey. ¡Sí, parecía Dios mismo!

Entonces los tres discípulos observaron algo que los dejó atónitos. De alguna parte —ellos no sabían cómo— aparecieron dos personajes desconocidos que se pararon junto a Jesús. Los discípulos los observaron. ¿Serían ángeles? No, eran hombres. No había duda acerca de ello. Pero, ¿quiénes eran? ¿Y cómo habían aparecido tan sorpresivamente en ese lugar tan desolado, en la cumbre de la montaña?

Era imposible que los discípulos supieran quiénes eran esos dos personajes, pues jamás los habían visto. Pero Jesús los conocía y habló con ellos como si hubieran sido viejos amigos suyos. Y en verdad lo eran. Uno era Moisés, y el otro Elías.

Pero, ¿acaso no estaban muertos desde hacía mucho tiempo?

No. Después que Moisés murió en el monte Nebo, Dios lo resucitó de los muertos, tal como entendemos al leer la Epístola de San Judas. Y en cuanto a Elías, sabemos que nunca murió sino que fue trasladado al cielo en un carruaje de fuego.

De modo que allí, sobre la cumbre de la montaña, Jesús dio a sus tres discípulos más allegados una vislumbre de lo que iba a ocurrir en aquel glorioso día futuro cuando él volviera a esta tierra para establecer su reino eterno.

Algún día, Jesús aparecerá con toda su gloria como Rey de reyes y Señor de señores. Entonces todos los que han muerto

RACION DE HERIBERTO RUDEEN © 1986, BY REVIEW AND HERALD

presivamente, mientras Pedro, Santiago y n oraban con Jesús cerca de la cumbre de nontaña, éste apareció rodeado de una luz riosa y a su lado estaban Moisés y Elías.

creyendo en él serán resucitados, como Moisés lo fue; y todos los que se encuentren vivos cuando él venga serán arrebatados en las nubes para encontrarse con él en el aire, como Elías.

Después de algunos momentos, Moisés y Elías desaparecieron de junto a Jesús. Y cuando se fueron, Pedro le dijo a Jesús:

—Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, haré aquí tres tiendas: una para ti, una para Moisés y otra para Elías.

Era una simpleza hablar así en un momento tan solemne. En ocasiones tales, uno debe guardar silencio y mantenerse quieto.

Jesús no le respondió, pero en seguida descendió una nube brillante que los cubrió. Y de entre la nube surgió una voz bella, melodiosa y resonante que dijo:

—Este es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia; escuchadle.

De esa manera, el Señor repitió la afirmación que había hecho antes junto al Jordán, a saber, que Jesús era su Hijo.

Sobrecogidos por el temor, los tres discípulos cayeron sobre su rostro. No sabemos durante cuánto tiempo permanecieron así, pero se nos dice que poco después sintieron un toque familiar en la espalda.

—Levantaos —les dijo Jesús amablemente—, no temáis.

Y al levantar la vista, "no vieron a nadie sino sólo a Jesús".

¿Por qué habrá querido Jesús que Pedro, Santiago y Juan presenciaran este maravilloso espectáculo? Porque sabía que les sería de gran ayuda en los años difíciles que los aguardaban. Los mantendría animosos cuando todo pareciera ir mal y cuando tuvieran la impresión de que la causa que defendían estaba destinada al fracaso.

El Príncipe de los maestros estaba en lo cierto. Los discípulos nunca olvidaron el maravilloso espectáculo que presenciaron ese día en la montaña. Muchos años después Pedro escribió: Hemos "sido testigos oculares de su majestad". Y Juan, en el primer capítulo de su Evangelio dice: "Hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre".

Durante el resto de sus días, los tres atesoraron esa experiencia como el recuerdo más precioso y sagrado de su vida.

HISTORIA 9

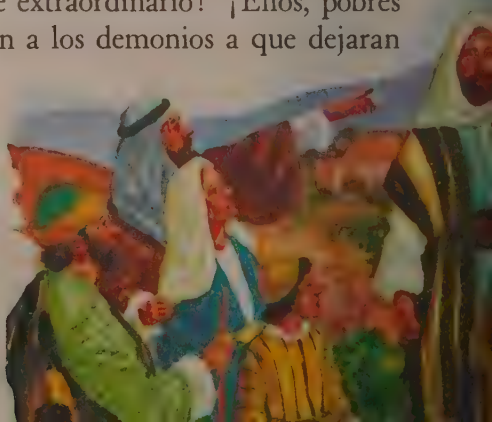
¿Por qué les Falló el Poder?

EN EL monte de la transfiguración, los discípulos contemplaron la gloria de Dios. Pero cuando los tres y su amado Maestro llegaron al pie de la montaña no había nada de gloria... Al contrario, descubrieron que los otros discípulos se encontraban en una muy difícil situación. Habían fracasado por primera vez ante un problema y no sabían cómo resolverlo.

Ocurre que unos pocos días antes de esto, Jesús había reunido a sus doce discípulos y les había dado "poder sobre todos los demonios y de curar enfermedades". Entonces los había enviado "a predicar el reino de Dios y a hacer curaciones".

Al principio se habían sentido muy felices con este nuevo poder. Era admirable descubrir que eran capaces de realizar milagros de sanamiento tales como el Maestro los hacía. Y cuando descubrieron que hasta los demonios obedecían sus órdenes, su alegría no conoció límites.

¡Aquello era sencillamente extraordinario! ¡Ellos, pobres pescadores de Galilea, obligaban a los demonios a que dejaran tranquilas a las personas!



¿POR QUE LES FALLO EL PODER?

Los milagros se multiplicaban día tras día y los discípulos se volvían cada vez más audaces a medida que recorrían la nación llevando salud y felicidad a los necesitados. Pero llegó el día en que, repentinamente, el poder que les había sido conferido pareció perder su eficacia. ¡Y los pobres discípulos se sintieron entonces tan impotentes como las personas a las cuales trataban de sanar!

Un hombre había traído a su hijo poseído del demonio para que lo sanara. Los discípulos habían ordenado al espíritu malo que abandonara al muchacho. . . pero nada había ocurrido. Probaron vez tras vez; sin embargo nada sucedía. El muchacho seguía bramando, completamente enloquecido.

El pobre padre se sentía muy chasqueado. Y también lo estaban los discípulos. ¿Qué ocurría?, se preguntaban. ¿En qué se habían equivocado? ¿Por qué les había fallado el poder de Dios en esa ocasión?

Precisamente en ese momento, algunos de los que se habían congregado en torno a los discípulos vieron que Jesús, acompañado de Pedro, Santiago y Juan, venía bajando la montaña.

—¡Allí está el Maestro! —exclamaron—. ¡El sí sabrá qué hacer en este caso!

Al oír esto, el padre del muchacho comenzó a correr hacia Jesús. ¡Tan ansioso estaba de obtener ayuda para su hijo!

—¡Maestro —clamó—, te ruego que eches una mirada sobre éste mi hijo, porque es mi hijo único!

Y entonces le contó a Jesús cuánto había estado sufriendo el muchacho: cómo los demonios lo arrojaban en el fuego o en el agua; y cómo nadie podía hacer nada por él. Ni siquiera los discípulos.

—He suplicado a tus discípulos que lo liberen del demonio —dijo—, y no han podido.

—Traédmele —ordenó Jesús.

Pero cuando el padre tomó a su hijo de la mano y trató de conducirlo hacia donde estaba Jesús, el muchacho sufrió un ataque y cayó en tierra.

Jesús echó una mirada al triste espectáculo y en seguida ordenó al demonio que saliera. Este obedeció, y quedó "curado el niño desde aquella hora".

Todos los que observaron el milagro "se maravillaron al

ver la grandeza de Dios". Pero los discípulos estaban muy desconcertados. Jesús había resuelto un problema en el que ellos habían fracasado. ¡Cuán avergonzados se sentían! Pero, ¿por qué habían fallado *ellos*?, seguían preguntándose. ¿Sería, acaso, que no habían empleado las palabras adecuadas?

Cuando todos se hubieron ido, le preguntaron a Jesús:

—¿Cómo es que nosotros no hemos podido arrojarle?

—Por vuestra poca fe —les respondió Jesús. Si ellos hubieran tenido un poquito de fe, una cantidad tan pequeña como un grano de mostaza, podrían decirle a toda una montaña de dificultades: "¡Vete de aquí allá!", y así ocurriría. Nada sería imposible para ellos.

¿No sería hermoso tener una fe tal para hacer cosas "imposibles" para Dios? ¡Ya lo creo! Tú puedes tenerla, si lo deseas. Pero recuerda que Jesús dijo que esta clase de fe sólo puede obtenerse mediante "la oración y el ayuno". Vale decir, si uno la desea recibir con *toda* el alma. Además, uno debe desearla para la gloria de Dios, no para su propia satisfacción.

Lo que había pasado ese día era que los discípulos habían estado discutiendo acerca de quién era el más importante de todos. ¡No me sorprendería si cada uno hubiera estado mencionando los milagros que Dios había realizado por medio de ellos, y si hubieran estado comparándolos entre sí para ver quién había hecho cosas más grandes!

¡No en vano habían dejado de tener poder! ¡No en vano su fe había disminuido tanto que Dios no había podido usarlos para librar a ese pobre muchachito, poseído del demonio!

Los canales de nuestro corazón deben estar libres de todo orgullo, egoísmo y vanagloria antes de que el poder de Dios pueda fluir por ellos a raudales.

HISTORIA 10

Una Moneda en la Boca de un Pez

AUNQUE Jesús siempre trataba de amar a todos y de ser bondadoso con cada uno, nunca faltaban algunas personas que no deseaban ser amadas por él y que buscaban ocasión de dañarlo.

A veces ocurre eso en la escuela. Los alumnos malos molestan a aquellos que se comportan bien, y los perezosos tratan de dañar a los que se esfuerzan por estudiar y aprender.

Los enemigos de Jesús se pasaban inventando trampas para hacerle decir o hacer algo que le trajera dificultades. Cierto día, un grupo de éstos se acercó a él y uno de ellos preguntó:

—¿Es lícito pagar tributo al César o no?

Jesús descubrió la trampa de inmediato. Si decía que no, los romanos podían arrestarlo; y si decía que sí, el pueblo, que odiaba a los romanos, tendría un poderoso argumento contra él.

Por eso no dijo ni sí ni no. Sencillamente pidió que le mostraran una moneda y, señalando una de las caras de ella, les preguntó:

—¿De quién es esa imagen y esa inscripción?

—Del César —le respondieron, intrigados por su pregunta.

—Pues dad al César lo que es del César —les dijo— y a Dios lo que es de Dios.

De modo que dejaba que ellos decidieran qué cosas pertenecían al César y qué cosas pertenecían a Dios. Ante una respuesta tan acertada, los que habían venido para hacerle caer en una trampa "se quedaron maravillados, y dejándole se fueron".

En otra ocasión, los encargados de cobrar los impuestos en Cafarnaúm le preguntaron a Pedro si su Maestro pagaba tributo.

—Sí —les aseguró Pedro, y se dirigió hacia la casa en que el Maestro se hospedaba para contarle lo ocurrido.

Parece que en aquella época cada hombre debía pagar dos dracmas para el sostenimiento del templo. Pero Jesús, aunque estaba dispuesto a pagarlo en vista de lo que había dicho Pedro, no tenía esa cantidad de dinero. Por eso le dijo a su discípulo que hiciera una cosa muy extraña.

—Para no escandalizarlos, vete al mar y echa el anzuelo.

El Maestro le prometió que en la boca del primer pez que sacara encontraría una moneda. Obedeciéndole en seguida, Pedro tomó una caña de pescar y se fue. Aunque había pescado durante toda su vida, ésa era la primera vez que iba a pescar con tanta curiosidad.

Al llegar a la costa, puso una carnada en el anzuelo y lo arrojó tan lejos de la orilla como pudo. Entonces esperó. Al poco rato sintió un tirón en la línea. Notando que algo había picado, comenzó a recoger cuidadosamente el hilo. Pronto pudo ver que un pez saltaba en el agua, sintiéndose atrapado.

—¡Este debe ser! —se dijo—. El Maestro me dijo que encontraría la moneda en el primero.

Tomando el pescado con ambas manos, le hizo abrir la boca, y dentro de ella encontró un estater. ¡Exactamente lo que necesitaba para pagar el impuesto de Jesús y el suyo propio!

HISTORIA 11

Setenta Veces Siete

OCURRE en tu casa que tu hermano o tu hermana te hace bromas y te fastidia mucho? ¿Te parece a veces que ya no lo puedes soportar más? ¿Qué haría Jesús si estuviera en tu lugar?

Preguntémosle al más grande de los maestros y veamos qué nos dice. Escucha:

—Si peca tu hermano contra ti, corrígele, y si se arrepiente, perdónale. Si siete veces al día peca contra ti y siete veces se vuelve a ti diciéndote: Me arrepiento, le perdonarás.

¡Siete veces al día!, me parece oírte decir. ¡Cuántas veces!

Pero no creas que son tantas. Cuando Pedro le preguntó a Jesús cuántas veces debía perdonar a *su* hermano, y si estaba bien que le perdonara siete veces, el Maestro le contestó que debía seguir perdonándolo "hasta setenta veces siete".

¿Cuántas veces? ¡Cuatrocientas noventa!

Pero, objetas tú, ¡es imposible guardar la cuenta de todas las veces que perdonamos! ¡Por supuesto que tú no puedes hacerlo! Y Jesús lo sabía perfectamente bien cuando lo dijo.

Ni siquiera él guarda un registro de las veces que nos perdona.

¡Cuatrocientas noventa veces significa perdonar una vez por día durante más de un año! ¿Has tratado tú alguna vez de perdonar a alguien tantas veces? Si no lo has hecho y si en este preciso momento te sientes enojado con alguien, toma lápiz y papel y comienza a escribir. En primer lugar, escribe la lista de todas las cosas que ese "alguien" ha hecho para enojarte. Después, escribe la palabra "perdonado" atravesando toda la lista. Luego, haz una marquita junto a esa preciosa palabra cada vez que tú le digas a esa persona que la perdonas cuando vuelva a molestarte.

Te aseguro que cuando hayas hecho veinte o treinta marcas, ese "alguien" probablemente haya llegado a ser tu mejor amigo. ¡Pruébalo y observa los resultados! Ni siquiera las personas más malas pueden resistirse a un amor puro como ése.

El perdonar forma parte del método de Dios, del método

de amor que Jesús vino a enseñarnos. Y el perdonar a alguien vez tras vez —cincuenta veces, cien veces, cuatrocientas noventa veces— es amor en acción, amor puro y verdadero, amor que brota de nuestro corazón y se dirige al corazón de otra persona, con todo su poder.

Jamás podemos esperar pertenecer al reino de amor de Cristo a menos que aprendamos a perdonar a las personas que nos hacen daño. Jesús no podría permitirnos entrar en él. En seguida nos veríamos envueltos en dificultades.

"Perdónanos... como también nosotros perdonamos", decimos cada vez que repetimos el Padrenuestro. Pero, ¿cómo debemos perdonar? ¿Sólo en parte? ¿Sólo de vez en cuando? ¿Sólo cuando tenemos ganas? Nosotros no quisiéramos que Dios nos perdonara de esa manera.

No, Jesús desea que estemos tan llenos de su amor como para que el espíritu perdonador sea algo natural en nosotros. Cuando eso ocurra, nunca nos sentiremos ofendidos. No importa lo que alguien nos diga o nos haga, seguiremos amándolo lo mismo.

Tan importante es que tengamos en nuestro corazón un espíritu perdonador, que Jesús dijo que si alguna vez llevamos una ofrenda a la iglesia y, al llegar a ella, nos acordamos de que un hermano nuestro está enojado con nosotros, debemos dejar allí la ofrenda y buscarlo. "Ve *primero* a reconciliarte con tu hermano y luego vuelve a presentar tu ofrenda", agregó.

Para Jesús, un espíritu amante y perdonador es de mucha más importancia que el dinero.

Por eso es tan importante que comencemos a perdonar ahora mismo. ¡Piensa!

—¿Hay alguien a quien *tú* debes perdonar *hoy*?

HISTORIA 12

El Error de la Sra. de Zebedeo

LA BIBLIA habla bastante de los doce discípulos de Jesús, pero no dice mucho acerca de sus respectivas familias. Sabemos, sí, que Pedro estaba casado, porque su suegra estuvo una vez enferma con fiebre y Jesús la sanó (S. Mateo 8:14).

No sabemos mucho más acerca de las familias de los demás discípulos fuera de la Sra. de Zebedeo, madre de Santiago y Juan. Podemos leer su nombre escrito en la Biblia precisamente debido a un grave error que cometió.

Como todas las madres, ella estaba ansiosa porque sus hijos tuvieran éxito en la vida. Deseaba lo mejor para sus dos preciosos muchachos, y no hay nada de malo en ello. Cuando supo que Santiago y Juan se habían vuelto seguidores del gran Maestro de Galilea, se alegró mucho porque estaba segura de que éste era un hombre bueno, y los ayudaría.

Al notar cómo miles de personas se apiñaban para escucharlo, y al tener la seguridad de que llegaría a ser algún día el rey de Israel, se le ocurrió una idea que a ella le pareció

magnífica. La próxima vez que encontrara a Jesús solo, pensó, le susurraría al oído algunas palabras acerca de sus hijos. Tal vez él no se había dado cuenta de cuán capaces eran los dos para desempeñar cargos importantes en su futuro reino. En realidad, eran jóvenes verdaderamente notables, mucho más hábiles que los demás discípulos; y Jesús debía saber eso a tiempo.

Por fin llegó su oportunidad.

Viendo cierto día que Jesús estaba solo, se le acercó seguida de Santiago y Juan que, me imagino, aparentarían un aire de inocencia. Postrándose ante él, le dijo a Jesús cuánto lo admiraba, lo alabó por su gran obra y le expresó cuán feliz se sentía porque había elegido a sus dos queridos muchachos para que fueran sus discípulos más allegados. Le dijo también que esperaba que sus hijos fueran una verdadera ayuda para él y que... bueno, deseaba pedirle un favor pequeñito.

—¿Qué quieres? —le preguntó bondadosamente Jesús.

Echando una mirada rápida a su alrededor, para estar segura de que nadie la escuchaba, la Sra. de Zebedeo le pidió:

—Di que estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu reino.

Jesús no la regañó por su pedido. Tal vez le dirigió una sonrisa triste. Comprendió que ella no tenía la más mínima idea de lo que sería su reino ni de lo que iba a costar a los que quisieran entrar en él.

Volviéndose hacia Santiago y Juan, el Maestro les preguntó si se sentían en condiciones de compartir con él el futuro, no importa cuán difícil fuera.

—¡Oh, sí —dijeron con entusiasmo—, podemos!

—El sentarse a mi diestra o a mi siniestra —les dijo Jesús— no me toca a mí otorgarlo; es para aquellos para quienes está dispuesto por mi Padre.

Y no pasó mucho tiempo antes de que todo lo que había ocurrido llegara a oídos de los otros discípulos. No sabemos cómo ocurrió eso, pero tú sabes que aun los secretos mejor guardados llegan a saberse de alguna manera.

Los diez discípulos estaban verdaderamente enojados. ¡Pensar que la Sra. de Zebedeo era capaz de hacer una cosa tal!, se decían unos a otros. ¡Empujar a sus hijos para que ocuparan los mejores puestos, eso es lo que había hecho! ¡Sí, había tratado de sacar ventaja sobre todos ellos! ¡Y pensar que ellos mismos habían trabajado tanto o más que Santiago y Juan para establecer el reino de Jesús!

El Maestro sabía lo que estaba ocurriendo. Aunque hubieran querido, los discípulos no habrían podido ocultarle sus malos pensamientos. De modo que Jesús los llamó y les dijo

que era hora de que todos comprendieran qué clase de reino había venido él a establecer con su ayuda.

En los reinos de este mundo, les dijo, los reyes mandan a sus súbditos; los poderosos obligan a los demás a que les obedezcan. Pero ése no era el método de Cristo. En su reino de amor, la única ley sería la ley del amor. Por eso los que ocuparan los puestos más importantes serían aquellos que ayudaran a otros con más humildad y desinterés.

—El que entre vosotros quiere ser el primero —agregó Jesús— sea vuestro siervo, así como el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en redención de muchos.

Aunque hay muchas personas que se han olvidado de lo que dijo Jesús en aquella ocasión, ésa sigue siendo la ley que rige en su reino, la norma que regirá en él por la eternidad.

HISTORIA 13

Primero, lo más Importante

CIERTO día, Jesús llegó a la aldea de Betania y, acercándose a una casa humilde, llamó a la puerta.

—¡Adelante! ¡Bienvenido! —dijo la mujer de ojos brillantes y aspecto vigoroso que abrió la puerta.

Su nombre era Marta y se sentía muy alegre y orgullosa de que el famoso Maestro de Galilea hubiese venido a su casa para descansar y comer.

—¡María! —me parece oírla decir con excitación—. ¡María! ¡Es el Maestro! ¡Apresúrate! ¡Pon la mesa! ¡Aviva el fuego! ¡Pon a cocinar la comida!

En un instante la casa entera pareció convertirse en una colmena. Y Marta se movía de aquí para allá a toda velocidad tratando de hacer todas las cosas que ella pensaba debían disponerse al recibir a un visitante de tanta importancia.

Pronto comenzaron a llegar desde la cocina sonidos que revelaban gran actividad. Era evidente que Marta estaba esforzándose al máximo para prepararle al Maestro la mejor comida de que ella era capaz.

PRIMERO, LO MAS IMPORTANTE

De repente, hubo un largo silencio que interrumpió Marta al gritar:

—¡María! ¿Dónde estás? ¡María! ¡Te necesito para que revuelvas la sopa! ¡María, ven, por favor!

Entonces se oyeron rápidas pisadas de alguien que venía desde la cocina hasta la sala.

—Pero, ¿será posible? —exclamó Marta al ver a María que se hallaba sentada en el suelo, escuchando a Jesús. Y volviéndose hacia su Huésped le dijo, con un poco de mal humor:

—Señor, ¿no te da enfado que mi hermana me deje a mí sola en el servicio? ¡Dile, pues, que me ayude!

Jesús la miró mientras le dirigía una amable sonrisa.

—Marta, Marta —le dijo bondadosamente—, tú te inquietas y te turbas por muchas cosas; pero pocas son necesarias, o más bien una sola. María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada.

Yo no creo que esto quiere decir que Jesús no apreciaba lo que Marta estaba haciendo. No, por supuesto. Pero el Maestro advirtió que Marta necesitaba aprender una muy importante lección espiritual.

Ocurre que Jesús había ido a visitarlas sólo por un día. Tal vez únicamente por una hora. Marta consideró que ésta era una ocasión ideal para preparar una regia comida y hacer que su casa reluciera de limpia en honor de su Huésped; pero María, en cambio, pensó que ésa era su única y gran oportunidad de hablar con el más grande de los maestros.

Siempre habría pisos para barrer, platos para lavar y comida para cocinar, pero ese día —ese día maravilloso— Jesús estaba allí. ¡Y tenía tantas preguntas para hacerle acerca de sus enseñanzas y de su reino!

Esa era "la mejor parte" que María había escogido. Ella hubiera podido ir a la cocina para preparar un guiso o una tortilla; pero, en cambio, había decidido sentarse a los pies de Jesús para aprender lo que él deseaba enseñarle mientras estuviera allí.

La mayoría de nosotros debiéramos hacer la misma elección que María. Lo que ocurre es que nos comportamos como Marta: corremos de aquí para allá a toda velocidad. Por eso estamos demasiado ocupados como para orar, demasiado ocupados como para leer la Biblia, demasiado ocupados como para ir a la iglesia.

Por supuesto, hay tareas diarias que no podemos eludir. Pero ¿qué te parece si ponemos en primer lugar las cosas más importantes y luego las que no son tan importantes?

Si escogemos la mejor parte, nadie nos la podrá quitar. Nadie, si es que la deseamos de todo corazón.

TERCERA PARTE

Historias del Mayor de los Narradores

(S. Mateo 13:1-50; 18:23-35; 21:28 a 22:14; S. Marcos 12:1-44;
S. Lucas 8:4-15; 10:25-37; 14:16 a 15:32; 18:9-14; 20:9-19)

HISTORIA 1

Semillas de Amor

JESUS fue no sólo el más grande de los maestros sino también el mayor de los narradores. Y algunas de las más preciosas lecciones que nos dejó fueron dadas en forma de historias, llamadas también parábolas.

Cierto día, mientras hablaba a una gran multitud de personas que se habían congregado en las orillas del mar de Galilea, trató de hacerles comprender por qué era tan importante que prestaran cuidadosa atención a lo que les decía.

Y mientras el Maestro hablaba, en un campo cercano, a la vista de todos, un sembrador estaba llevando a cabo su solitario trabajo. Esto le dio a Jesús la idea para narrar una historia.

—Salió a sembrar un sembrador —les dijo—, y al sembrar, una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso... y al instante brotó; pero en cuanto salió el sol se marchitó, y por no haber echado raíz se secó. Otra parte cayó entre cardos, y creciendo los cardos la ahogaron y no dio fruto. Otra cayó en tierra buena y dio fruto..., dando uno treinta, otro sesenta y otro ciento.

RACION DE RUSSELL HARLAN © 1956, BY REVIEW AND HERALD

ndo cómo un campesino sembraba cerca de , Jesús relató una interesante parábola. "Sa- a sembrar un sembrador —comenzó dicien- — y al sembrar... vinieron las aves".

La semilla, les dijo después, representa la palabra de Dios. De modo que bien podríamos llamarla la semilla de amor, porque ésa fue la palabra que vino a enseñar prácticamente Jesús.

—Dios os ama —repitió el Maestro de diversas maneras—. Os ama tanto que ha dado a su único Hijo para que todos vosotros podáis ser salvos. Y sólo desea, como recompensa, que lo améis a él y que os améis unos a otros para que podáis pertenecer a su reino de amor.

Esa era la esencia del mensaje de Jesús, la hermosa "semilla" que él estaba sembrando. Pero esa enseñanza no los beneficiaría si no la comprendían y creían en ella.

Algunos de los que lo escuchaban tenían un corazón tan duro como el de la tierra que se halla junto a los caminos. Jesús lo sabía. Y sabía también que tan pronto como una semilla de amor entrara en la mente de ellos, el diablo la arrebataría.

Había otros que estaban de acuerdo con sus enseñanzas y habían comenzado a ponerlas en práctica. Pero cuando alguien se burlara de ellos por esa causa, abandonarían su intento. El "calor" de las burlas sería demasiado fuerte para ellos.

Había otros que harían caso de los consejos de Jesús por algún tiempo, pero las preocupaciones de la vida, "la fascinación

de las riquezas y las demás codicias" ahogarían sus buenas decisiones así como los cardos habían ahogado las plantitas tiernas.

Había otros, sin embargo, que no sólo escucharían su mensaje, sino que también tratarían de comprenderlo. Lo estudiarían, meditarían en él y orarían a Dios pidiendo poder para seguir ese nuevo y mejor método de vida. Al hacerlo, llegarían a comprender mejor el maravilloso plan de Dios, y esta semilla de amor produciría una admirable cosecha de bien.

Aunque la historia era sencilla, no todos comprendieron su significado. Por fortuna, algunos sí la entendieron. Me imagino que aquí y allá en medio de la multitud un hombre o una mujer, un muchachito o una niña se habrá dicho en voz baja: "El Maestro está hablando de mí".

Y así era. Jesús estaba sembrando semillas de amor con la esperanza de que cayeran en corazones amantes, y se multiplicaran en cientos de actos de amor para la gloria de Dios.

HISTORIA 2

No Habrá Malezas en el Cielo

UN POCO más tarde, durante ese mismo sermón que pronunció junto al mar, Jesús volvió a hablar de las semillas. Esta vez, sin embargo, tenía una nueva lección que enseñar y por eso narró una historia diferente.

Un agricultor, les dijo, sembró en su campo buenas semillas. Pero a la noche siguiente vino un enemigo y sembró cizaña, o sea malezas, en el mismo campo. Cuando todas las semillas comenzaron a brotar, el agricultor advirtió que había malezas entre las buenas plantas y dijo:

—Esto es obra de un enemigo.

Sus criados quisieron arrancar en seguida las malezas, pero el agricultor no les permitió hacerlo para que no dañaran también las plantas de trigo.

—Dejad que ambos crezcan hasta la siega —les ordenó.

Esta era otra historia sencilla, y sin embargo tenía un profundo significado. Jesús la explicó de esta manera:

—El que siembra la buena simiente es el Hijo del Hombre [vale decir, él mismo]; el campo es el mundo; la buena simiente

son los hijos del reino; la cizaña son los hijos del maligno. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles. Y así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo: Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y quitarán de su reino a todos los escandalosos y a cuantos obran la maldad; y los arrojarán en el horno del fuego.

Esta era una muy seria advertencia, y muchos de los que la escucharon ese día se sorprendieron. Habían comenzado a pensar que si Dios amaba tanto al mundo como Jesús decía, pasaría por alto los pecados y permitiría que todos los hombres, por malos que fueran, entraran en su reino.

Pero Jesús les dijo que no sería así. Dios perdonaría de buena gana a todos los que se arrepintieran de sus pecados y se volvieran hacia él. Sin embargo, si no había arrepentimiento, no había perdón. Por eso, para los que rehúsan aceptar el amor de Dios y no se esfuerzan por evitar el pecado, no hay esperanza. Sólo les aguarda el solemne día de juicio, la separación de la buena semilla en el día de la cosecha final, y el fuego. Porque no habrá malezas en el reino de Dios.

HISTORIA 3

El Buen Samaritano

CIERTO día un doctor en la ley se acercó a Jesús y le hizo una pregunta que parecía muy lógica:

—Maestro —le dijo—, ¿qué haré para alcanzar la vida eterna?

Sabiendo que de esa manera sólo estaba tratando de iniciar una discusión, Jesús le respondió haciéndole otra pregunta:

—¿Qué está escrito en la ley?

—Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo —contestó el doctor.

—Bien has respondido —le dijo Jesús—. Haz esto y vivirás.

Pero el hombre no se sintió satisfecho.

—¿Y quién es mi prójimo? —insistió. Esta nueva pregunta dio lugar a que Jesús enseñara al doctor en la ley una lección que de veras necesitaba. Y para hacerlo, el Maestro narró una de sus más famosas historias, una parábola que ha sido contada miles de veces desde aquella ocasión.

—Pasaba un hombre de Jerusalén a Jericó —comenzó di-

ciendo Jesús— y cayó en poder de ladrones. Estos malhechores golpearon sin misericordia al viajero solitario, le robaron las ropas y lo dejaron medio muerto a un lado del camino. Algún tiempo después, un sacerdote acertó a pasar por allí, pero no se detuvo. Echó una mirada de lejos al herido y pasó de largo.

Después llegó por el camino un levita. Este por lo menos se molestó en acercarse al pobre hombre para mirarlo, pero no hizo nada por él. También pasó de largo.

Un poco después, por el mismo camino, llegó un samaritano, una de esas personas a quienes los judíos odiaban mucho. Tan pronto como vio el cuadro, comprendió lo que había ocurrido; y sin pensarlo más, lleno de compasión por el herido, decidió hacer lo que podía para ayudarlo.

Arrodillándose junto al pobre hombre, le limpió las heridas lo mejor que pudo y se las vendó. Luego, con mucho cuidado,

lo puso sobre su propia cabalgadura y lo llevó lentamente hasta la posada más cercana. Allí alquiló una pieza para el herido y le pagó la comida. A la mañana siguiente, como debía seguir viaje, le dio dinero adelantado al mesonero y le dijo que lo cuidara bien y que a la vuelta le pagaría todo lo que hubiera gastado.

—Y ahora, dime —añadió Jesús, mirando de frente al doctor en la ley—, ¿quién de estos tres te parece haber sido prójimo de aquel que cayó en poder de ladrones?

—El que hizo con él misericordia —contestó el doctor.

—Vete y haz tú lo mismo —concluyó Jesús.

ILUSTRACION DE RUSSELL HARLAN

No sabemos si el doctor hizo caso del consejo de Jesús. Si lo desoyó, jamás alcanzará la vida eterna que él dijo haber estado buscando. Porque esta rica recompensa se dará sólo a aquellos cuyo corazón se halla rebosando de amor hacia Dios y hacia el hombre, de ese amor que se manifiesta en acciones bondadosas y desinteresadas.

Si tú y yo deseamos tener vida eterna, nuestros corazones también deben sentir compasión divina por los pobres, los enfermos, los necesitados y los oprimidos. Mediante nuestras acciones bondadosas debemos demostrar que somos buenos prójimos, buenos samaritanos, verdaderos hijos de Dios.

HISTORIA 4

La Oveja y la Moneda Perdidas

DEBIDO a que Jesús hablaba tanto acerca del amor de Dios y acerca de su buena voluntad para perdonar hasta a los peores pecadores, muy a menudo se hallaban entre sus oyentes las personas más malas de cada ciudad.

Hombres y mujeres de mala reputación venían a escucharlo; también muchachitos y niñas que causaban problemas a sus padres. De modo que ante el Maestro había ladrones, falsarios, maleantes, rufianes, en fin, la verdadera canalla de la sociedad. Y todos venían porque Jesús era la primera persona de quien escuchaban palabras de esperanza.

Hondo en el corazón de cada uno de ellos se hallaba el deseo de vivir una vida mejor; pero no sabían cómo. Puesto que se habían desviado del buen camino, creían que ya no podrían volver a él. Les parecía imposible regresar... ¡hasta que vino Jesús! ¡Por eso se apiñaban para escucharlo! Y por eso también los fariseos, los escribas, los doctores en la ley y otras personas "respetables" se escandalizaban.

—¡Este acoge a los pecadores... y hasta come con ellos!

RACION DE HARRY ANDERSON © 1956, BY REVIEW AND HERALD

ús se comparó a sí mismo con el pastor fiel , aunque tenía noventa y nueve ovejas se- as en el redil, salió a buscar afanosamente oveja que se había extraviado.

—exclamaban, levantando en alto los brazos, escandalizados.

Pero, aunque no se lo proponían, eso era lo mejor que podrían haber dicho de Jesús. Porque la máxima gloria del Maestro es que, de veras, recibe a los pecadores. Los ha venido aceptando desde hace mucho tiempo, y todavía lo hace. Hasta los peores pecadores pueden estar seguros de que Jesús los acogerá bondadosamente. Y si tú crees ser un pecador, acércate a él con la seguridad de que te recibirá en seguida.

¿Que cómo lo sé, preguntas? Por lo que un día dijo a los escribas y fariseos.

—¿Quién habrá entre vosotros —les preguntó— que, teniendo cien ovejas y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve... y vaya en busca de la perdida hasta que la halle? Y una vez hallada, la pone alegre sobre sus hombros, y vuelto a casa convoca a los amigos y vecinos, diciéndoles: Alegraos conmigo, porque he hallado mi oveja perdida?

Cada uno de los que escuchaban a Jesús reconoció en silencio que hubiera hecho lo mismo. Algunos ya lo habían hecho: habían buscado pacientemente por horas, habían caminado muchos kilómetros, habían transitado por peligrosos senderos de la montaña, se habían arriesgado junto a horrendos precipicios, habían marchado a través de la nieve, del granizo y la tormenta, y todo por una sola oveja perdida. Sin embargo, por un hombre, por un muchacho, o por una niña no moverían un dedo.

Dios, en cambio, se preocupa más por un hombre, un muchacho o una niña perdidos que por una oveja extraviada.

—Y yo os digo —agregó Jesús con vehemencia— que en el cielo será mayor la alegría por un pecador que

se arrepienta que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.

Entonces comenzó a hablarles a las mujeres y les recordó lo que hacían cuando perdían una moneda.

—¿Qué mujer que tenga diez dracmas, si pierde una, no enciende la luz, barre la casa y busca cuidadosamente hasta hallarla? Y una vez hallada, convoca a las amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo porque he hallado la dracma que había perdido. —Y agregó Jesús—: ¿No hacéis vosotras así?

Me imagino que todas las mujeres que lo escuchaban se sonrieron y asintieron con la cabeza. ¡Cuán bien las conocía!

—¡Tal os digo —continuó el Maestro— será la alegría de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepienta!

¡Cuán hermoso es pensar en que tenemos un Amigo que amó tanto a los pecadores que se sacrificó para salvarlos, y que el cielo resuena de alegría cuando un pecador se arrepiente!

Es que el poderoso amor de Jesús, como un fuerte imán, atrae los corazones humanos, vence el pecado y nos lleva de regreso a Dios.

HISTORIA 5

¡Ha Vuelto el Hijo Perdido!

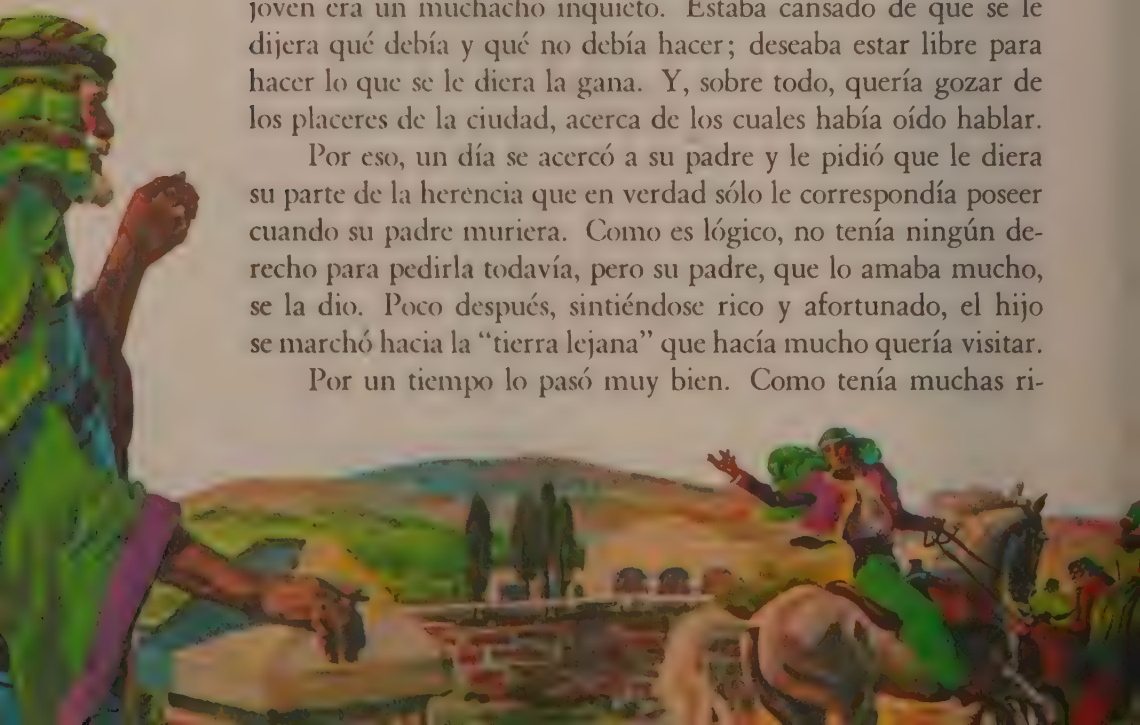
DE ENTRE todas las historias que Jesús narró, la más interesante y hermosa es aquella que trata del hijo que se había ido de la casa y que por fin volvió a ella. Se la conoce con el nombre de "La parábola del hijo pródigo".

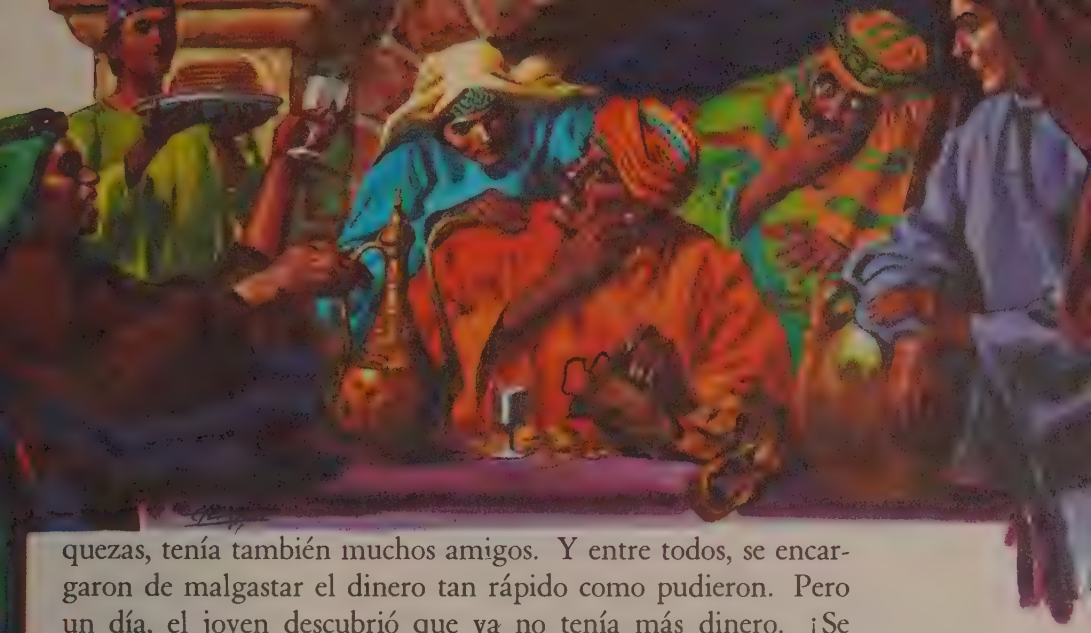
—Un hombre —comenzó diciendo Jesús— tenía dos hijos.

Los dos vivían en la hacienda de su padre; ambos tenían todo lo que querían y eran igualmente amados. Pero el más joven era un muchacho inquieto. Estaba cansado de que se le dijera qué debía y qué no debía hacer; deseaba estar libre para hacer lo que se le diera la gana. Y, sobre todo, quería gozar de los placeres de la ciudad, acerca de los cuales había oído hablar.

Por eso, un día se acercó a su padre y le pidió que le diera su parte de la herencia que en verdad sólo le correspondía poseer cuando su padre muriera. Como es lógico, no tenía ningún derecho para pedirla todavía, pero su padre, que lo amaba mucho, se la dio. Poco después, sintiéndose rico y afortunado, el hijo se marchó hacia la "tierra lejana" que hacía mucho quería visitar.

Por un tiempo lo pasó muy bien. Como tenía muchas ri-





quezas, tenía también muchos amigos. Y entre todos, se encargaron de malgastar el dinero tan rápido como pudieron. Pero un día, el joven descubrió que ya no tenía más dinero. ¡Se había quedado sin un centavo! Además, ni siquiera tenía amigos, pues todos lo habían abandonado.

Por ese entonces "sobrevino una fuerte hambre en aquella tierra". Los alimentos comenzaron a escasear. Pronto todo el mundo estaba pasando hambre.

Entonces el joven empezó a buscar trabajo, y el único que pudo conseguir fue el de cuidador de cerdos. Tanta hambre llegó a tener, que hasta sintió la tentación de comer las algarrobas que comían los puercos.

Un día, mientras estaba solo con los animales, se puso a pensar en lo bien que lo pasaban los jornaleros en la casa de su padre. "¡Ellos tienen pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre!", se dijo.

Repentinamente, tomó una decisión: "Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros".

Dejando los puercos, el joven se encaminó a su hogar. Ese fue un viaje largo, muy largo para él, porque lo hizo caminando y porque estaba muy debilitado a causa del hambre y la fatiga. A cada rato se preguntaba qué le diría su padre. Tal vez hasta rehusaría verlo.

Sin embargo, el joven no debiera haberse preocupado porque todos los días, desde que él había salido de su casa, su padre había estado esperándolo, confiando en que volvería.

Tanto es así, que cuando su hijo "aún estaba lejos", su padre lo vio y lo reconoció a pesar de sus ropas andrajosas, sus hombros encorvados y su barba mal recortada. Volvía sin los hermosos caballos, las ropas lujosas y las bolsas de dinero con que había salido, pero ¿qué le importaba eso a su padre? ¡Su hijo estaba, por fin, de vuelta!

Lanzando una exclamación de gozo, corrió hacia él, y no se detuvo hasta que abrazó a su hijo firme y cariñosamente.

—Padre —comenzó a decir el joven, mirando el rostro húmedo de lágrimas de quien lo abrazaba— padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo...

Pero no pudo seguir. Varios criados habían venido corriendo desde la casa.

—¡Pronto —ordenó el padre radiante de alegría—, traed la túnica más rica y vestídsela, poned un anillo en sus manos y unas sandalias en sus pies, y traed un becerro bien cebado y matadle, y comamos y alegrémonos, porque este mi hijo, que había muerto, ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado!

De esa manera Jesús trató de explicar a los pobres pecadores cuán gozoso se sentiría Dios si ellos, también, volvían a él.

STRACION DE HARRY ANDERSON © 1955, BY REVIEW AND HERALD

hijo pródigo malgastó su dinero y su salud diversiones. Pero un día, mientras cuidaba cerdos, reconoció sus errores y se decidió volver a la casa de su padre.

Pero la historia no termina aquí. Tú te acuerdas que había otro hijo en la familia. Y cuando éste, que era el mayor, oyó que su hermano había sido recibido con un festín, aun después de haberse portado tan mal y de haber malgastado tanto dinero, se enojó mucho.

—Hace ya tantos años que te sirvo sin jamás haber traspasado tus mandatos —le dijo al padre—, y nunca me diste un cabrito para hacer fiesta con mis amigos; ¡y al venir este hijo tuyo, que ha consumido su fortuna en diversiones, le matas un becerro cebado!

—Hijo —le respondió bondadosamente su padre—, tú estás siempre conmigo, y todos mis bienes tuyos son; mas era preciso hacer fiesta y alegrarse, porque éste tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado.

El hermano mayor, que había permanecido en la casa y que nunca se había visto en dificultades, debiera haber estado tan feliz como su padre al enterarse del regreso del muchacho. Y nosotros también, como Dios, debemos alegrarnos por cada pecador que regresa a él.

HISTORIA 6

La Boda que Todos Rehuían

UNA VEZ, dijo Jesús, hubo un rey que comenzó a preparar un banquete para festejar el casamiento de su hijo. Envió invitaciones a todas las personas importantes de su reino y supuso que todos se sentirían honrados y felices de asistir. Pero los invitados se rehusaron. Uno tras otro, le mandaron decir: "Lamento mucho, pero no podré ir".

Entonces el rey envió a dos sirvientes para invitarlos personalmente e instarlos a que asistieran al banquete; pero ni aun así se decidieron a ir.

Cualquier otro rey se hubiera enojado mucho al verse tratado así; sin embargo éste era bondadoso y paciente. Por eso decidió darles una oportunidad más.

Al acercarse el día de la fiesta, envió a otros criados para que dijeran a los invitados: "Mi comida está preparada; todo está pronto. ¡Venid, venid a las bodas!"

Pero nuevamente todos rechazaron la invitación. Parecía como que no les importara en absoluto la fiesta. Tanto es así que uno de los invitados se fue a su granja y otro al lugar en

que tenía su comercio. Algunos de ellos se atrevieron a apresar a los criados del rey, y hasta los azotaron y mataron.

Esto ya era demasiado para el rey. Y aunque era bondadoso y paciente, no lo pudo soportar. Ordenó entonces a sus soldados que mataran a los asesinos y que quemaran la ciudad en que vivían.

Todo hacía pensar que no habría invitados en el banquete. Pero entonces el rey llamó a sus siervos y les dijo:

—El banquete está dispuesto, pero los invitados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontrareis llamadlos a las bodas.

Y así lo hicieron los criados.

—¿Quisieras asistir al banquete que habrá esta noche en el palacio del rey? —le preguntaron a un mendigo que había junto al camino.

—¿Quién? ¿Yo? —dijo el pobre hombre, sin poder creer a sus oídos.

—¡Sí! ¡Tú! No faltes. Serás bienvenido. El rey quiere que asistas. Pero, eso sí, no dejes de ponerte un traje de bodas.

LA BODA QUE TODOS REHUIAN

Y así fueron invitando a todas las personas con quienes se encontraban, a "malos y buenos". Muy pronto centenares de personas pobres y necesitadas comenzaron a dirigirse hacia el palacio del rey desde todas direcciones.

Cuando todos estuvieron en la sala del banquete, el rey apareció para saludar a los invitados. Me imagino que todo el mundo se puso de pie y aplaudió; ¡tan contentos estaban de hallarse allí!

De repente, sin embargo, se hizo silencio. Había surgido un problema. Dirigiéndose a uno de los invitados, el rey le preguntó:

—Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el vestido de bodas?

Atemorizado, el hombre no dijo nada. Y entonces, para gran sorpresa de todos, el rey ordenó que se lo atara de manos y pies y se lo llevara afuera.

Tal es la historia de la boda real a la que ninguno de los primeros invitados quería ir. ¿Cuál era el significado de este relato? ¿Por qué lo contó Jesús?

El rey paciente y bondadoso era, por supuesto, Dios; y su hijo, Jesús. Los primeros invitados eran los dirigentes de Israel.

Los criados del rey eran los profetas a quienes Dios había enviado muchísimas veces al pueblo hebreo, instándolo a que se arrepintiera y volviera a él.

¿Y a quiénes representaban los otros invitados, los que habían sido encontrados en las calles, los pobres y necesitados, los buenos y malos? Ellos eran los hombres y mujeres, los niños y niñas que estaban escuchando a Jesús en esa ocasión, y también todos los que escucharan su invitación desde aquella época hasta nuestros días. Sin duda el Maestro les contó la historia para hacerles saber que estaban bienvenidos, diez veces bienvenidos en el reino de su Padre. Entre quienes escuchaban podía haber personas sumamente pobres; algunas ni siquiera habían ido a la escuela; otras tal vez no habían tenido un hogar hermoso o una posibilidad de progresar en la vida; pero si aceptaban la amorosa invitación de Dios, podrían participar de lo mejor que el Señor les ofrecía. El banquete de bodas del Rey del cielo estaba abierto para todos.

Había sólo una condición: debían ocultar los andrajos de su vestimenta poniéndose "el vestido de bodas".

¿Y cómo podía hacerse eso?

Debía ser algo inmaculadamente limpio y extraordinariamente hermoso. ¿Y qué otra cosa podía ser que la pureza, la bondad y el amor perdonador de Jesús? Todos los que desean asistir al banquete deben llevar puesto ese glorioso manto. Todos, y eso nos incluye a ti y a mí.

HISTORIA 7

Los Invitados Descorteses

JESUS narró otra historia muy parecida a la del banquete de bodas. La diferencia es que este nuevo relato trataba acerca de una gran cena.

—Un hombre —comenzó diciendo— hizo un gran banquete e invitó a muchos.

A costa de mucho dinero este hombre hizo que sus criados dispusieran un magnífico festín. En el gran salón de banquetes, las largas mesas blancas brillaban con sus cubiertos de plata y gemían bajo el peso de la enorme cantidad de manjares que las cubrían. Había luces brillantes y música suave que hacían aún más atractiva la escena. Lo único que faltaba eran los invitados.

Viendo que no venían, el hombre envió a un criado para que les dijera:

—Venid, que ya está preparado todo.

Pero ninguno de los invitados tenía deseos de asistir al banquete. Al contrario, todos comenzaron a presentar excusas.

—He comprado un campo —dijo uno— y tengo que salir a verlo; te ruego que me des por excusado.

—He comprado cinco yuntas de bueyes —dijo otro— y tengo que probarlas; ruégote que me des por excusado.

—Acabo de casarme —dijo un tercero— y no puedo ir.

La cena no les importaba en absoluto. Sus mentes estaban ocupadas en otra cosa. Ni siquiera les preocupaba el hecho de que el buen hombre se había esforzado y había gastado mucho dinero para agasajarlos con el banquete.

Pronto el criado volvió y le dijo a su amo lo que le habían respondido los invitados. El buen hombre se sintió muy herido, como tú o yo nos hubiéramos sentido en su lugar. Entonces echó una mirada al gran salón de banquetes vacío, con todas sus mesas largas y cubiertas de alimentos, y le dijo al criado:

—Sal a prisa a las plazas y calles de la ciudad, y a los pobres, tullidos, ciegos y cojos tráelos aquí.

Así lo hizo el criado, y pronto se vio que centenares de mendigos ansiosos, felices y hambrientos entraban en el salón del banquete.

¡Qué espectáculo debe haber sido aquél! No había allí damas ni caballeros encumbrados, ni siquiera personas ricas o famosas; tan sólo gente común, de la calle. Ninguno de los que habían llegado ostentaba una guirnalda lujosa en la cabeza ni había joyas que brillaban en sus dedos; sólo sus rostros resplandecían reflejando la alegría y la gratitud de los corazones.

Después de un rato, la cantidad de gente que entraba comenzó a disminuir y el criado le dijo a su amo:

—Señor, aún queda lugar.

Feliz al ver que tanta gente había venido, el amo le dijo:

—Sal a los caminos y a los cercados, y obliga a entrar, para que se llene mi casa.

Nuevamente el criado obedeció la orden. Pero esta vez insistía en que fueran al banquete:

—¡Vengan! —les decía—. ¡Vengan, por favor! La cena está lista y el salón está casi repleto.

En esta historia Jesús destacó una vez más el maravilloso amor que Dios siente por este mundo. El Señor ha realizado grandes sacrificios para hacernos felices. Nos ha preparado un maravilloso festín de cosas buenas, y ha invitado a todos para que lo aprovechen. Pero a algunos no les importa.

Esta historia de los invitados descorteses también podría llamarse "la historia de las excusas inexcusables", y nos enseña una importante lección.

Tal vez tú hayas oído decir a un niño: "Hoy no quiero ir a la iglesia porque le prometí a mis amigos que iba a jugar a la pelota con ellos"

O tal vez oíste decir a una niña: "¿Por qué no pasamos por alto el culto familiar esta tarde? ¡Hay un interesante programa de televisión y no me lo quisiera perder!"

O tal vez tú mismo hayas dicho: "Esta noche no diré mi oración; estoy demasiado cansado".

Todas esas son excusas para no hacer lo que sabemos que Dios desea que hagamos. Son "excusas inexcusables" y equivalen a decir: "No me importa hacer lo que es correcto"; "No me importa lo que Dios dice"; o "No me importa si él se chasquea conmigo o no".

Cosas como ésas son muy peligrosas porque nos llevarán a buscar disculpas por faltas todavía más graves. Y no sólo pueden impedirnos disfrutar del banquete que Dios ha preparado para nosotros. Las excusas pueden impedirnos entrar en el cielo.

HISTORIA 8

El Hombre Más Malo del Mundo

PARA mostrar cuán mala y desconsiderada puede llegar a ser la gente, Jesús contó esta historia acerca del hombre a quien se le había perdonado una grandísima deuda.

Cierto rey, dijo Jesús, decidió revisar las cuentas de sus criados para ver si todos estaban actuando honestamente.

Al hacerlo, descubrió que uno de ellos le debía una suma enorme: diez mil talentos, ¡el equivalente a unos 210.000 kilos de plata! Inmediatamente mandó llamar al hombre y le preguntó cuánto podía devolverle de esa deuda.

—Nada, señor —dijo el hombre—. No tengo un solo centavo.

Había gastado todo el dinero y no tenía cómo reponerlo. En vista de esto, el rey dio órdenes de que el hombre y su esposa fueran vendidos como esclavos para "saldar la deuda".

Al oír esto, el hombre cayó de rodillas y le rogó al rey que tuviera misericordia.

—¡Ten paciencia conmigo! —le rogó—. ¡Dame tiempo y te lo pagaré todo!

El rey sintió compasión por el pobre ayudante. Y allí mismo decidió perdonarle toda esa enorme deuda y dejarlo ir libre. ¡Cuán sorprendido y feliz debe haberse sentido el hombre!

Pero al salir del palacio se encontró por casualidad con un amigo que le debía *a él* cierta cantidad de dinero. No era mucho. Sólo cien denarios. Pero el hombre decidió que debía exigirle la devolución de la deuda en ese mismo momento.

—¿Cuándo me vas a pagar la deuda? —le preguntó.

—Lo lamento, pero no puedo pagarte ahora —dijo el amigo, que debe haber sido verdaderamente pobre—. Lo que pasa es que no tengo dinero.

—¡Págame lo que me debes! —gritó el acreedor, mientras agarraba a su amigo del cuello.

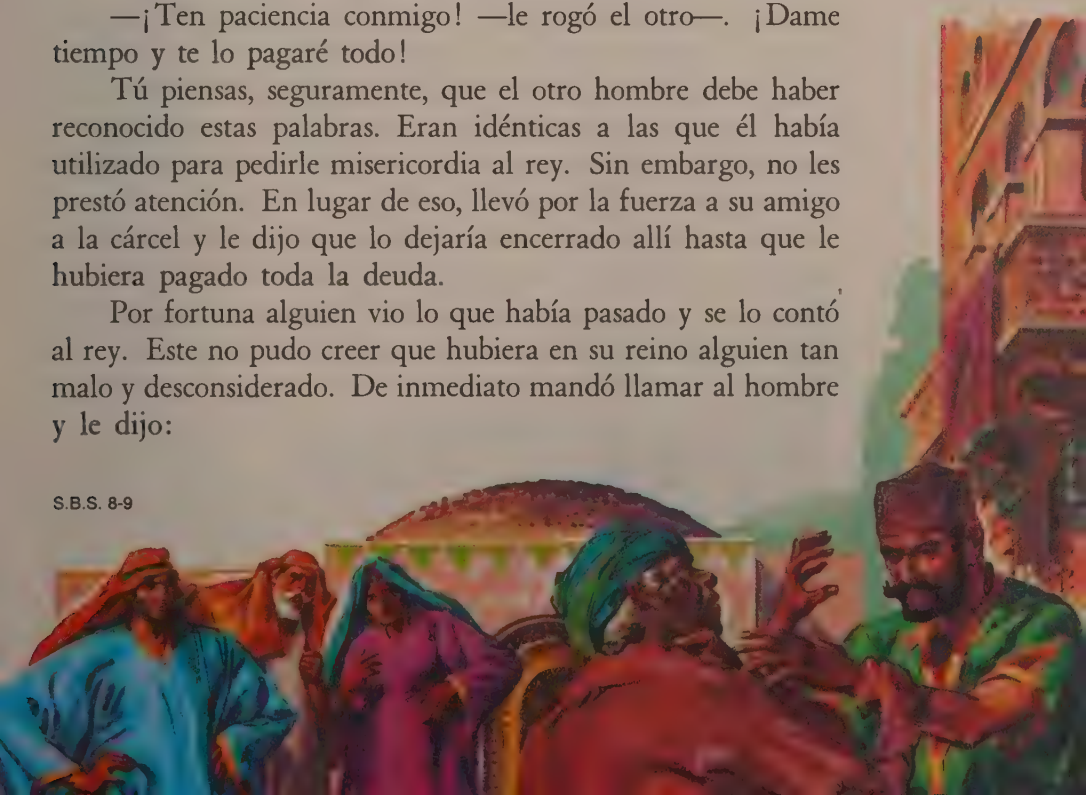
—¡No puedo! ¡No puedo! —jadeaba el pobre deudor.

—¡Muy bien! —gruñó el hombre a quien acababan de perdonarle una deuda de diez mil talentos—; ya que no tienes el dinero te haré meter en la cárcel.

—¡Ten paciencia conmigo! —le rogó el otro—. ¡Dame tiempo y te lo pagaré todo!

Tú piensas, seguramente, que el otro hombre debe haber reconocido estas palabras. Eran idénticas a las que él había utilizado para pedirle misericordia al rey. Sin embargo, no les prestó atención. En lugar de eso, llevó por la fuerza a su amigo a la cárcel y le dijo que lo dejaría encerrado allí hasta que le hubiera pagado toda la deuda.

Por fortuna alguien vio lo que había pasado y se lo contó al rey. Este no pudo creer que hubiera en su reino alguien tan malo y desconsiderado. De inmediato mandó llamar al hombre y le dijo:



—¡Siervo ruin, toda aquella deuda te perdoné porque me lo suplicaste! ¿No era justo que también tú te compadecieses de tu consiervo, lo mismo que yo me compadecí de ti?

Entonces ordenó que este hombre, el más malo de todos, fuera encarcelado y permaneciera allí hasta que hubiera pagado los diez mil talentos que le debía.

Así terminó la historia. Entonces Jesús, mirando solemnemente a la gente que lo rodeaba, dijo: "Así hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonare cada uno a su hermano de todo corazón".

Sin duda fue ésta una gran lección acerca del perdón. En su gran misericordia, Dios está dispuesto a perdonarnos todos nuestros pecados, a borrarlos y a olvidarse de ellos. Está dispuesto a tratarnos como si nunca hubiéramos hecho nada malo. Pero la condición es que seamos misericordiosos con los demás, *de todo corazón.*

El hombre a quien se le habían perdonado los diez mil talentos y que había puesto en la cárcel a un amigo suyo porque no había podido devolverle algunos denarios, era ciertamente un individuo mezquino y cruel. Pero ¿fue él más desconsiderado que algunos de nosotros que, aunque Dios nos ha perdonado todos nuestros pecados, guardamos en nuestro corazón rencor hacia alguno de nuestros prójimos?

¿Te pasa esto a ti? ¿Has perdonado a todos los que te han ofendido o molestado, así como Dios te ha perdonado a ti? Si alguien se pusiera a buscar hoy al hombre, a la mujer, a la niña o al niño más desconsiderado, ¿qué diría acerca de ti?

HISTORIA 9

Un Padre y sus dos Hijos

OTRA de las historias que Jesús contó tenía que ver con dos muchachos y con un trabajo que su padre quería que hicieran. Cierto día, el padre se acercó a uno de sus hijos y le hizo un pedido:

—Hijo, quisiera que hoy fueras a trabajar en la viña.

—¡No quiero! —le contestó el muchacho, y se fue enojado.

A él le disgustaba trabajar en la viña; además, había muchas otras cosas que le gustaba hacer.

Pero después, al pensar en el asunto, sintió pena por la manera en que le había hablado a su padre. "¡Pobre papá! —puede haberse dicho a sí mismo—. No debía haberme enojado con él. ¡Hay tantas cosas que hacer en el viñedo! Hubiera sido mejor ayudarle". Luego de pensar un rato, el muchacho decidió ir al viñedo, y así lo hizo.

El otro hijo actuó diferente. Cuando el padre le pidió que fuera a trabajar en la viña, el muchacho contestó:

—¡Cómo no, papá! ¡En seguida voy! —Pero no fue. Lo cierto es que ni siquiera había tenido intención de ir.

Tan pronto como su padre se retiró de su lado, el muchacho se fue a pescar, o a cazar, o sencillamente a jugar con sus vecinos. El hecho es que ni siquiera apareció en el viñedo.

—¿Cuál de los dos —preguntó Jesús— hizo la voluntad del padre? ¿El que se negó y fue o el que dijo que iría y no fue?

—¡El primero! —respondieron todos.

—¡Por supuesto! —dijo Jesús. Y entonces procedió a destacar la lección de su historia.

A la vista de Dios, es mucho mejor arrepentirse y comenzar a vivir una vida recta, que pretender estar haciendo bien y en realidad seguir actuando mal.

—Algunos de vosotros —dijo Jesús— fuisteis a oír a Juan el Bautista. El os enseñó el camino de la justicia y os invitó a arrepentiros. Muchos de vosotros dijisteis que cambiaríais vuestra vieja manera de vivir, pero no lo hicisteis. Aquello era sólo

una pretensión. Muchos pecadores, en cambio, se arrepintieron de veras. Es posible que hayan sido gente mala, sin embargo os aseguro que poseerán el reino de los cielos antes que aquellos que sólo pretenden ser buenos.

De esta manera Jesús trató una vez más de hacer comprender a la gente cuán importante es el verdadero arrepentimiento. Quería que entendieran bien que si deseaban entrar en el cielo y pertenecer a su reino de amor, debían abandonar sus malos caminos y hacer la voluntad de Dios.

No era suficiente *decir* que iban a arrepentirse y ser buenos. Debían *tener el sincero propósito* de hacerlo. Decir: "Me arrepiento" y seguir viviendo una vida pecaminosa como antes era, sencillamente, mentir; esto es, decir una mentira tan evidente como la del muchacho que había prometido ir a trabajar en la viña pero que nunca se acercó siquiera a ella.

Hay en esta historia una lección también para nosotros. Hoy en día resulta muy fácil pretender ser un seguidor de Jesús. Hay muchas personas que dicen ser cristianas cuando en realidad no lo son. Aunque pretenden estar obedeciendo a Dios y preparándose para su reino, la verdad es que prefieren darse una gran vida en este mundo. Las personas que actúan así nunca irán al cielo. No se sentirían cómodas allí porque el reino de Dios no es sólo un reino de amor sino también un reino de veracidad, honradez, sinceridad, pureza y bondad.

Si nosotros deseamos llegar a ser ciudadanos de ese reino, debemos adaptarnos a los planes que Dios tiene para él. Y la única manera en que podemos empezar a hacerlo es seguir el ejemplo del primer muchacho de nuestra historia: aquel que se arrepintió. Dijo "No quiero", pero después de reflexionar cambió de parecer y se dijo: "Iré".

No importa cuán malos, mezquinos, rudos u obstinados hayamos sido; si tenemos el sincero deseo de cambiar de vida, de arrepentirnos, demos media vuelta completa en nuestra manera de vivir. Si deseamos hacer la voluntad de Dios, él nos recibirá gozoso y nos perdonará todos nuestros pecados.

Puede ser que últimamente tú le hayas dicho: "No quiero" a Dios. "No quiero" obedecer sus mandamientos o "No quiero" ir a donde él desea que vaya, o "No quiero" pertenecer a su iglesia, o "No quiero" entregarle mi corazón.

Si tú has dicho o pensado alguna de estas cosas, reflexiona un momento. Piensa en cuán tiernamente te ama él; "como un padre", dice la Biblia. Puesto que es así ¿no te acercarás a él en este mismo instante? Dile solamente: "Perdóname, Señor. A pesar de lo que dije, vengo a ti. Haré lo que tú digas".

El Señor te está esperando en la viña, *ahora*.

TRACION DE RUSSELL HARLAN © 1956, BY REVIEW AND HERALD

os ama a todo niño y niña que obedece el
nsejo de sus padres cristianos y que, al verse
tado a hacer el mal, decide obrar rectamente
pensar en las consecuencias.

HISTORIA 10

Asesinato en el Viñedo

ES POSIBLE que Jesús haya contado la historia de un crimen? Sí, así es.

Había una vez un padre de familia rico, comenzó diciendo, que plantó un hermoso viñedo. Quería tanto la plantación, que dedicó mucho esfuerzo y dinero para mejorarla.

En primer lugar preparó cuidadosamente el suelo y colocó las preciosas vides. Luego levantó una cerca para proteger el viñedo de los ladrones. Después edificó un lagar para extraer el jugo de las uvas cuando éstas estuvieran maduras. Finalmente edificó una torre para vigilar la viña.

Cuando hubo hecho todo esto, arrendó la viña a unos obreros en quienes él pensó que podía confiar. Luego se marchó a otro país.

Después de un largo tiempo, las vides comenzaron a sentir el peso de los racimos de uva. Entonces el dueño envió a sus criados para buscar los frutos. Pero cuando los viñadores vieron llegar a los criados del dueño, "a uno atormentaron, a otro mataron y a otro apedrearon".

ASESINATO EN EL VIÑEDO

Estos fueron los primeros asesinatos que ocurrieron en el viñedo; pero no fueron los últimos. Porque cuando el padre de familia envió a otro grupo de criados para percibir aquello a lo que tenía derecho, éstos también fueron apedreados y muertos. Por fin, el dueño se dijo:

—Enviaré a mi hijo. Seguramente lo respetarán.

Pero no ocurrió así. Al contrario, los viñadores se dijeron:

—Este es el heredero. Matémoslo y tendremos su herencia.

De modo que también mataron al hijo.

Al llegar a este punto de la historia, Jesús preguntó a sus oyentes qué creían ellos que el dueño de la viña haría con aquellos viñadores crueles y pérfidos. La respuesta fue:

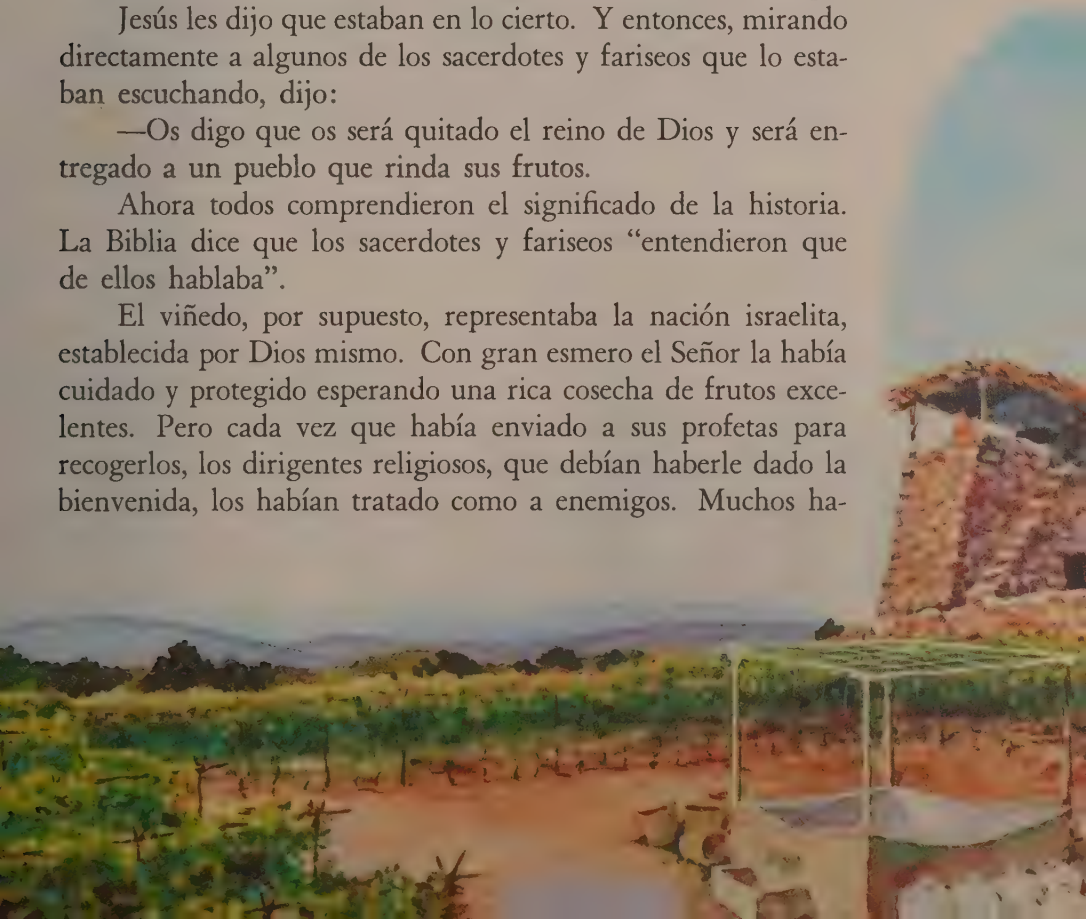
—Hará perecer de mala muerte a los malvados y arrendará la viña a otros viñadores que le entreguen los frutos a su tiempo.

Jesús les dijo que estaban en lo cierto. Y entonces, mirando directamente a algunos de los sacerdotes y fariseos que lo estaban escuchando, dijo:

—Os digo que os será quitado el reino de Dios y será entregado a un pueblo que rinda sus frutos.

Ahora todos comprendieron el significado de la historia. La Biblia dice que los sacerdotes y fariseos "entendieron que de ellos hablaba".

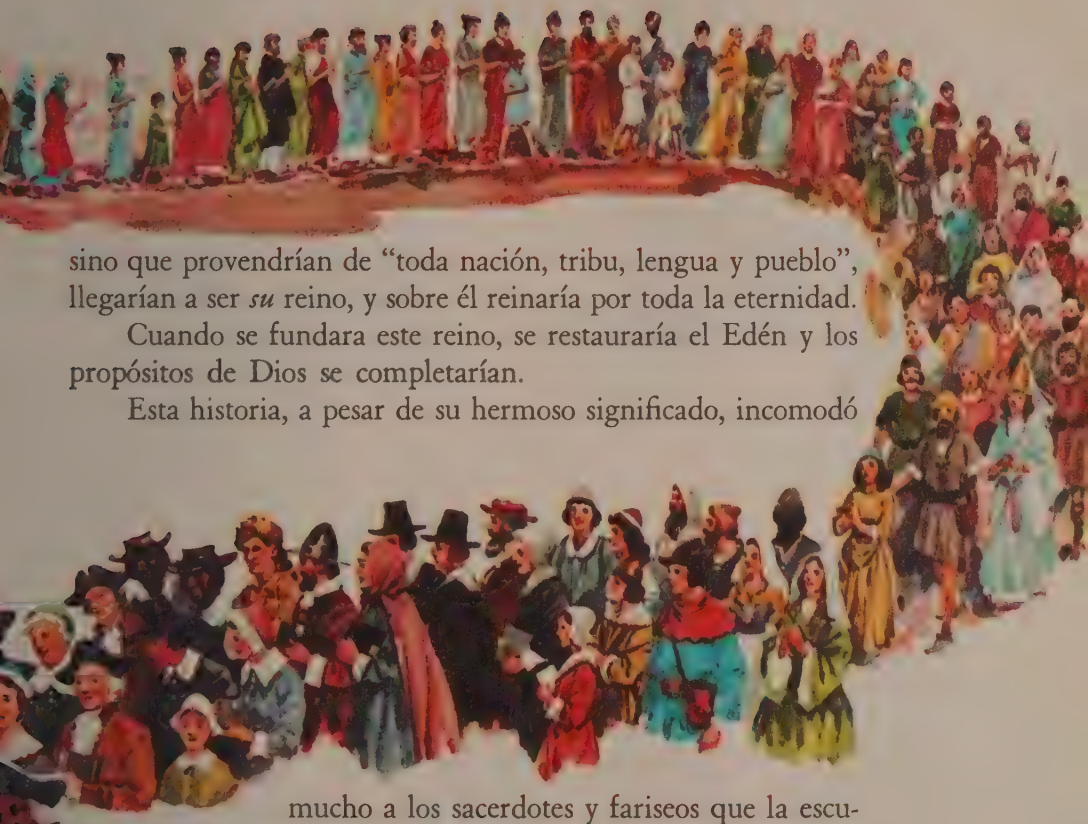
El viñedo, por supuesto, representaba la nación israelita, establecida por Dios mismo. Con gran esmero el Señor la había cuidado y protegido esperando una rica cosecha de frutos excelentes. Pero cada vez que había enviado a sus profetas para recogerlos, los dirigentes religiosos, que debían haberle dado la bienvenida, los habían tratado como a enemigos. Muchos ha-



bían sido atormentados, apedreados y muertos. Por fin Dios había enviado a su propio Hijo. Y precisamente cuando Jesús les contaba la historia, ellos estaban haciendo planes para matarlo también. Es claro que cuando Jesús les dijo esto, su triste muerte todavía estaba en el futuro. Pero el hecho de que la anunció por anticipado muestra que sabía lo que le iba a ocurrir. Y así sucedió, en efecto, algún tiempo después.

¿Y a quiénes representaban los otros viñadores a quienes se iba a confiar el viñedo? Ellos eran los discípulos de Jesús; no sólo los doce, sino también todos los que creyeran en él, lo amaran y trabajaran por él en los años futuros. Jesús los vio trayéndole los frutos de veracidad, amor y bondad en las vidas de incontables millones, hasta que la cosecha final de la viña estuviera madura.

Todos estos llegarían a formar parte de la nueva nación a la que se les daría el reino de Dios. Y los súbditos de este nuevo reino, que no pertenecerían a ninguna raza en particular



sino que provendrían de "toda nación, tribu, lengua y pueblo", llegarían a ser *su* reino, y sobre él reinaría por toda la eternidad.

Cuando se fundara este reino, se restauraría el Edén y los propósitos de Dios se completarían.

Esta historia, a pesar de su hermoso significado, incomodó mucho a los sacerdotes y fariseos que la escucharon. De inmediato vieron que no podían tener una parte en ese reino del que Jesús estaba hablando a menos que se arrepintieran; y ellos no tenían la intención de hacerlo.

Por eso se enojaron con él y lo habrían encarcelado si se hubieran animado a hacerlo, pero no se atrevieron. La Biblia dice que "temieron a la muchedumbre, que le tenía por profeta".

Por eso lo único que pudieron hacer fue irse murmurando entre sí y planeando cómo podían realizar lo que Jesús precisamente había dicho en su historia: el asesinato del Hijo en el viñedo.

HISTORIA 11

Oraciones y Ofrendas

JESUS estaba siempre atento para encontrar nuevas historias que le permitieran enseñar grandes lecciones. Muy a menudo sus relatos surgían de lo que veía en la vida de las personas con las que se mezclaba día tras día.

Cierta vez que estaba en el templo vio a dos hombres orando. Uno era un fariseo y el otro un publicano, vale decir, un cobrador de impuestos. El fariseo se había parado en un lugar donde todos lo podían ver y oír; el otro hombre se hallaba mucho más atrás.

El fariseo, en voz alta, le hablaba a Dios acerca de sí mismo.

—¡Oh Dios! —exclamaba— te doy gracias de que no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, pago el diezmo de todo cuanto poseo.

El publicano, en cambio, golpeándose el pecho con las manos, con la cabeza inclinada para mostrar la tristeza de su corazón, pronunciaba esta breve y humilde oración con una voz tan suave que apenas podía oírse:

TRACION DE HERIBERTO RUDEEN © 1956, BY REVIEW AND HERALD

os fariseos les gustaba hacer alarde de piedad ecir largas oraciones en público. Pero Jesús bó al humilde publicano que oraba: ¡Oh s, ten piedad de mí, pecador!

—¡Oh Dios, ten piedad de mí, pecador!

Cuando Jesús narró esta historia a sus discípulos algún tiempo más tarde, agregó:

—Os digo que bajó éste [el publicano] justificado a su casa y no aquél.

El fariseo estaba tratando meramente de publicar sus propios buenos hechos, y Dios no escucha oraciones como ésa. Pero cuando alguien susurra: "¡Oh Dios!, ten piedad de mí, pecador", cada palabra es oída en el cielo.

Cuando tú quieras hablarle a Dios, no le digas cuán bueno eres, o cuántas buenas acciones has hecho. Sencillamente dile cuán grande es tu necesidad de su ayuda.

En otra ocasión en que Jesús estaba en el templo vio ocurrir algo hermoso, algo que ha servido de inspiración a millones desde entonces.

Ese día Jesús se hallaba sentado en el atrio del templo observando cómo la gente ponía sus ofrendas en un cofre.

Había muchos ricos que pasaban y depositaban grandes sumas de dinero. Luego se acercó al cofre una viuda pobre y colocó dos monedas de cobre, de las más pequeñas que había en circulación.

—Mirad —dijo Jesús a sus discípulos, que se hallaban no lejos de allí—. ¿Veis a esa viuda pobre? En verdad os digo que ha echado más que todos los otros, porque los demás echaron de lo que les sobraba, mientras que ésta echó de su indigencia todo lo que tenía para el sustento.

La viuda no sabía que Jesús la estaba observando. Pero así era. Y el Señor supo, por la expresión de su rostro y por la oración que había en sus labios, que su ofrenda provenía del corazón y que era todo lo que tenía.

Me gusta pensar que la mujer fue recompensada ese mismo día, que fueron enviados ángeles para suplir sus necesidades. Y aunque no sepamos con certeza lo que ocurrió con ella, sé que cuando Jesús dijo: "Esta pobre viuda ha echado más que todos los otros", estaba expresando una gran verdad.

Tomando en cuenta su verdadero valor —como Dios avalúa las ofrendas— sus dos moneditas valían mucho más que todo lo que los ricos habían echado en el cofre. Y cuando alguna vez se comparen todas las ofrendas que se dieron a Dios, bien puede ser que el donativo de esta viuda pobre esté en primer lugar en la lista. Y cuando se sumen todas las ofrendas y se le muestre el total a la viuda, seguramente exclamará:

—¡Debe haber un error! ¡Yo nunca di tanto!

Pero Jesús le dirá:

—¡Sí, es así! ¡Todo esto fue dado porque tú diste una vez!

¡Y cuánta verdad habría en ello! Durante más de mil novecientos años la historia del sacrificio de aquella viuda tan modesta ha conmovido los corazones, ha abierto las carteras y billeteras, y ha hecho que la gente diera lo mejor de sí para el Maestro.

Por supuesto, lo importante de la ofrenda de la viuda no fue la cantidad que dio, sino el espíritu en que lo hizo. Antes de entregar sus dos moneditas debe haber entregado su corazón a Dios. Esa ofrenda pequeña fue una prueba definitiva de que "todo cuanto tenía" era de Dios.

Y ésa es la manera en que debemos dar a Dios: desde el fondo de nuestro corazón.

CUARTA PARTE

Historias del Más Grande de los Profetas

(S. Mateo 19:27-30; 24:1 a 25:46; S. Marcos 13:1-37; S. Lucas 17:21-37; 19:12-27; 21:1-36; S. Juan 13:36 a 14:3)

HISTORIA 1

Un Nuevo Hogar Para Todos

JESUS fue no sólo el más grande de los médicos y el mayor de los maestros y narradores, sino también el más grande de los profetas. Sí, él sabía exactamente lo que iba a ocurrir en el futuro.

Antes de que Jesús viniera al mundo, había habido muchos profetas en Israel, como por ejemplo Moisés, Samuel, Isaías, Jeremías y Daniel. Pero Jesús fue más grande que todos ellos, pues él podía hablar de los acontecimientos futuros como si conociera cada detalle.

¡Y había tantas cosas que los discípulos querían saber acerca del futuro! Cierta vez Pedro le dijo a Jesús: "Puesto que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué tendremos?"

Jesús acababa de decir a sus discípulos cuán difícil es para los ricos entrar en su reino; por eso Pedro deseaba saber qué recompensa habría para los que habían abandonado todo, como lo habían hecho él y sus amigos, y se habían convertido en discípulos del Maestro. Seguramente estaba pensando en los

STRACION DE HERIBERTO RUDEEN © 1956, BY REVIEW AND HERALD

na de las últimas promesas que Jesús hizo a s discípulos fue que en el cielo no habrá milias sin hogar, pues él mismo preparará ansiones para todos los que lo aman.

botes, las redes de pescar y las casas que habían dejado atrás por seguir a Jesús. Habían llegado a ser tan pobres, que a veces no tenían siquiera un lugar para dormir y debían hacerlo al aire libre. ¿Seguiría eso siempre así?, se preguntaba. ¿Nunca más tendrían un hogar?

Por un momento, para darles ánimo, Jesús les permitió ver el futuro. "En verdad os digo —respondió Jesús— que vosotros, los que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente sobre el trono de su gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Y todo el que dejare hermanos o hermanas, o padre o madre, o hijos o campos, por amor de mi nombre, recibirá el céntuplo y heredará la vida eterna".

Me los imagino a Pedro, Santiago, Juan y los demás discípulos mirándose unos a otros y sonriendo, satisfechos, al oír esta promesa de Jesús. ¡Pensar que ellos, pobres galileos, llegarían a ser los magistrados de Israel! ¡Qué extraordinario! ¡Sí, y además tendrían hermosos hogares para vivir! Nunca más vagarían de un lugar a otro sedientos, hambrientos y desamparados.

Pero había algo más que ellos querían saber. Desde hacía algunos meses Jesús había estado mencionando, de paso, que no estaría con ellos durante mucho tiempo más.

—Hijitos míos —les dijo una vez, tiernamente—, un poco más aún estaré todavía con vosotros, pero adonde yo voy, vosotros no podéis venir.

Pedro se preocupó al oír esto. El presentimiento de una horrible soledad oprimió su corazón.

—Señor —preguntó—, ¿adónde vas?

—Adonde yo voy, no puedes tú seguirme ahora —le contestó Jesús—; pero me seguirás más tarde.

—Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? —insistió Pedro, tan perplejo como los demás discípulos. Les resultaba imposible aceptar la idea de que dentro de poco su Maestro los dejaría. Y si tal cosa llegaba a ocurrir, ¿en qué quedarían todas sus promesas acerca de hogares, amigos, amados y vida eterna?

Tal vez está proyectando ir a Grecia o a Italia, pensaron, y pronto estará de vuelta. Algunos judíos hasta se preguntaron: "¿Se irá quizá por entre las naciones esparcidas por el mundo a predicar a los gentiles?"

Pero Jesús no había querido decir eso. Se refería a un viaje que lo llevaría mucho más allá de Atenas o Roma. En efecto, hablaba de abandonar esta tierra y volver al cielo, de donde había venido.

—No se turbe vuestro corazón —les dijo con palabras que vivirán para siempre—; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo diría, porque voy a prepararos el lugar. Cuando yo me haya ido y os haya preparado el lugar, de nuevo volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros.

El Maestro no podía haberles hablado más claramente. El se iba a ir lejos, a la casa de su Padre. Y bien puede ser que mientras Jesús hablaba, estuviera mirando hacia las estrellas. Allá lejos, en el corazón de ese inmenso universo resplandeciente, volvería a encontrarse con Aquel que lo había enviado a este mundo para cumplir su misión salvadora y a quien amaba profundamente.

Pero no importaba cuán lejos se fuera ni durante cuánto tiempo estuviera apartado de ellos; podían estar seguros de que nunca los olvidaría. Al contrario, les prepararía un lugar hermosísimo para que vivieran en él y lo disfrutaran por toda la eternidad.

Allí habría lugar en abundancia para todos. Sí, entre los miles de millones de mundos que había creado habría "muchas moradas" para todos los que lo aman. Habría una para Pedro, otra para Santiago y otra para Juan. Y no sólo para ellos, pues habría también un nuevo y hermoso hogar para cada uno de sus seguidores fieles.

HISTORIA 2

El Viaje Espacial Prometido

COMO podrían llegar los discípulos a las hermosas moradas que Jesús les había prometido? "De nuevo volveré —les había dicho él— y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, estéis también vosotros".

Esta fue una promesa solemne, y podemos tener la seguridad de que él la cumplirá. Es cierto que Jesús no ha vuelto todavía de la casa de su Padre; pero algún día regresará a buscar a los suyos. Y entonces todos sus seguidores fieles realizarán un viaje espacial. Uno se maravilla con sólo pensar en ello; pero el hecho es que hace más de diecinueve siglos, mucho antes de que los hombres empezaran a hablar del viaje a la luna, mucho antes de que los niños comenzaran a comprar cascos espaciales de juguete y que las niñas soñaran con viajes a Marte y Venus, Jesús les aseguró a sus discípulos que algún día realizarían un viaje a través del universo.

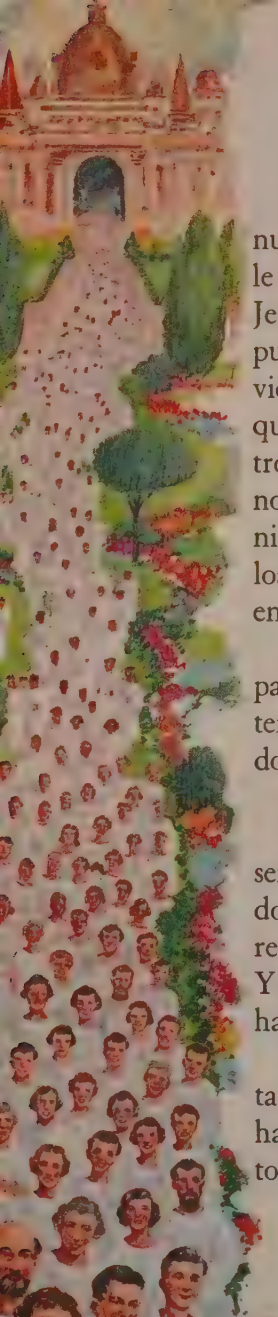
Sí, el volverá a esta tierra para tomar consigo a cada uno de sus fieles y llevarlos a través del espacio azul hacia las hermosas mansiones de su Padre.

Y no sólo Pedro, Santiago y Juan disfrutarán de este extraordinario privilegio. Cada uno de los que han amado a Jesús y han sido fieles a él podrán viajar también.

El apóstol Pablo no deja dudas acerca de esto. Cuando escribió a los cristianos de la ciudad de Tesalónica, les dijo: "El mismo Señor, a una orden, a la voz del arcángel, al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero; después nosotros, los vivos, los que quedamos, junto con ellos, seremos arrebatados en las nubes al encuentro del Señor en los aires, y así estaremos siempre con el Señor".

¡Imagínate! ¡"Seremos arrebatados en las nubes al encuentro del Señor"! ¡Qué emocionante! ¡Deslizarse por el espacio pasando junto a la luna, cerca de los planetas, hacia las estrellas! Pareciera imposible, pero debe ser verdad porque Jesús mismo lo ha prometido.

ILUSTRACION DE HERIBERTO RUDEEN



Tan hermosa le pareció esta promesa al apóstol Juan, que nunca la pudo olvidar. Cierto día, varios años más tarde, Dios le permitió contemplar en visión profética a los seguidores de Jesús cuando por fin entraban en el cielo. Vio que todos llevaban puestos mantos blancos, y un ángel le dijo: "Estos son los que vienen de la gran tribulación, y lavaron sus túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven de día y noche en su templo... Ya no tendrán hambre, ni tendrán ya sed, ni caerá sobre ellos el sol ni ardor alguno, porque el Cordero, que está en medio del trono, los apacentará y los guiará a las fuentes de aguas de vida, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos".

Ahí tienes, otra vez, el mismo cuadro glorioso: Jesús acompaña a sus redimidos en la casa de su Padre, donde cada uno tendrá un hermoso hogar y donde no habrá más hambre, sed, dolor ni soledad.

¿Te parece esto demasiado hermoso para ser verdad?

No, no debes pensar así. Por otra parte, tú sabes que hay seres humanos que han estado navegando en el espacio, alrededor de la tierra, y los hombres de ciencia afirman que pueden resolver todos los problemas y llegar a algunos de los planetas. Y si los hombres pueden hacer algo así, ¡cuánto más no podrá hacer Dios, que es infinitamente sabio y poderoso!

Además Jesús, el más grande de los profetas, aseguró que tal cosa ocurriría. El conoce el secreto de viajar por el espacio hasta el centro del universo. Y algún día lo compartirá con todos los que lo aman.

HISTORIA 3

Jesús Revela el Futuro

LOS discípulos comentaron entre sí las cosas maravillosas que Jesús les había dicho y, como es natural, desearon saber más acerca del futuro. Si el Maestro los iba a dejar, ¿qué sucedería con ellos durante su ausencia?, se preguntaban. ¿Durante cuánto tiempo estaría ausente? ¿Cuándo llegaría a su fin este mundo y se inauguraría el hermoso reino de amor acerca del cual les había hablado?

Por fin encontraron una ocasión de hacerle todas estas preguntas. Cierto día, mientras observaban las macizas paredes del templo de Jerusalén, Jesús los sorprendió con esta declaración: "¿Veis todo esto? En verdad os digo que no quedará piedra sobre piedra; todo será destruido".

¡Los discípulos no podían creerlo! ¿Que el templo sería destruido? ¿Cómo podía suceder una cosa tal, siendo un edificio tan bello, sólido y costoso? ¿Quién tendría interés en destruirlo? Tal vez lo que Jesús había querido decir era que lo derribaría cuando viniera a establecer su reino. ¿O lo destruirían los enemigos? Intrigados, decidieron averiguar las respuestas.

De vuelta en el monte de los Olivos, donde el grupo se reunía a menudo, los discípulos le preguntaron: "Dinos ¿cuándo sucederá eso? ¿Y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?"

Descorriendo entonces el telón que oculta el porvenir, Jesús les permitió echar una mirada a los años futuros. Lo que vieron no fue precisamente lo que habían esperado. No me extrañaría que después se hubieran arrepentido de habérselo pedido. A veces es mejor no conocer el futuro, sino dejarlo en las manos de Dios.

En primer lugar, Jesús les advirtió que debían estar siempre atentos para no dejarse engañar por los falsos cristos. Les dijo que después de que él se fuera habría muchos que se levantarían diciendo: "Yo soy el Cristo", y que pretenderían haber venido de regreso al mundo tal como Jesús lo había anunciado.

En cuanto al reino prometido, les aseguró que pasaría un largo tiempo antes de que se estableciera.

—Oiréis hablar de guerras y rumores de guerras —les dijo—, mas no es aún el fin. Se levantará nación contra nación y reino contra reino, y habrá hambres y terremotos en diversos lugares.

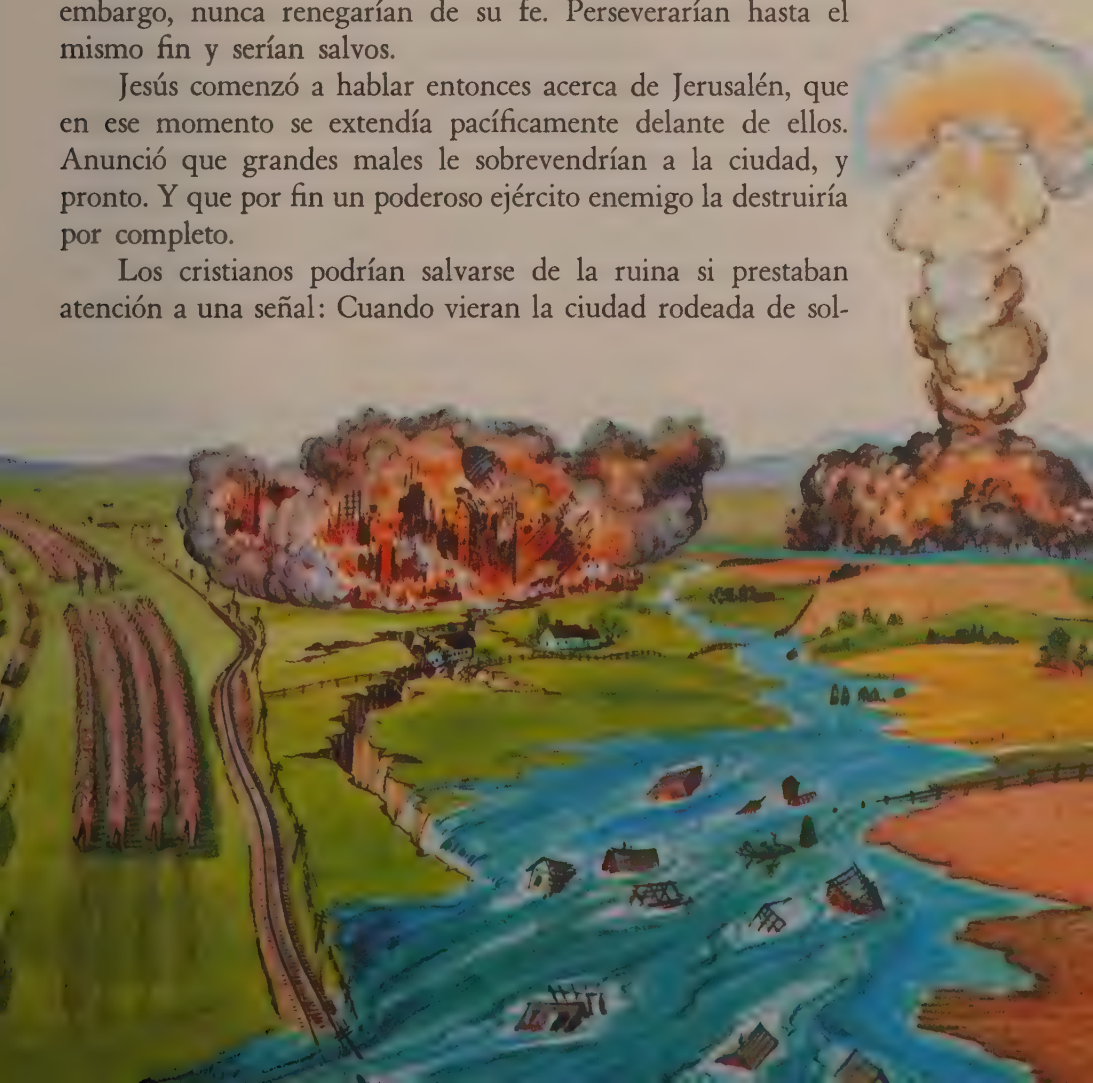
JESUS REVELA EL FUTURO

Todas estas cosas terribles no serían sino "el comienzo de los dolores". Dificultades aún peores les sobrevendrían. Serían tratados cruelmente. Los enemigos los pondrían en la cárcel y los matarían. "Seréis aborrecidos de todos los pueblos a causa de mi nombre", añadió Jesús.

Debido a todos estos sufrimientos, muchos de los que habían pretendido ser sus seguidores abandonarían la fe. "Se escandalizarán muchos y unos a otros se harán traición y se aborrecerán". La maldad abundaría y el amor se enfriaría. Algunos fieles, sin embargo, nunca renegarían de su fe. Perseverarían hasta el mismo fin y serían salvos.

Jesús comenzó a hablar entonces acerca de Jerusalén, que en ese momento se extendía pacíficamente delante de ellos. Anunció que grandes males le sobrevendrían a la ciudad, y pronto. Y que por fin un poderoso ejército enemigo la destruiría por completo.

Los cristianos podrían salvarse de la ruina si prestaban atención a una señal: Cuando vieran la ciudad rodeada de sol-



dados debían huir hacia un lugar seguro. No tenían que demorarse un instante, ni siquiera para buscar alguna cosa de valor. Si se encontraban trabajando en el campo, no debían volver a buscar la ropa. Al contrario, debían huir para salvar la vida.

Entonces Jesús les dijo algo que los sorprendió: "Orad para que vuestra huida no tenga lugar en invierno ni en sábado".

En realidad, en medio de la calma que los rodeaba en el monte de los Olivos, a los discípulos debe haberles resultado difícil imaginarse los cuadros que Jesús les iba describiendo. Sus vidas habían transcurrido tan pacíficamente en su querida Galilea... Nunca habían visto una gran ciudad sitiada por ejércitos. Además, el solo pensar que la ciudad santa sería destruida los atemorizaba. ¿Llegaría a ocurrir realmente una cosa tal?

Cuando se separaron, los discípulos contaron a otros seguidores de Jesús lo que el Maestro les había dicho, y la noticia pronto se divulgó por todas partes. Muchos creyentes comenzaron a orar pidiéndole a Dios que no les tocara huir ni en sábado ni en invierno. Sin duda, algunos se preguntaban cómo

les sería posible escapar si Jerusalén llegaba a estar sitiada por un ejército. Y si nos detenemos a pensar, estaremos de acuerdo en que parecía algo extraño. Pero los creyentes lo aceptaron, seguros de que Jesús no podía haberse equivocado.

Y, por supuesto, no se había equivocado. Unos cuarenta años después, Jerusalén se vio rodeada por los soldados romanos. Recordando la señal prometida, los cristianos de la ciudad se prepararon para huir. Y entonces, precisamente mientras se preguntaban cómo se las ingeniarían para escapar por entre las líneas enemigas, los romanos se retiraron sin razón aparente. De inmediato, todos los seguidores de Jesús que creían en su advertencia, escaparon. Luego los romanos regresaron y destruyeron la ciudad. ¡Qué suerte que Jesús lo supo mucho antes de que ocurriera! Pero, ¿acaso no era él el mayor de los profetas?

Y siguiendo con su conversación en la ladera del monte de los Olivos, Jesús comenzó a hablarles a sus discípulos de las cosas que ocurrirían siglos más tarde, cuando se acercara el fin del tiempo.

HISTORIA 4

Señales de su Venida

CONTEMPLANDO el futuro aún muy lejano, Jesús les habló a sus discípulos acerca de un tiempo en el que todos los que lo amaran pasarían por terribles dificultades. "Habrá entonces —les dijo— una tan gran tribulación cual no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá".

Sin duda estaba pensando en los días de angustia acerca de los cuales escribió el profeta Daniel. Tal vez tú recuerdes todavía aquel "cuerno pequeño" que se hallaba en la cabeza de la cuarta bestia que vio Daniel en visión y que perseguía "a los santos del Altísimo". Jesús conocía muy bien todo esto porque él mismo había enviado al ángel Gabriel para que le explicara la visión a Daniel. Ahora, al volver a hablar de esto a sus discípulos, se compadeció de "los elegidos" —vale decir, de su querido pueblo— por lo mucho que tendrían que sufrir.

Cuando por fin pasaran estos tiempos de tristeza y sufrimiento, aparecerían más engañadores que pretenderían ser Cristo mismo, de regreso del cielo. Tan cansada se hallaría la gente

de soportar las dificultades y tan ansiosa de que por fin reinara la paz, que muchos serían engañados. Se levantarían falsos cristos y falsos profetas que realizarían "grandes señales y prodigios". Pero, advirtió Jesús, no los sigáis. Si alguien os dice: ¡Aquí está el Cristo!, o ¡Allá está!, no le creáis. Si dicen: ¡Aquí está, en el desierto!, no salgáis a buscarlo allá. Y si os dicen: ¡He aquí, Cristo está en un cuarto secreto!, no lo creáis. Yo no estaré allí tampoco.

Sus seguidores debían estar atentos para percibir ciertas grandes señales específicas. Cada una de ellas sería tan notable e importante que ningún engañador podría imitarla. La primera aparecería en el cielo, y Dios la utilizaría como una gran cartelera de anuncios.

—Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas —dijo Jesús—. Se oscurecerá el sol, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo.

Las siguientes señales aparecerían sobre la tierra.

—En la tierra habrá angustia de las gentes, desatinadas por el mugido del mar y el oleaje, perdiendo los hombres el sentido por el terror y la ansiedad de lo que va a sobrevenir al mundo, porque los ejércitos de los cielos se bambolearán.

Inmediatamente después de esto, dijo Jesús, todos "verán al Hijo del Hombre viniendo en una nube con gran poderío y gloria".

Los seguidores de Jesús debían estar bien atentos a estas señales, porque ellas indicarían con toda seguridad que su se-

gunda venida estaría cercana. "Cuando estas cosas comenzaren a suceder —les dijo—, cobrad ánimo y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención".

Señalando entonces una higuera que no estaba lejos de allí, recordó a sus discípulos cómo el despertar de la naturaleza que ocurre durante la primavera es considerado por todos como una señal segura de que el verano se acerca. "Así también vosotros —añadió—, cuando veáis estas cosas, conoced que está cerca el reino de Dios".

Las grandes, maravillosas e inequívocas señales prometidas, que ocurrirían en el cielo y en la tierra, anunciarían la cercanía de su glorioso regreso. Al llegar a este punto en tu lectura, probablemente te estarás preguntando: ¿Han ocurrido ya estas cosas? ¿Las ha visto la gente?

Me parecen preguntas oportunas, porque nadie quisiera verse tomado por sorpresa. ¡Qué triste sería si algún día volviera Jesús y nadie estuviera listo para darle la bienvenida!

Muchos creen que la mayoría de estas señales ya han ocurrido, porque cerca del final del largo período de pruebas que padeció la verdadera iglesia de Cristo, tal como lo había predicho Daniel, ocurrieron algunos sucesos sobrenaturales que hicieron pensar a mucha gente que la venida de Jesús estaba cerca.

El primero de estos fenómenos fue el famoso día oscuro del 19 de mayo de 1780, cuando el sol se oscureció en pleno día. Esa noche la luna también apareció oscurecida. Luego, algunos años más tarde, el mundo presenció la mayor lluvia de meteoros que registra la historia, conocida con el nombre de la caída de las estrellas de la noche del 12 al 13 de noviembre de 1833. La gente que observó este maravilloso fenómeno lo consideró el cumplimiento de la señal prometida por Jesús.

ILUSTRACIÓN DE GUILLERMO HUTCHINSON

¿Y qué diremos en cuanto a las señales que ocurrirían sobre la tierra: "la angustia de las gentes" y "el terror y la ansiedad" por lo que iría a sobrevenir al mundo? ¿Pueden observarse en la actualidad? Tu papá y tu mamá pueden hablarte de las terribles guerras que ellos recuerdan, de las bombas atómicas y de hidrógeno, y de otras armas espantosas que se han inventado recientemente. Y el rugido de los aviones a chorro que vuelan sobre nuestras cabezas nos dice que los desastres que más tememos pueden ocurrir con tanta rapidez que apenas tendremos tiempo para pensar qué hacer.

Quizá porque Jesús, que fue el más grande de los profetas, sabía todas estas cosas por anticipado, instó a sus discípulos a que tuvieran cuidado, no fuera que se hallaran tan ocupados en otras cosas que dejaran de ver las señales, por grandes y claras que éstas fueran. El no quería que ese día extraordinario cayera sobre ellos "como un lazo", con la rapidez de una trampa que se cierra sobre un animal descuidado. "Velad, pues, en todo tiempo y orad —les dijo a ellos y nos dice a nosotros—, para que podáis evitar todo esto que ha de venir y comparecer ante el Hijo del Hombre".

HISTORIA 5

Señales que Todos Pueden Ver

ME IMAGINO que después que Jesús aconsejó a sus discípulos que estuvieran siempre atentos, éstos le habrán dicho: "No te preocupes, Señor; no nos descuidaremos. Siempre estaremos esperándote y nos sentiremos muy felices de verte otra vez".

Pero Jesús sabía que después que pasaran muchos años, aun aquellos que decían amarlo más comenzarían a preguntarse si alguna vez volvería al mundo. Algunos dirían: "Se tarda mi Señor", y abandonarían su fe.

Cierta vez el Maestro dijo que su regreso ocurriría en circunstancias muy parecidas a las del gran diluvio de los días de Noé. "Como en los días de Noé —afirmó—, así será la aparición del Hijo del Hombre. En los días que precedieron al diluvio, comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, *hasta el día* en que entró Noé en el arca; y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrebató a todos. Así será a la venida del Hijo del Hombre".

Las actividades de la vida diaria continuarán repitiéndose

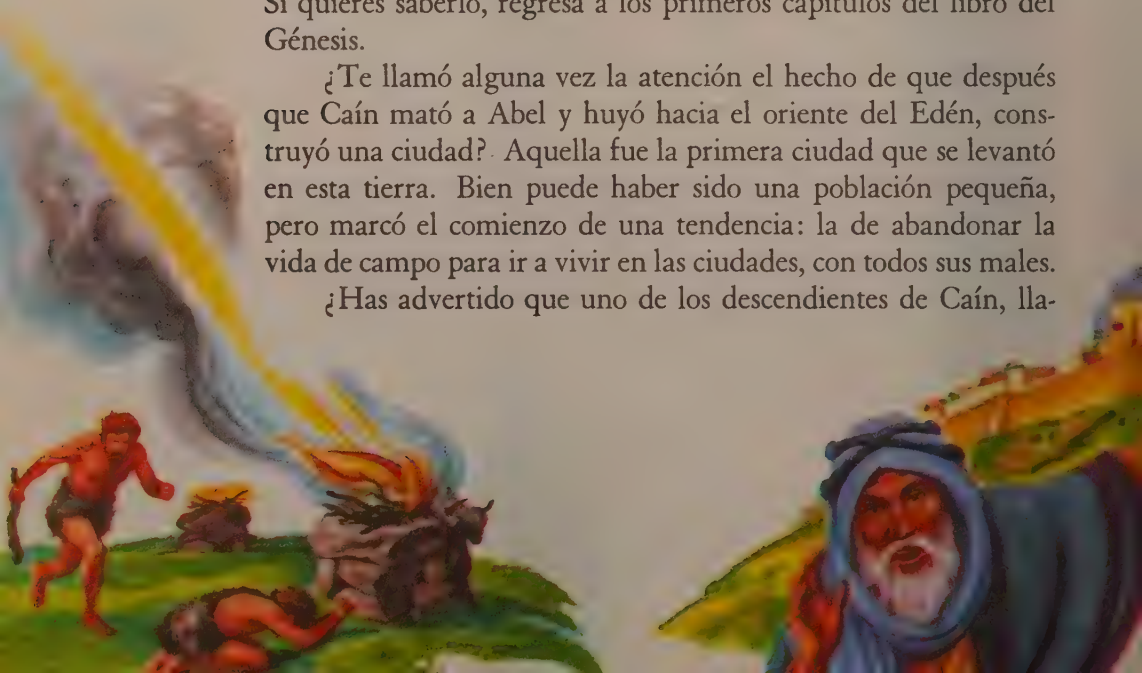
hasta el fin. Las madres seguirán preparando desayunos, lavando los platos, haciendo la cama, limpiando la casa, etc., como siempre lo han hecho. Los padres continuarán afeitándose, desayunando y saliendo precipitadamente para ir a trabajar. Los niños y las niñas seguirán levantándose de la cama, poniéndose rápidamente las ropas, comiendo sus desayunos y corriendo hacia la escuela. En otras palabras, la mayoría de la gente seguirá actuando como siempre *hasta el día* en que Jesús aparezca en gloria. Por eso debemos estar siempre listos para su venida.

Y aunque veamos que la vida sigue su ritmo normal día tras día, no debemos pensar: "Bueno... creo que no va a pasar nada extraordinario. El mundo seguirá andando como hasta ahora". Si llegamos a pensar así, el regreso de Jesús nos tomará por sorpresa. Porque el Señor vendrá sorpresivamente, cuando menos lo esperemos, "como el ladrón en la noche", como el fuego que cayó sobre Sodoma y Gomorra o como el diluvio que destruyó a los que vivían en la época de Noé.

Tal vez debiéramos analizar con más cuidado estas palabras de Jesús: "Como en los días de Noé, así será la aparición del Hijo del Hombre". ¿Cómo era el mundo en los días de Noé? Si quieres saberlo, regresa a los primeros capítulos del libro del Génesis.

¿Te llamó alguna vez la atención el hecho de que después que Caín mató a Abel y huyó hacia el oriente del Edén, construyó una ciudad? Aquella fue la primera ciudad que se levantó en esta tierra. Bien puede haber sido una población pequeña, pero marcó el comienzo de una tendencia: la de abandonar la vida de campo para ir a vivir en las ciudades, con todos sus males.

¿Has advertido que uno de los descendientes de Caín, lla-



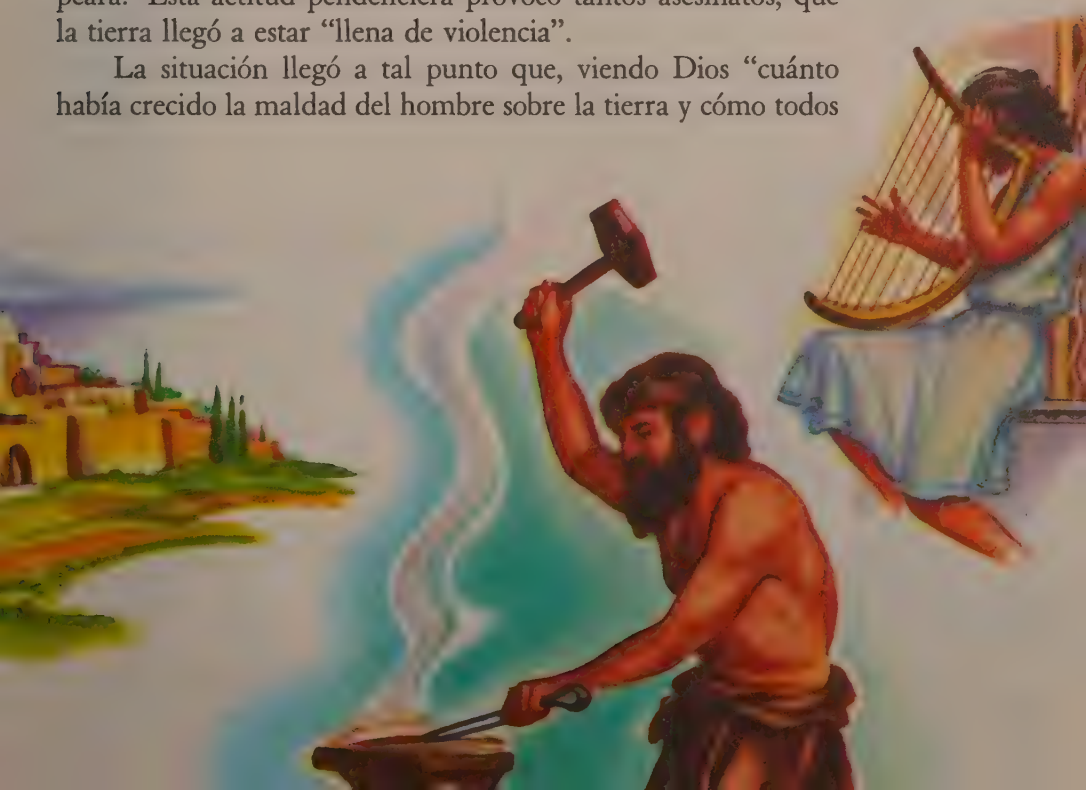
mado Lamec, fue el primer hombre que tuvo dos esposas? Así comenzó la poligamia, con todos sus tristes resultados.

Jubal, uno de los hijos de Lamec, fue un gran músico, "el padre de cuantos tocan la cítara y la flauta". No se nos dice qué clase de melodías enseñó a tocar a la gente, pero sin duda llenó de música la atmósfera de los días de Noé.

Tubal-caín, su hermano, fue muy hábil "forjador de instrumentos cortantes de bronce y de hierro". El inició la industria de las fundiciones y el acero. No debemos pensar que los que vivían en la antigüedad eran cavernícolas ignorantes. No, todavía eran parientes cercanos de Adán, quien aún vivía. Por lo tanto poseían mentes agudas y manos habilidosas. Seguramente inventaron toda clase de utensilios prácticos: herramientas para sus oficios y muebles para sus hogares.

Pero a pesar de todo su ingenio y habilidad, los antediluvianos no pudieron mantenerse apartados del mal. Lamec, por ejemplo, se jactó de ser capaz de matar a cualquiera que lo golpeara. Esta actitud pendenciera provocó tantos asesinatos, que la tierra llegó a estar "llena de violencia".

La situación llegó a tal punto que, viendo Dios "cuánto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra y cómo todos



sus pensamientos y deseos sólo tendían al mal, se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra, doliéndose grandemente en su corazón, y dijo: Voy a exterminar al hombre que hice de sobre la haz de la tierra".

Sin duda Jesús tenía todo esto en mente cuando dijo: "Como en los días de Noé, así será la aparición del Hijo del Hombre".

Hoy también se edifican ciudades, ¿no es verdad? ¡Cuántas se han construido alrededor del mundo! Y cada una de ellas ha llegado a ser un baluarte de pecado.

También tenemos hoy músicos, ¡y cuán horrible música tocan muchos de ellos! Jubal mismo se sentiría avergonzado de oírla.

También hay en nuestros días grandes industriales, con sus vastas fundiciones de hierro y acero, y con sus fábricas que producen maquinarias y armas de toda clase.

¿Y qué podemos decir de los problemas familiares de los días de Noé? ¿También los tenemos en nuestros días?

¡Si los tenemos! Lamec tomó para sí dos esposas, lo que ciertamente era malo; pero hoy algunos hombres se casan con cuatro o cinco mujeres, con una después de otra. Hay gente que se divorcia y vuelve a casarse. Los lazos matrimoniales se rompen como si no tuvieran importancia, y los hijos del hogar quedan sin madre y sin padre. Sin duda Noé no vio una situación tan mala como ésta en los días anteriores al diluvio.

Y en cuanto a la violencia, que llenaba la tierra en aquella época lejana, podemos decir que sin duda hay hoy más que entonces. Y hasta se la enseña en el hogar. Piensa en la mayoría

de los programas que se presentan en televisión. No pasa un día sin que haya varios baleados, apuñaleados o envenenados.

Confío en que tú no mirarás programas en los que se muestra cuán horrible y malvada puede ser la gente. ¿Por qué? Porque si lo haces, poco a poco llegarás a pensar que el pecado y el mal no son realmente tan horribles; que no hay nada de malo en ser cruel, mentiroso o deshonesto siempre que uno pueda salir bien del paso. Si tú te acostumbras a acariciar pensamientos como éstos, ellos te apartarán completamente de lo que es correcto, verdadero y hermoso. Te llevarán a odiar a Dios y sus mandamientos. El mal llegará a parecerte atractivo y comenzarás a pensar que puedes hacer lo que te dé la gana sin temor al castigo.

Muchos niños y niñas han llegado ya a ese punto. Y muy pronto, como Jesús nos advirtió, veremos a nuestro alrededor condiciones como las que reinaban en los días de Noé, cuando todos los "pensamientos y deseos" de los hombres "sólo tendían al mal".

De modo que si deseas ver más señales de la venida de Jesús, lo único que necesitas hacer es mirar a tu alrededor. Las encontrarás en todas partes. Algunas hasta están en tu propio hogar.

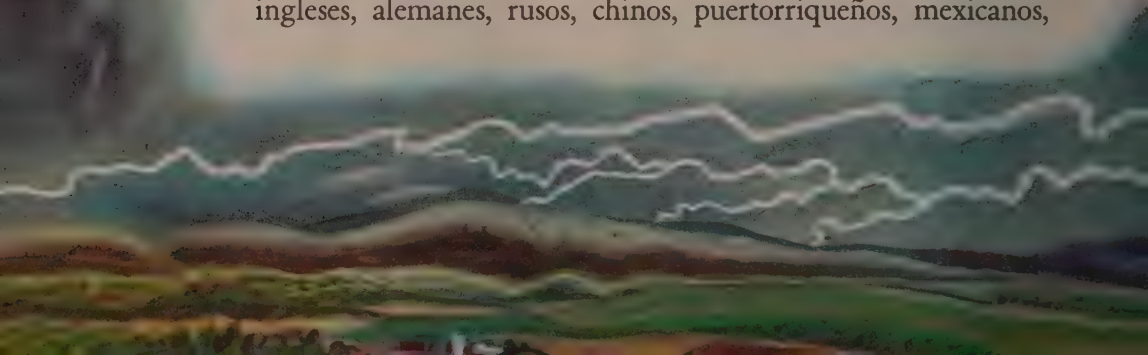
HISTORIA 6

Cómo Volverá Jesús

PARA asegurarse de que sus discípulos no serían engañados por algún falso maestro, Jesús les dijo exactamente cómo volvería. Les aseguró que no vendría en secreto sino públicamente para que todo el mundo lo viera. "Porque como el relámpago que sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del Hombre".

La niebla puede velar la luz de una linterna o las luces de un aeropuerto, pero nada puede ocultar un relámpago. Las nubes más oscuras parecieran servir sólo para hacerlo más brillante. De la misma manera, la venida de Cristo será más gloriosa de lo que pueden describir las palabras, y todo el mundo la verá.

"Todas las tribus de la tierra —dijo Jesús— . . . verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y majestad grande". Esto abarca a todos los que viven en Europa, Asia, Africa, América y Australia. Incluye a la raza blanca, la negra, la amarilla y todas las demás. Quiere decir que los ingleses, alemanes, rusos, chinos, puertorriqueños, mexicanos,



egipcios, hotentotes, en fin, todas las tribus, todas las naciones, todo el mundo sin excepción, lo verá venir.

Además, Jesús no vendrá en silencio. Habrá tanto ruido que hasta los sordos sabrán que está acercándose. Porque "enviará a sus ángeles con poderosa trompeta y reunirá de los cuatro vientos a los elegidos, desde un extremo del cielo hasta el otro".

Probablemente el apóstol San Pablo tenía estas palabras del Maestro en mente cuando dijo que el Señor "descenderá del cielo" "a una orden, a la voz del arcángel, al sonido de la trompeta de Dios".

San Juan recordaba estas palabras cuando escribió: "Y el cielo se enrolló como un libro que se enrolla, y todos los montes e islas se movieron de sus lugares. Los reyes de la tierra, y los magnates, y los tribunos, y los ricos, y los poderosos. . . se ocultaron en las cuevas y en las peñas de los montes. Decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros y ocultadnos de la cara del que está sentado en el trono y de la cólera del Cordero, porque ha llegado el día grande de su ira, y ¿quién podrá tenerse en pie?"

De modo que Jesús, el más grande profeta, no dejó dudas en cuanto a la manera en que volverá. Cuando descienda del

cielo, todo el mundo lo verá y lo oirá, y no habrá manera de confundirse.

Todos sabrán que es Jesús de Nazaret, el Mesías de Israel, el Hijo de Dios, coronado como glorioso Rey de reyes y Señor de señores.

Pero hay una cosa muy importante que no sabemos acerca de su segunda venida, y ésta es exactamente cuándo vendrá de regreso.

El cumplimiento de las señales prometidas por él nos dicen que está próximo a venir, pero el día exacto de su venida es un secreto que sólo Dios conoce.

Jesús lo hizo bien claro cuando dijo:

—Mas en orden al día y a la hora, nadie lo sabe, ni aun los ángeles del cielo, sino sólo mi Padre.

De todos modos, es mejor así.

Si supiéramos de antemano el día exacto de su venida, postergaríamos hasta la noche anterior la preparación para encontrarnos con él.

Mucha gente actuaría así, e iría postergando el arrepentimiento de un día para el otro hasta que, por fin, fuera demasiado tarde.

Pero como no sabemos el día en que vendrá, debemos estar siempre preparados.

Y eso es, precisamente, lo que Jesús nos pide.

—Velad, pues —nos dice—, porque no sabéis cuándo llegará vuestro Señor... Por eso vosotros habéis de estar preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre.

Sin duda alguna, su llegada nos sorprenderá a todos.

Ojalá sea una sorpresa feliz para ti y para mí.

STRACION DE GUILLERMO HUTCHINSON © 1956, BY REVIEW AND HERALD

esús prometió que cuando venga por segunda z todo el mundo lo verá. Y aunque podemos nocer las señales de su venida, nadie sabe el a ni la hora en que vendrá.

HISTORIA 7

La Señal más Importante

MIENTRAS Jesús hablaba con los discípulos acerca de su regreso, les mencionó otra señal que bien podría ser la más importante de todas. "Se predicará este Evangelio del reino de Dios en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones —les dijo—, y entonces vendrá el fin".

"Este Evangelio del reino" es, por supuesto, las buenas nuevas relativas a sus planes para el futuro de este mundo y para la gente que vive en él. Incluye la historia de la venida de Jesús para vivir entre los hombres; la historia de sus sufrimientos y muerte; la historia de su resurrección y ascensión; y la promesa de su segunda venida en gloria para establecer su reino de amor y restaurar todo lo que se perdió en el Edén.

Cuando este hermoso mensaje se predique en todo el mundo y cada hombre, mujer y niño haya tenido oportunidad de oírlo, "entonces vendrá el fin".

Jesús no dijo que todos los que escucharan el Evangelio llegarían a ser cristianos. No. Lo que dijo fue que ese Evangelio sería predicado como "testimonio para todas las naciones".

Vale decir que en todas partes la gente lo oiría y se decidiría a pertenecer o no a su reino de amor.

Cuando uno se detiene a pensar en estas palabras de Jesús, llega a la conclusión de que son una maravillosa profecía. En aquellos días no había sino un solo gran imperio en el mundo: Roma. Nadie había oído siquiera hablar de los Estados Unidos, de Colombia, Alemania o Rusia. Gran Bretaña todavía no había sido invadida por los ejércitos romanos. La China, la India y el Africa eran tierras misteriosas para la mayoría de los que vivían en Palestina. Y sin embargo, Jesús, el más grande de los profetas, se atrevió a anunciar que las gloriosas noticias relativas a su reino serían transmitidas hasta los fines de la tierra, incluyendo a las naciones que todavía no existían.

Mirando hacia el futuro, a través de los siglos, vio a todos los países, con sus diferentes idiomas, costumbres y banderas multicolores. "Todos éstos —dijo— oirán mi Evangelio, y entonces vendrá el fin".

Esto significaba que su mensaje debería ser traducido a centenares de idiomas y dialectos; pero esta dificultad no le preocupó. Afirmó que se lo haría, y en realidad se lo ha hecho.

Ya se ha traducido la Biblia entera o porciones de ella a más de 1.200 idiomas y dialectos.

Jesús debe haber sabido también que se inventarían nuevos métodos de difundir su mensaje para que todos los millones que pueblan la tierra lo oyeran. Es probable que haya previsto la invención de los altoparlantes, que permiten a un solo predicador hacerse oír por decenas de miles en grandes salones o estadios. Tal vez previó la llegada de la radio, que transporta la voz humana a millones de personas en distintos países al mismo tiempo. Quizá previó las maravillas de la televisión, mediante la cual sus mensajeros pueden penetrar en centenares de millones de hogares al mismo tiempo para contar la historia de su amor.

No hace mucho, mientras entraba en una de las piezas situadas en el último piso de un gran hotel de la ciudad de Miami, Florida, oí repentinamente que, desde la pieza vecina, llegaba el sonido de unas voces conocidas que cantaban: "Siervos de Dios la trompeta tocad: ¡Cristo muy pronto vendrá!"

Era la música característica de un famoso programa religioso. Yo lo había oído antes en mi casa y tam-

bién por medio de la radio de mi automóvil mientras viajaba por otras partes del país, hasta en los lugares más apartados. Hay millones de personas que también lo escuchan cada semana, no sólo en los Estados Unidos y en Hispanoamérica sino por todo el mundo, en diferentes idiomas. Mediante las más poderosas estaciones de radio, la hermosa música del programa y las voces llenas del amor de Jesús saltan por encima de las más altas montañas, las selvas más densas, los ríos más peligrosos, para llegar a los corazones de la gente en los lugares más distantes del planeta. Y en las atestadas ciudades, en las aldeas desconocidas y en las granjas solitarias, relatan la misma historia de un Salvador amante y perdonador.

Hoy, como nunca antes desde que Jesús pronunció esta maravillosa profecía, "este Evangelio del reino" se predica en todas las naciones. Nadie sabe cuánta gente no ha oído ni ha leído todavía este mensaje. Pero los medios de comunicación están allí, ayudando a realizar rápidamente la tarea. Y mucho antes de lo que nosotros nos imaginamos Jesús puede decir: "La tarea ha sido terminada". "Y entonces vendrá el fin".

HISTORIA 8

Diez Muchachas Soñolientas

UNA de las más emocionantes historias que Jesús contó tenía que ver con diez muchachas soñolientas. Se trataba de diez damas de compañía que se hallaban listas y bien vestidas para asistir a un casamiento. Todas estaban ansiosas de participar en la boda, ¡pero la mitad de ellas nunca entraron en la fiesta!

Como la ceremonia se celebraba durante la noche, cada joven llevó consigo una pequeña lámpara de aceite. Estoy seguro de que todas tenían mucho interés de tomar parte en la procesión nupcial. Y en previsión de que algo ocurriera, cinco de ellas habían llevado consigo un poco de aceite extra.

Puesto que la boda se celebraba en el Oriente, las diez estaban esperando la llegada del cortejo cerca de la casa de la novia. En aquellos países no se aguardaba la llegada de la novia sino la del novio. Era costumbre que éste viniera a la casa de la novia y que luego la condujera hasta la suya.

Al principio, las muchachas no tenían sueño, por supuesto. Me imagino que estaban tan alegres y conversadoras como la

mayoría de las damas de compañía en esas circunstancias. Hablaban acerca de la novia, del novio y de las posibilidades de que alguna vez ellas mismas llegaran a casarse. Pero a medida que pasaba el tiempo y el novio no aparecía, comenzaron a bostezar y a tener sueño. Ya no se paraban en puntas de pie esperando, ansiosas, la llegada de la procesión. Al contrario, se sentaron en el césped y comenzaron a murmurar por la demora.

—¿Qué puede haberles pasado? —suspiró una—. Me parece que el novio debiera apurarse un poco...

—Yo voy a dormir unos cinco minutos —dijo otra—. Estoy cansada. Por favor, despiértenme cuando lo vean venir. —Y diciendo esto se recostó y muy pronto estuvo dormida. Otra muchacha la imitó; después otra y otra hasta que "todas se adormilaron y durmieron".

Al poco rato sus pequeñas lámparas comenzaron a vacilar y luego se apagaron. No pasó mucho tiempo antes que la única

luz que alumbraba era la de las estrellas que brillaban sobre sus cabezas.

Pasó una hora tras otra, y las diez muchachas siguieron durmiendo. Pero repentinamente, a medianoche, oyeron que alguien gritaba: "¡Ahí viene el novio! ¡Que todo el mundo salga a recibirlo!"

Las muchachas se movieron y terminaron por despertarse. Restregándose los ojos, vieron que, en efecto, la procesión avanzaba por la calle. De un salto se pusieron de pie, se arreglaron los vestidos y se acomodaron el cabello. Entonces se acordaron de sus lámparas. Todas se habían apagado y en las puntas de las mechas había una gruesa costra de carbón. Con gran premura, cada muchacha recortó la mecha, porque no podían unirse a la procesión si no llevaban sus lámparas.

Fue entonces cuando cinco de ellas hicieron un triste descubrimiento: ¡Se habían quedado sin aceite!

—¡Dadnos aceite del vuestro! —les rogaron a las otras.

—Lo lamentamos —les contestaron—, pero no podemos hacerlo porque no nos sobra una gota.

—Pero, ¿qué haremos? ¡Nos perderemos la fiesta de bodas! —exclamaron las cinco que no tenían aceite.

—Será mejor que vayan a comprar.

—¿Qué? ¿A comprar a esta hora de la noche?

—Tal vez haya algún comercio abierto. Les conviene hacer la prueba.

Desesperadas, las cinco salieron corriendo y desaparecieron en la oscuridad. "Mientras fueron a comprarlo llegó el esposo, y las que estaban prontas entraron con él a las bodas y se cerró la puerta". Y entonces ocurrió algo muy triste. Las cinco muchachas que habían ido a buscar aceite regresaron casi sin aliento por haber corrido tanto. Pero llegaron tarde. No habían podido participar de la procesión.

Acercándose a la puerta de la casa del novio, la golpearon clamando: "¡Déjennos entrar, por favor!" Pero nadie abrió la

puerta. Sólo el jefe de la fiesta les habló desde adentro diciéndoles: "No os conozco".

La moraleja de esta historia es que debemos estar siempre listos para el regreso de Jesús. "Velad —nos dijo—, pues que no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre vendrá".

Tal vez Jesús estaba mirando hacia el futuro, a lo largo de los siglos, hasta nuestro tiempo. Quizá estaba pensando en ti y en mí, sabiendo cuán fácil es que abandonemos la esperanza en su venida, nos adormezcamos y dejemos que nuestras lámparas se apaguen.

—¡Velad! —nos dice—. ¡Manteneos despiertos! ¡Estad atentos a las señales de mi regreso!

Algún día se oirá otra vez la exclamación: "¡Ahí viene el Esposo!" Y de ciudad en ciudad, de país en país, la extraordinaria noticia se difundirá como fuego: "¡Jesús viene!"

Algunos estarán listos para encontrarse con él; otros, no. Algunos irán con él al cielo; y algunos quedarán afuera. ¿En qué grupo estarás tú?

HISTORIA 9

La Parábola de los Talentos

SABIENDO que muy pronto dejaría a sus discípulos y que permanecería lejos por un largo tiempo, Jesús trató de darles los mejores consejos en cuanto a lo que deberían hacer mientras él estuviera ausente.

Por eso les contó la historia de las diez muchachas soñolientas, porque quería que estuvieran siempre listos para su regreso. Pero el hecho de estar preparados no era suficiente. Debían aprovechar al máximo la vida, sirviendo a Dios fielmente cada día y utilizando toda oportunidad que se les presentara de hablar a otros acerca del amor de Jesús.

Para aclarar esto último, Jesús les contó otra historia. Trataba acerca de un mercader que realizó un largo viaje a un país lejano. Antes de salir, el hombre llamó a sus tres criados y les dio a cada uno una cierta cantidad de dinero, "a cada cual según su capacidad", para que lo usaran. A uno le dio cinco talentos, a otro dos talentos y al tercero un talento. Entonces, después de instarlos a que negociaran con el dinero, salió de viaje.

El criado que había recibido cinco talentos comenzó a tra-

bajar en seguida, comprando y vendiendo, hasta que ganó otros cinco. El que había recibido dos talentos hizo lo mismo y, aunque no ganó tanto dinero, logró una ganancia de cien por ciento, puesto que, empleándolos inteligentemente, sus dos talentos se convirtieron en cuatro.

Pero el que había recibido un talento no hizo sino cavar un pozo en la tierra, enterrar su talento y dedicarse a descansar. Le dijo a sus amigos que no veía por qué debía trabajar mientras su amo estaba de vacaciones.

Al tiempo, el mercader regresó y llamó a sus criados para que le dieran cuenta del dinero que les había confiado. Vino el primero y le dijo cómo había negociado con los cinco talentos y ganado otros cinco.

—¡Muy bien, siervo bueno y leal! —le dijo el amo—. Ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho.

Entonces el segundo criado le dijo lo que había hecho él.

—Señor, dos talentos me diste; aquí te traigo otros dos.

—¡Muy bien, siervo bueno y fiel! —le respondió el amo—. Pues has sido fiel en pocas cosas, yo te confiaré muchas más.

Por fin le tocó el turno al que había recibido un talento. Este era un hombre bastante insolente. "Señor —le dijo—, yo sé que eres una persona que se aprovecha del trabajo de los demás, y por eso enterré el talento que me diste. Aquí te lo devuelvo".

Al oír esto, el amo se incomodó mucho. "¡Oh siervo malo y perezoso! —le dijo—. ¿Por qué no pusiste mi dinero en el banco para que por lo menos hubiera obtenido intereses? —y agregó—: Quitadle aquel talento, y dádselo al que tiene diez talentos. Y a este siervo inútil arrojadlo en las tinieblas de afuera".

Hay en esta historia una lección para todos nosotros. El comerciante de la historia representa a Jesús. El se ha ido lejos y ha dado a cada uno de sus discípulos talentos, de acuerdo con su capacidad. Algunos tienen cinco talentos, otros dos y otros sólo uno. Pero espera que todos los empleen de la mejor manera posible. Y algún día, cuando vuelva, nos pedirá que le digamos qué hemos hecho con todos los buenos dones que nos ha confiado.

Tal vez tú digas: "¡Bueno, pero él no me ha dado *a mí* ningún dinero!" Puede ser que no; pero el dinero no es el único talento. Tu voz es un talento y con ella puedes hablar y cantar. Tu mente también es un talento, ya que tiene poder para pensar y planear. Tus manos son un talento, pues pueden escribir, tocar música y hacer bien a los necesitados.

Deténte un momento ahora mismo y ponte a contar tus talentos.

Probablemente descubrirás que tienes más que cinco, tal vez diez. Y Dios desea que los uses a todos para su gloria.

Tal vez tú digas: "¡Pero... yo tengo un solo talento!" Muy bien, pero no lo entierres. Aprovéchalo al máximo. Usalo y verás cómo se multiplica.

Lo que importa no es el número de talentos que tenemos sino cuán fieles somos en usarlos.

Jesús desea que seamos fieles "en lo poco", en las cosas pequeñas que hacemos por él, y cuando llegue el día de dar cuenta, ¡cuán feliz te sentirás de oír que Jesús te dice: "Muy bien, siervo bueno y fiel"!

Y ese "¡Muy bien!", dicho con una sonrisa y un apretón de manos, será para nosotros una recompensa más que suficiente por todo lo que alguna vez hayamos hecho por él.

HISTORIA 10

Pasaporte para el Cielo

DESPUES de decirles a los discípulos que estuvieran siempre atentos a las señales de su venida y que, entretanto, aprovecharan al máximo los talentos que les había dejado, Jesús volvió a descorrer la cortina del futuro y les permitió echar un vistazo al día maravilloso en que vendría como Rey de reyes y Señor de señores.

"Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria —les dijo — y todos los ángeles con él, se sentará sobre el trono de su gloria, y se reunirán en su presencia todas las gentes, y separará a unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda".

Mientras los discípulos se imaginaban ese día feliz, sus ojos brillaban de alegría. ¡Cuánto deseaban que su Maestro llegara a ser rey! ¡Cuánto soñaban con ver hecho realidad su sueño de un reino de amor! ¡Cuánto ansiaban tener alguna parte en ese reino algún día!

Pero, ¿qué había querido decir con eso de las ovejas y los cabritos? ¿A quiénes representaban? ¿Cómo los separaría

Jesús? Con ansiedad, esperaron el resto del relato. Y Jesús continuó:

"Entonces dirá el Rey a los que estén a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; peregriné, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; preso, y vinisteis a verme.

"Y le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?

"Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos hermanos menores, a mí me lo hicisteis".

Esa sería la suerte de las "ovejas", de los verdaderos seguidores de Jesús. Ellos estarán a su mano derecha. Son los hombres y las mujeres, los niños y las niñas, bondadosos con los demás; aquéllos cuyos corazones están llenos de amor y compasión por sus hermanos más pequeños. Ellos heredarán el reino prometido por el Maestro.

¿Y qué en cuanto a los cabritos?

Pues bien, representan a las personas insignificantes y egoístas que nunca piensan siquiera en las necesidades y sufrimientos de los demás.

A ellos Jesús les dirá:

"Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui peregrino, y no me alojasteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis".

USTRACION DE PABLO RENNEY © 1986, BY REVIEW AND HERALD

"Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros". Y los fieles entrarán en la ciudad de Dios.

Pero ellos le preguntarán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrinó, o enfermo, o en prisión, y no te socorrimos?" Y él les responderá: "En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo dejasteis de hacerlo". Para ellos no habrá reino, ni cielo ni felicidad eterna. Al contrario, tendrán parte en el castigo del diablo y sus ángeles. Así lo dijo Jesús.

De modo que es el amor el que establece la diferencia. Es el amor el que separa a los que se salvan de los que se pierden. Es el amor el que decide si nos encontraremos entre las ovejas o entre los cabritos en el día del juicio.

El amor es el pasaporte para el cielo. Si no lo abrigamos en nuestro corazón, si no lo mostramos en palabras amables y en actos bondadosos, nunca entraremos en el reino de Dios. Porque su reino es un reino de amor. Está formado por personas que se aman unas a otras, y su Rey es el Rey del amor.

Puesto que el amor es tan importante, tal vez debiéramos

echar una mirada a nuestro alrededor para ver si hay alguien que necesita ser amado por nosotros. Piensa un momento. ¿Hay algún conocido tuyo que tiene hambre, alguien a quien puedes alimentar? Tal vez haya un niño pobre en tu escuela con quien puedes compartir tu merienda, o a quien puedes darle parte de tu rico refresco.

¿Y qué me dices de la niña recién llegada que hay en tu clase o de la que acaba de mudarse con sus padres para vivir en tu barrio? ¿Te muestras con ellas tan amigable como debieras? ¿Les has dicho a cada una: "¡Bienvenida!", y lo has dicho de veras?

Quizá haya alguien a quien tú conoces que no tiene dinero suficiente como para comprarse ropa y mantenerse abrigado. ¿Le darías algunas de las tuyas?

¿Y qué diremos de los enfermos que conoces? ¿Vas alguna vez a visitarlos? ¿Les llevas flores o dices una oración breve junto a su cama?

¿Hay algún amigo o conocido tuyo en la cárcel? ¿Has ido alguna vez a verlo o le has escrito una cartita de simpatía?

Recuerda que cualquier acción de amor es considerada por Jesús como si se la hiciéramos a él. Y el Maestro nunca olvida un acto de bondad. Lo recordará por toda la eternidad. Y cada vez que te encuentre en su reino te dirá: "¡Gracias por haber sido tan amable conmigo!"

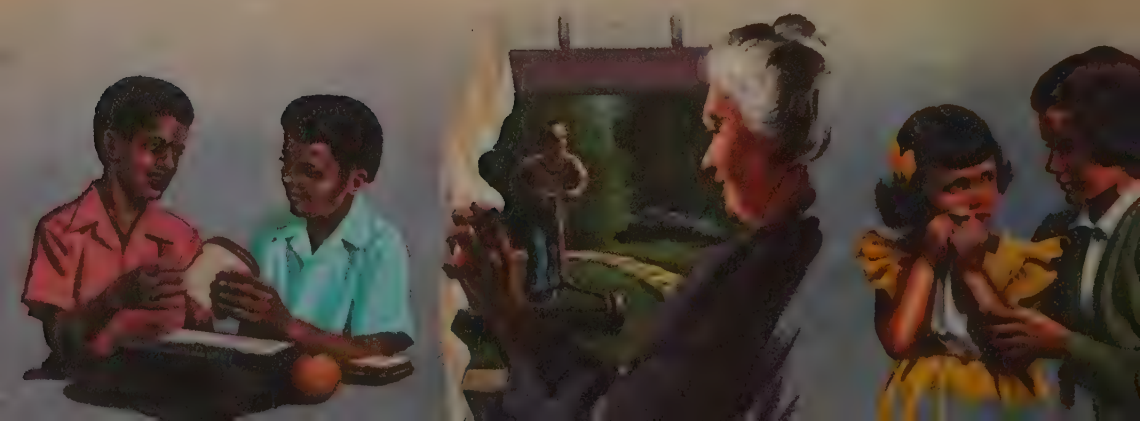
Y tú le preguntarás: "Señor, ¿cuándo fui bueno contigo?"

El se sonreirá entonces y te dirá: "Cuando compartiste tu merienda con Tomasito, cuando lloraste con Susanita y cuando visitaste a tu abuelita solitaria".

Y tú le contestarás: "Pero, Jesús, ¡yo no sabía que te estaba ayudando a ti!"

"Sin embargo, lo estabas haciendo —te dirá—. Pues cuando los amabas a ellos, que son mis hijos, me estabas amando a mí".

¡Y cuán felices nos sentiremos de haber realizado todos aquellos actos de amor!



HERBERT
RUDEEN

Harry Anderson